

# La Esfera

Año I \* Núm. 23

Precio: 50 cénts.





A. Ehrmann.

Todo el que  
usa el Jabón

de **HENO** de **PRAVIA**

tiene la epidermis  
fina y suave como  
la de un niño

Año I

6 de Junio de 1914

Núm. 23

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



AMADEO VIVES

Ilustre compositor español que ha obtenido un nuevo y grandioso triunfo con el estreno de su ópera "Maruxa"

FOT. CAMPÚA



## DE LA VIDA QUE PASA



La Fiesta de la Flor en Madrid. — Mesa presidida por la marquesa de Comillas y alrededor de la cual postularon en la plaza de Oriente bellas y distinguidas señoritas

FOT. SALAZAR

## EVA, PIADOSA...

CUANDO pide y cuando da la mujer es igualmente generosa. En el primer caso, porque rara vez pide para ella. En el segundo porque, por modesta que sea la medida de su dádiva, suele ser un anticipo de felicidad. No pide para ella la mujer, sino para sus hijos ó para alguien, y siempre como respondiendo al eco de su instintiva piedad. No es adulación. Es justicia. ¡Pedir para ella la mujer! ¿Cuándo ha tenido que descender á eso? Insensiblemente, metódicamente, el hombre se acostumbra á darle cuanto quiera; al principio con ciertos regateos; luego, con sumisa rutina. Ellas reciben nuestro dinero como nuestros homenajes; al principio un poco turbadas, y después, á la larga, con la indiferencia con que aceptan los ídolos las ofrendas de un culto cualquiera. Esa fiesta de la caridad en pro de los tuberculosos y de los candidatos á la fisis, ha sido sabiamente organizada por los que pensaron hacer de la mujer la mediadora entre el infortunio de los enfermos y nuestro egoísmo. Confiada á los hombres, habría sido la postulación infructuosa, porque el carácter masculino de la tos y la vulgaridad de la bronquitis en el sexo fuerte, alejan de nosotros la preocupación misericordiosa que debe inspirar el sufrimiento. Nosotros somos, si no insensibles, duros ante el dolor. Es menester que la mujer nos lo delate para que lo veamos. Si fuésemos compasivos, si entre nuestras torturas normales, las de todos los días, abriésemos un lugar á la pena del prójimo, ¿habría necesidad de que Eva postulase en la calle implorando una limosna para el pobre físico? No, porque, sin el estímulo tentador de la belleza femenina, contribuiríamos espontáneamente al alivio del mal. Con privarnos de cualquier menudo placer, sin merma de nuestra salud, con fumar menos, beber menos, con dejar de ir un día al teatro, con preferir una vez el tranvía al simón, con cualquier exiguo sacrificio, podríamos organizar la Beneficencia pública, á condición, naturalmente, de que tales desprendimientos se sistematizaran y de que, una inteligencia previsora, supiese recogerlos y acumularlos. Pero nuestro empedernido egoísmo

se resiste á tales sacrificios. Queremos que el Estado asuma el deber de sanear las ciudades, de librarnos de epidemias, de barrer los mendigos, lisiados y postulantes de la vía pública. Nuestra pereza no se contenta con menos...

A no ser por la condescendencia de la mujer, toda empresa caritativa se frustraría. Esa función de pedir con éxito brillante, es privativa de su sexo. Unas veces piden para los pobres; otras, como recientemente, para los tuberculosos. No ha menester Eva de una gran elocuencia para sacar victoriosa la demanda; con que se hermosa, con que se decore, con que se muestre coqueta, basta.

Vázquez Mella, Maura y Melquiades Alvarez, que son los astros de primera magnitud de la elocuencia española, habrían fracasado, no obstante la fertilidad de sus medios de persuasión pidiendo para los físicos. Cicerón y Lypias no hubieran alcanzado más lucida fortuna. La gente les hubiera escuchado y hasta les hubiese aplaudido, pero conservando los bolsillos herméticamente cerrados. Solamente la mujer tiene el privilegio de abrirlos, sin palabras. Con exhibirse, con una mirada, con una sonrisa, sobrepuja la más alta elocuencia. El hombre, conmovido, fascinado, trémulo, se lleva la mano al dinero y se desprende de él sin dolor, aunque luego sienta la nostalgia de las pesetas que se evadieron. Así somos; así seremos.

Por eso no hay fiesta de caridad posible sin el concurso de la mujer.

Ello ¿qué prueba sino que somos unos sensuales y unos miserables?

A ellas eso no les cuesta el menor trabajo. Al contrario: se sienten felices, cuando por un incentivo de caridad, ó por otro móvil honesto cualquiera, pueden abordar al hombre libremente y hacerle sentir el imperio de su belleza y la soberanía de su seducción personal. Porque, hipocresías aparte, no hay nada que recree tanto á las mujeres, como el hallarse entre los hombres. El trato con el propio sexo las expone á mil diversas mortificaciones. Se miran, se estudian y se comparan de pies á cabeza. El torce-

dor de la envidia asoma inesperadamente al cabo de ciertos cotejos y comparaciones.

La belleza ó la elegancia de otra mujer, exaspera su amor propio, las abate y las entristece, dando pábulo á los peores pensamientos.

Cuando están entre hombres no hay esos peligros. Nosotros las acogemos con simpatía generalmente, con la simpatía inherente al misterio de la atracción sexual, con respeto siempre y en algún caso, con bastante frecuencia las dejamos entrever nuestro deseo de amarlas. El relampagueo fugaz de nuestra mirada, las hace, entonces, dichosas.

Eva se acuerda de su triunfo sobre Adán y el panorama del Paraíso se abre de nuevo para ella, con la visión de la caída, el amargor de la culpa y la voluptuosidad del remordimiento...

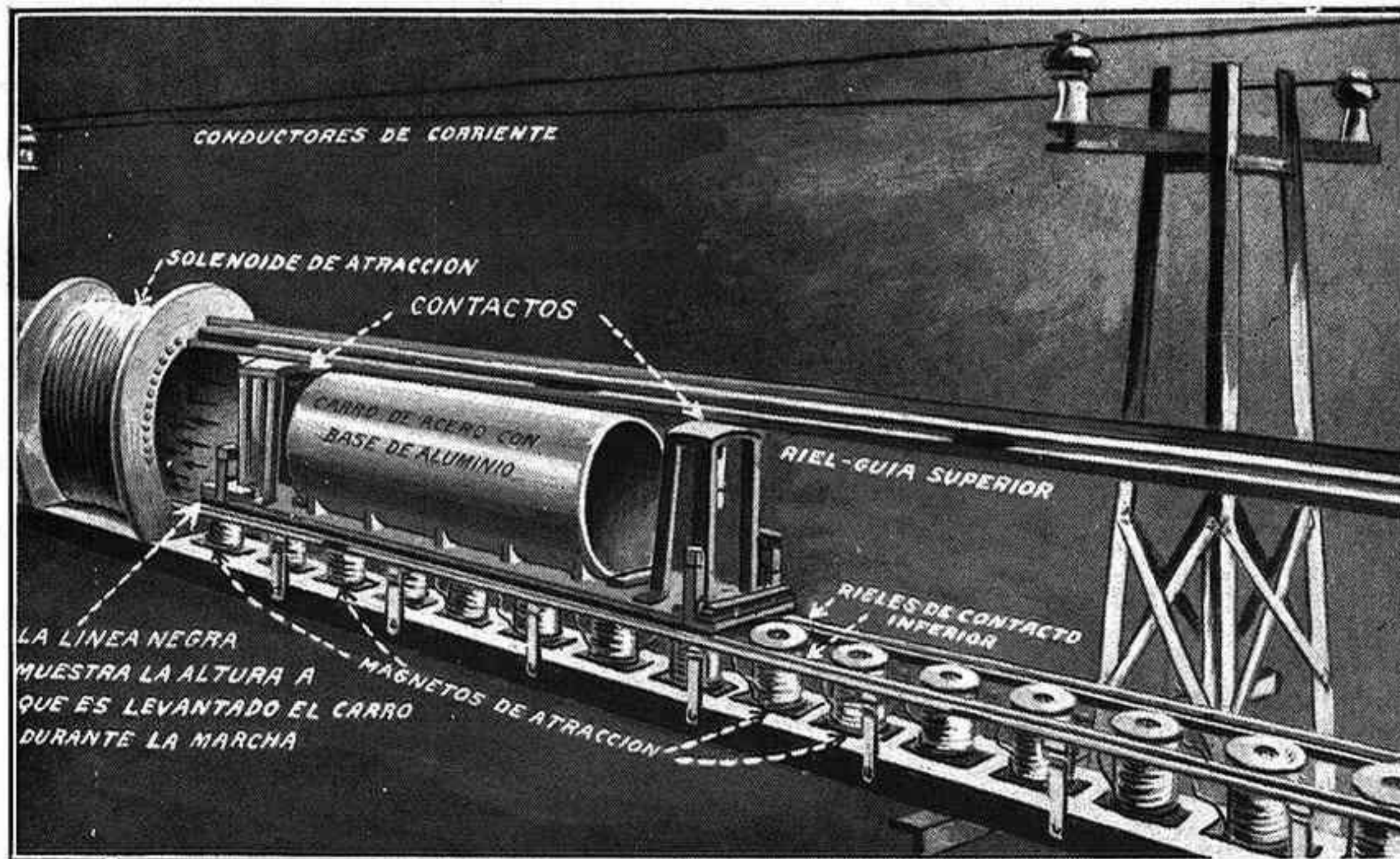
Así son las mujeres y así serán, gracias á Dios, por los siglos de los siglos, cuando piden, cuando dan, cuando triunfan y cuando se ofrendan.

¿Servirá, para algo, el dinero recaudado el día de la tuberculosis? Probablemente no. Traerá el alivio de algunas toses, la disminución de algunas fiebres. Llevará un poco de aire á algunos pulmones. Suavizará algunos bronquios. Eso es todo. A la larga, los enfermos darán de bruces en el regazo de la muerte, ya que ese es nuestro común destino, y el vacilo de Koch, desalojado por las Parcas, del organismo fenecido, irá á buscar un hogar en el organismo vivo ¡Qué más da! Nuestros medios, nuestros alardes de piedad, el pueril y coqueto exhibicionismo de la mujer y el desprendimiento del hombre, son impotentes para disminuir el censo de la necrópolis... Eva piadosa no puede transformarse en Eva salvadora, á menos de que la naturaleza obre el milagro de que una mirada femenina, una sonrisa ó una palabra de mujer alcancen la virtud de prolongar la existencia... Y á lo menos, hasta ahora, Eva inconsciente y tentadora, viene haciendo lo contrario...

MANUEL BUENO

# LOS PRODIGIOS DE LA CIENCIA MODERNA

## EL ELECTROIMÁN Y EL FERROCARRIL BACHELET



Demostración científica del invento del ingeniero Bachelet

De verdaderamente maravilloso puede calificarse el invento del ingeniero Mr. Emile Bachelet, que constituye la actualidad de toda la prensa científica del mundo, y del que se tuvo noticia en España por un telegrama de Londres publicado por un rotativo madrileño. Trátase del fantástico tren del espacio, ó para designarlo con su verdadero nombre, del «Ferrocarril suspendido Bachelet», que en forma de modelo ha realizado sus primeros ensayos, despertando el asombro de quienes los presenciaron, y que abre á la locomoción un mundo de posibilidades. Nuestros pobres trenes de vapor, con sus 60 kilómetros; nuestros míseros trenes eléctricos, con sus 150; nuestros aviones aéreos, cruzando el espacio á 160 y hasta 200 kilómetros, serán quizá al transcurrir de unos cuantos años, si el ferrocarril magnético entra en el humano comercio, despreciables armatostes dignos de una compasiva sonrisa. Imaginad lo que representarán, en la vida de relación, dentro de cincuenta años, acaso de menos, esos elementos de transporte, al lado de los trenes magnéticos, con sus velocidades, mínimas, de 600 kilómetros por hora, calculados con arreglo al modelo por el ingeniero Bachelet: antiguallas á las que sólo podrá atribuirse un interés histórico.

La base científica sobre la que reposa el invento prodigioso, es la siguiente: Ha descubierto Mr. Bachelet que ciertos metales ofrecen una influencia retardatriz con relación á la fuerza magnética emanada de un electroimán, atravesado por una corriente eléctrica alterna. Esa influencia retardatriz engendra otras corrientes, que á

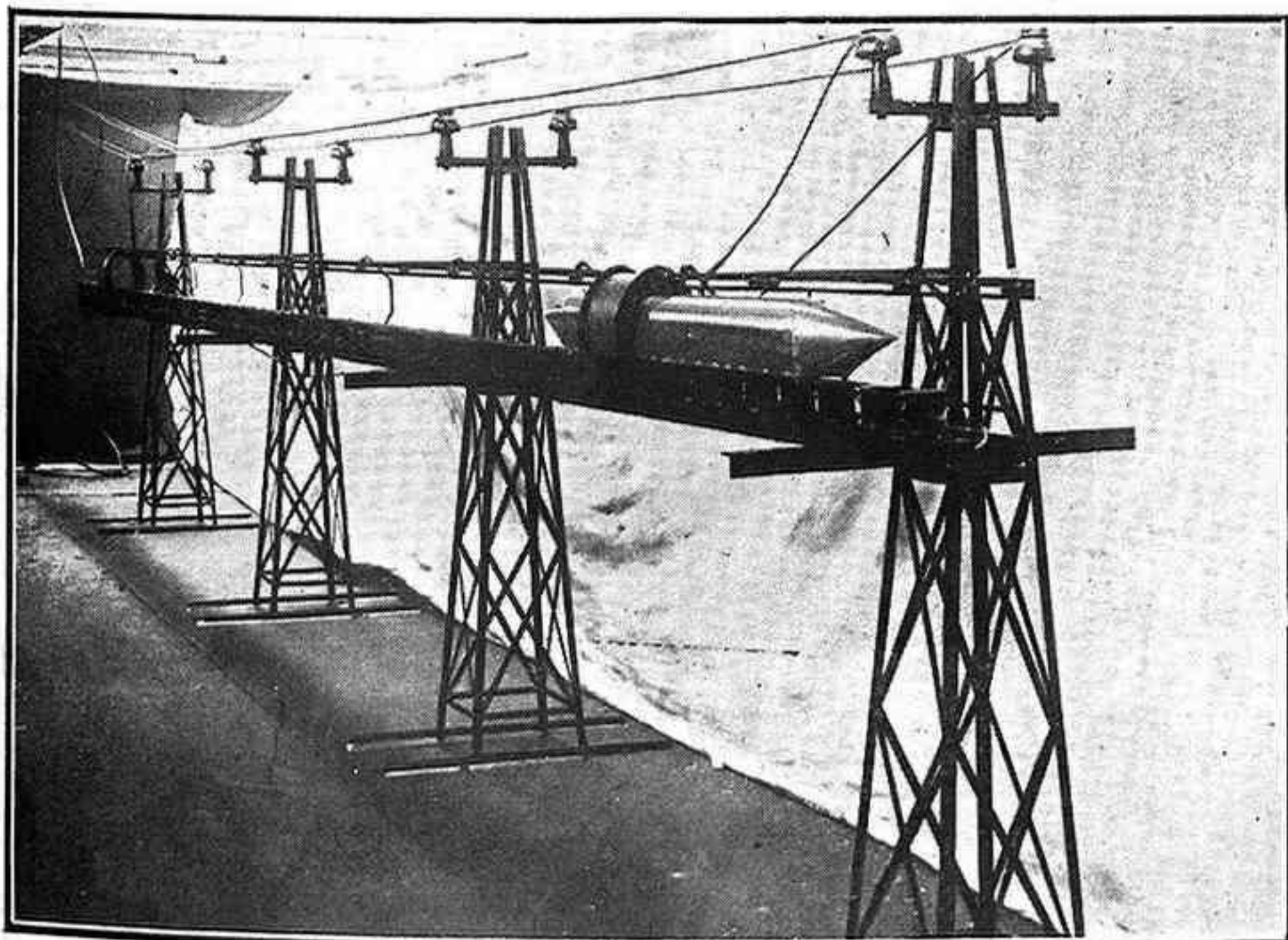


Acción del electroimán sobre el aluminio

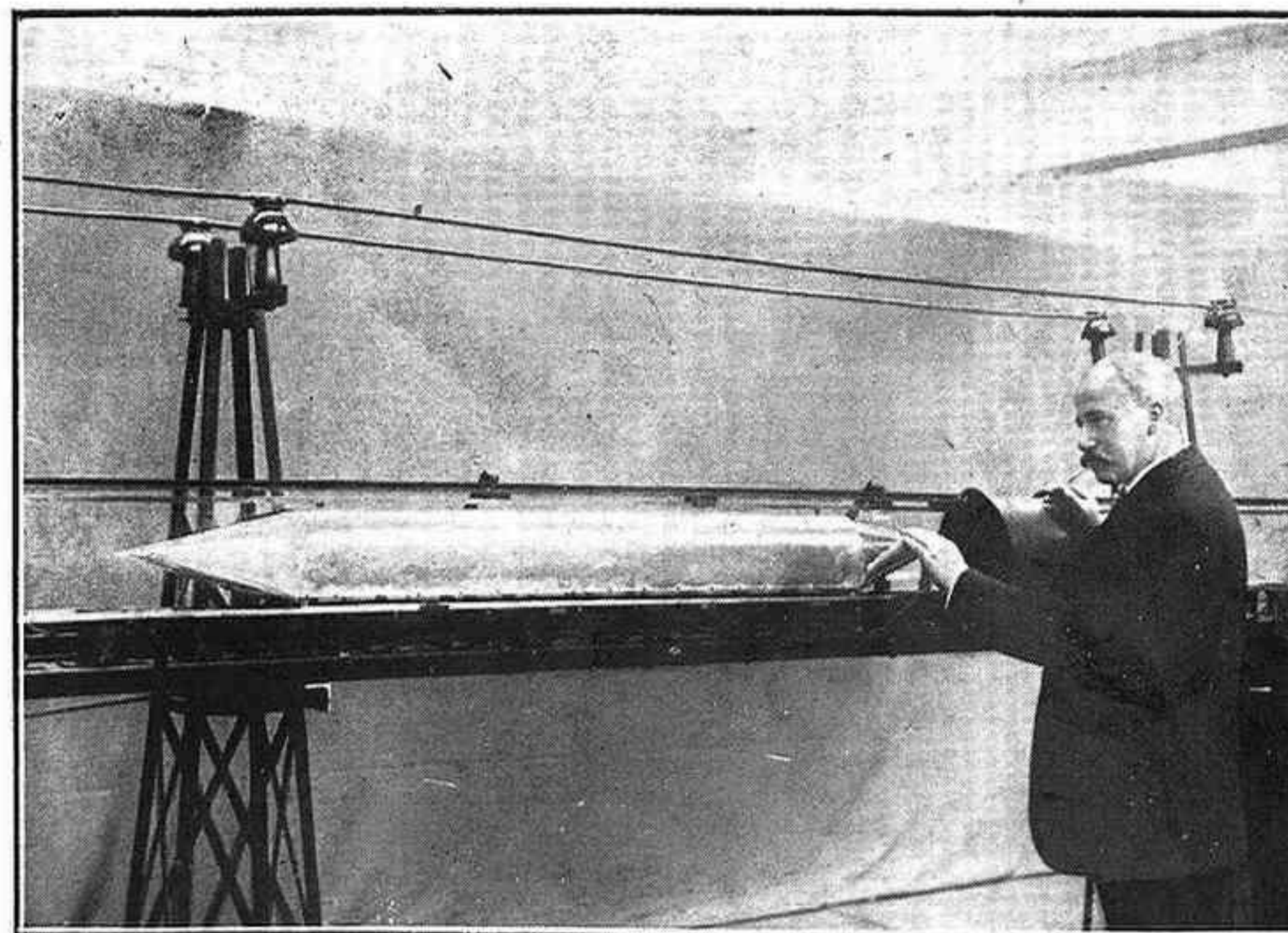
su vez determinan el fenómeno inverso de la atracción imantada, ó sea la repulsión magnética. En otros términos, ha-se visto, que el efecto de un electroimán sobre determinados metales, es rechazarlos en lugar de atraerlos. Uno de esos metales es el aluminio, constituyendo el gran factor en la propulsión del tren Bachelet precisamente el efecto de la electricidad magnética sobre el citado metal. El vagón ó vagones del tren son largos, de pequeño diámetro y cilíndricos. En estado de reposo descansan en un soporte, debajo del cual, y á distancia de 60 centímetros, hay electroimanes dispuestos para establecer las líneas magnéticas de fuerza contra el aluminio resistente del carruaje. Tan pronto como actúa la influencia magnética, los electroimanes, en vez de atraer el vagón, lo rechazan, resultando de ello que el vehículo se eleva en el aire, en donde queda suspendido como el viejo sepulcro de Mahoma.

Pero como si el vagón no se moviese, el descubrimiento sólo tendría un pequeño interés científico de mera curiosidad, la inventiva de Mr. Bachelet ha discurrido una serie de solenoides, en forma de tubo, colocados á distancia de siete metros y medio que, al ser puestos en acción, sucesivamente, se encargan de ir empujando de uno en otro, en sentido horizontal, el maravilloso convoy, actuando dicho solenoide como un magneto continuo.

Afirma Mr. Bachelet que, con su tren, no sólo se podrán obtener las velocidades expresadas sino que el coste de esta tracción resultará infinitamente menor que el de los ferrocarriles actuales.

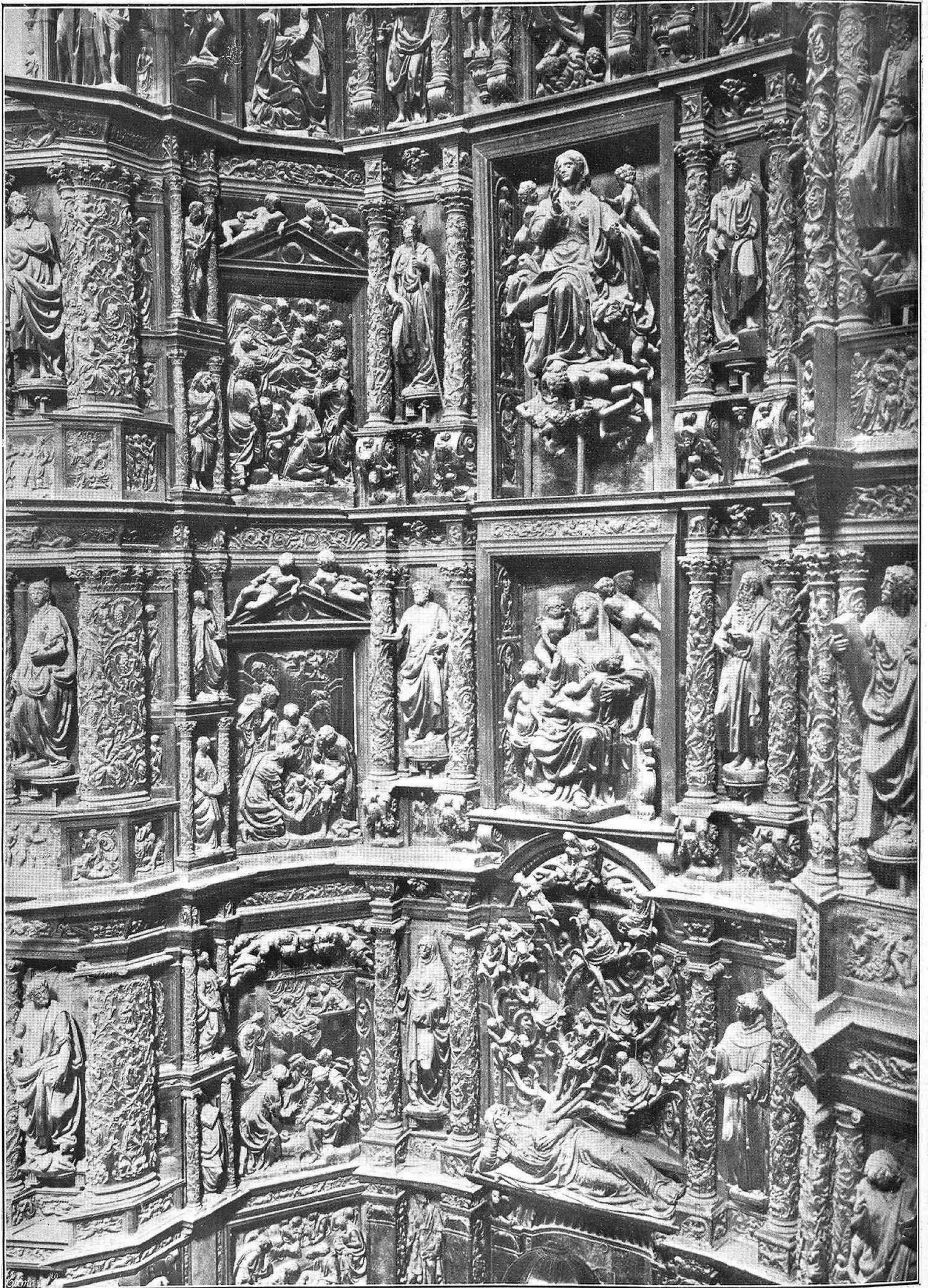


El tren Bachelet, que podría efectuar el recorrido de Madrid á Irún en una hora



El ingeniero M. Emile Bachelet, inventor del tren movido por la acción magnética

# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Detalle del altar mayor de las monjas de Santa Clara de Briviesca, Burgos

FOT VADILLO

## DE LA VIEJA FLANDES: MALINAS

Los antiguos próceres malineses moraban en vastos caserones que siguen hoy imprimiendo su característica personalidad á tortuosas calles y faciturnas plazuelas. Linajudos y poderosos, alternaban esos magnates con los aristócratas de la milicia, del arte y del saber. Formaban unos y otros variadísimas constelaciones que sobresalían con propia luz entre la nebulosa constituida por anónimas muchedumbres.

Entre tantas estrellas, destacábase un lucero de primera magnitud. Por su regia estirpe, su magnánimo corazón y su donoso entendimiento, se ganaba el respeto general. Llamábase Margarita de Austria. Era hija del Emperador Maximiliano I, hermana del rey Felipe el Hermoso y maestra de aquel emperador y rey á quien ofreció Yuste, por la vez postrera, la contemplación de un sol que no se ponía en sus dominios. Margarita de Austria consolaba á los pobres, alentaba á los humildes y protegía á los inteligentes. Además de gobernar con rectitud los Países Bajos, cultivó con acierto las Bellas Letras. En versos profanos y en estancias místicas acreditó la exquisitez de su espíritu creador. Y fué un Mecenas infatigable para Mabuse, Coxie, Van Orley, Erasmo y otros grandes hombres que iluminaron una época y honraron un siglo.

¡Cuán feliz era Malinas en aquellos años! En su recinto se sucedían cortejos y cabalgatas, bailes y kermesses, con los cuales el pueblo tenía reiteradas ocasiones de saciar esos anhelos de fausto, diversión y sensualismo, que son atributo inconfundible de la raza flamenca.

Margarita murió, pero su memoria sigue viviendo y será honrada mientras haya malineses. Y además de su memoria, su efigie. Porque hace ya bastantes años que la ciudad, reconocida, como no podía por menos, á los favores de tan excelsa protectora, tomó el acuerdo de exponer su imagen en la Plaza Mayor. Encargóse la estatua á Tuerlinckx. Pero este escultor salió del aprieto con una producción tan insignificante, que, al ver su obra, se pregunta el turista con enojo:

—¿Qué agravio infirió tan egregia dama á algún Tuerlinckx del siglo xvi, para que uno de sus descendientes haya venido á vengar tan atávica ofensa tres siglos después?

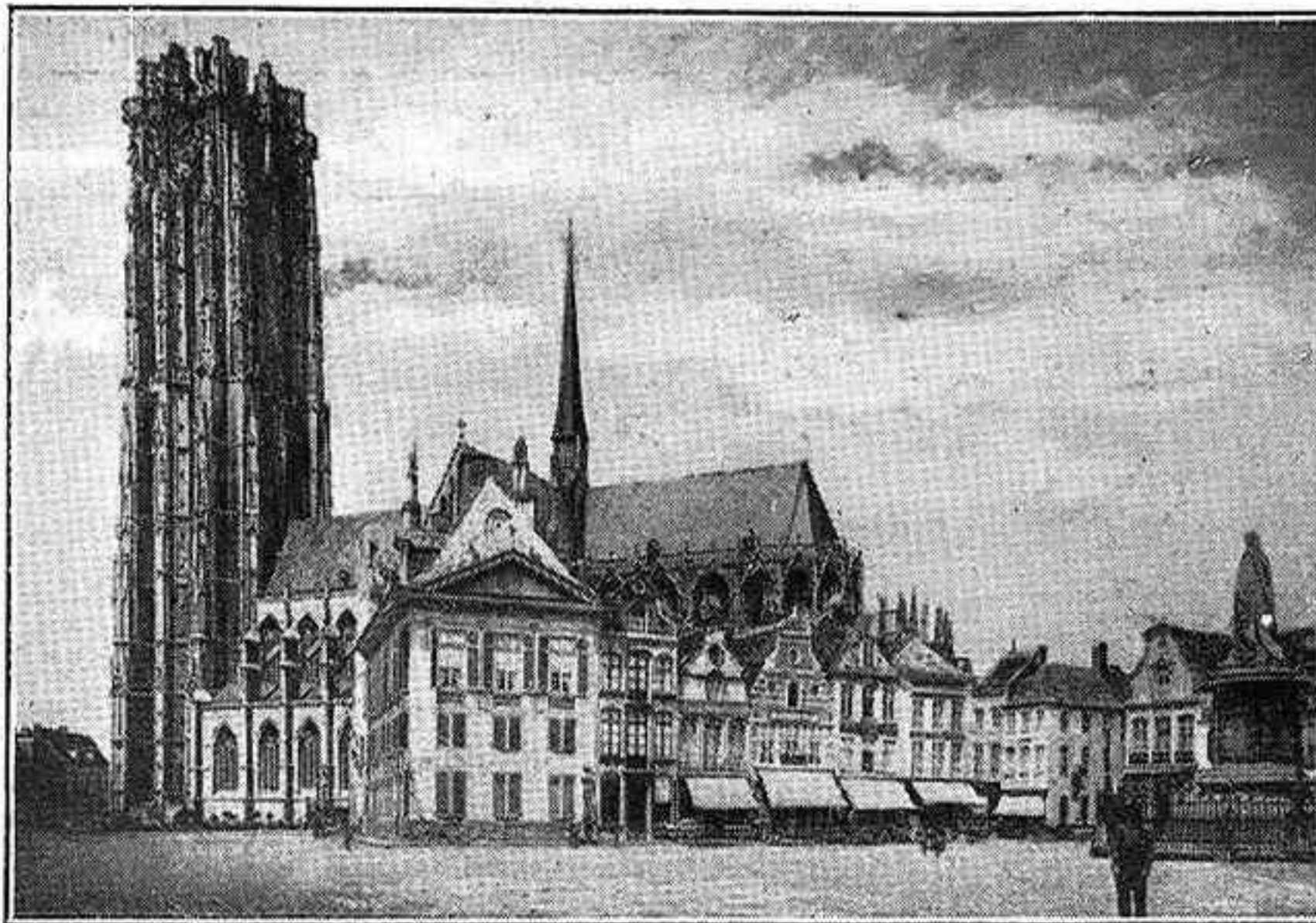
ooo

María de Hungría sucedió á Margarita de Austria. La corte se trasladó á Bruselas. Malinas, apocada, vió alejarse un rumbo debido á los de fuera más que á sí misma.

En 1560 se la indemnizó de aquella pérdida, al crearse para ella un arzobispado cuya jurisdicción habría de extenderse á los Países Bajos y á Cambray. Tal acontecimiento fijó sus destinos futuros. Así hoy, Bruselas y Amberes son, respectivamente, las metrópolis política y comercial del reino belga; Malinas, por su parte, perdido el fasto que la vida palatina extiende en ondas concéntricas sobre las poblaciones cortesanas, mantiene, desde hace tres siglos y medio, su puesto de metrópoli religiosa.

Malinas, al presente, se nutre de silencio, austeridad y melancolía. Sus calles mustias y sus plazuelas marchitas, desgajan serena tranquilidad. Marchando por ellas, se recibe la impresión de que todo enmudeció: las cosas y los seres. Las fosilizadas piedras que avaloran la arquitectura doméstica medioeval, podrían referir escenas presenciadas en más felices tiempos; pero callan también. De vez en vez, viene á romper el silencio una metálica voz que mandan los campanarios desde arriba. Esta voz nada dice, sin embargo, de la vida pretérita; tan sólo se ocupa de la futura.

No hay sedante como el de la religión para apaciguar los tumultos desordenados del espíritu y para mitigar las expansiones alborotadoras del cuerpo. Por eso, cuando se acaba de dejar Amberes, la ciudad pródiga en marineros groseros, comerciantes interesados y judíos avariciosos, se siente uno trasladado á otro mundo viendo este Malinas abúlico, agazapado y yerto,



La Gran Plaza, de Malinas

con sus seminaristas recogidos, sus clérigos graves y sus canónigos satisfechos, á quienes saludan los seglares tan respetuosamente como al amo del distrito los moradores de cualquier ibérica villa minada por un caciquismo avasallador.

ooo

Desde un templo sencillo llegan hasta mí los acentos del órgano en una de mis andanzas por la metrópoli religiosa. En mis recuerdos surge la imagen del viejo Toledo.

Ciertamente, la ex imperial ciudad, á quien tantos han comparado con Brujas, merece, con más positivos títulos, que se la equipare á Malinas. Toledo y Malinas han visto reyes, príncipes, próceres, guerreros, sabios, artistas. Ambas rumian recuerdos y desesperanzas, abatimientos y posturas. Ambas ocupan una privilegiada posición en el orden religioso. Ambas se miran en las aguas corrientes de dos ríos importantes.

Lo que las diferencia es su estructura fisiológica. Toledo trepa por las ásperas faldas de un cerro; Malinas se asienta cómodamente sobre la monótona llanura. Aquel tiene en el Tajo un impedimento para comunicarse con sus vecinos; aquella, merced al Dyle, que afluye al Escalda, cuenta con una salida para relacionarse con los más remotos continentes.

Siguiendo las pulsaciones de la marea, sube y baja el Dyle dos veces cada día; divídese en varios ramales diseminados por la metrópoli espiritual de Bélgica; recibe panzudas barcazas que surcan las ondas grises bajo un cielo gris; ve sus cauces abiertos en las calzadas de las vías públicas ó pegados á los muros de los edificios laterales. Es el Dyle un espejo de Malinas y la mitad de su alma. La ciudad y el río, exponentes de comunes sentimientos, dicen la monotonía de sus existencias caducas.

Si su mocedad alegre le valió á Malinas envidiosas admiraciones, hoy la granjea una consideración respetuosísima su triste senectud, que pretenden rejuvenecer en vano los modernos habitáculos chafarrinados de cemento lustroso, y los cafés llamativos cuyos nombres repiten descomunales rótulos de cinc dorado, y los semisuntuosos hoteles bautizados por el mal gusto con denominaciones tan rimbombantes como inadecuadas, y los carruajes de alquiler cuyos cocheros, tocados con formidables chisteras, aguardan al parroquiano que no acude, y los tranvías sedientos de ocupantes, en cuya lenta marcha se adivina el inconfesado propósito de matar el tiempo. Por fortuna, Malinas conserva su encanto á pesar de todas estas cosas que diluyen la vulgaridad contemporánea.

ooo

Con sus productos se han conquistado renombre mundial ebanistas y encajeras malineses. Junto á estas artes industriales que caracterizan el presente y con las cuales viven aquellos muy bien y estas muy mal, existen otras manifestaciones estéticas representativas del pasado. La Catedral de San Romualdo, con su carillón sonoro, ocupa el primer puesto. Su torre, que

se destaca sobre las demás torres malinesas, debía tener 168 metros de altura, con el fin de superar á sus rivales. Se detuvo, sin embargo, antes del cenar, porque los holandeses robaron las piedras destinadas al chapitel y las utilizaron en la edificación de una villa brabantina llamada Willemsadt. Ello pone de relieve la inanidad de los proyectos humanos que la vanidad alienta.

A pesar de su truncadura, esta torre es admirable. Y más admirable es aun que su mole tenga por único sostén, en uno de sus cuatro lados, la ojiva de la portada, y en el frontero, la bóveda de la iglesia, y que su base, hueca desde el nivel del suelo hasta unos cien pies de altura, sirva de vestíbulo á la sagrada mansión.

La torre de San Romualdo luce caldos finísimos. Cierta noche, viendo los malineses que se filtraba por sus troneiras la luz de la luna, creyeron que el campanario ardía, y lo regaron hasta el amanecer, con ánimo de extinguir el inexistente incendio. Cuando vieron la verdad era ya demasiado tarde para poner á salvo el buen concepto de su inteligencia. La broma cundió por todo el país, se les calificó de «apaga-lunas», y, como si esto fuese poco castigo, un poeta escribió unos versos célebres, describiendo el carácter predominante de las principales ciudades belgas, en los que se les aludía en términos poco respetuosos.

*Nobilibus Bruxella viris. Antwerpia nummis, Gandavum laqueis, formosis Bruga puellis, Lovanium doctis, gaudet Mechlinia stultis.*

O sea, dicho en castellano: «Bruselas está orgullosa de sus nobles; Amberes, de sus riquezas; Gante, de sus cuerdas para el cuello (refiriéndose con ello á la sumisión de la ciudad en 1435); Brujas, de sus hermosas muchachas; Lovaina, de sus sabios, y Malinas, de sus tontos.»

ooo

En la mañana neblinosa contemplo San Romualdo desde la Plaza Mayor. Al ver la silueta de su decapitada torre, bajo las brumas, diría que la tiraron desde el cielo y cayó de pie por un milagro divino.

De súbito, su carillón vierte campanadas cristalinas, como copas de champaña en los agudos, alegres como esquilas monjiles en el centro, y redondas, como bordones catedralicios, en los graves.

El carillón juega al virtuosismo, fecundando ritmopeas saltarinas y variaciones serpenteantes. Tan pronto asciende veloz como desciende rauda. Tan pronto se refuerce en trémolos como se convulsiona en trinos. Tan pronto realiza la melodía como la envuelve en acordes. Y se para cuando menos se piensa, dejando suspenso el sentido musical. Y reanuda su palique en un tumbido inesperado.

Sus notas, dotadas de juventud inmarchitable, no sólo acunaron los ensueños de almas obscuras que ningún biógrafo conocerá; vinieron también á interrumpir las incursiones imaginarias por aseolados países que forjaban, en brumosas horas, Felipe el Hermoso y Carlos el Emperador, mientras un agosto tedio les hacía bostezar en el Keyserhof.

Sobre esta Malinas tan ligada á nuestra historia patria, tañen las campanas del carillón, tintineando canciones que no son profundas ni graciosas, que no son alegres ni tristes; tañen con un vocinglear que presenta los más variados matices dentro de la más perfecta monocromía, asociando lo uno y lo vario, lo sencillo y lo complejo. Tal fragancia de ingenuidad y de encanto diluyen al tañir, que pasa inadvertido el artificioso ropaje de su virtuosidad barroca.

Merced al irresistible encanto de su ingenuidad y á la emocionante ingenuidad de su encanto, este viejo carillón detiene, refiene y subyuga.

Y cuando se oye mencionar á Malinas, no se evocan sus encajes de labores complicadas, sino su carillón cuyas notas se enlazan para formar un tejido más complicado aún.

José SUBIRÁ

NUESTRAS VISITAS  
**EL MAESTRO VIVES**



El ilustre maestro compositor D. Amadeo Vives conversando con su hijo en el Parque del Retiro

FOT. CAMPÚA

Los pasillos de la Zarzuela rebosan de gallegas y gallegos con su típica vestimenta. Aquí un gaitero, allá un tamborilero. Las galleguitas parlotean con unos pollos. Son las coristas de *Maruxa*, dispuestas para el ensayo general, en animado coloquio con sus cortejos.

Entramos en la sala, en penumbra. Vacilamos un poco hasta encontrar los paseos... Tropezamos en un bulto. El bulto resulta un autor cómico: Guillermo Perrín. Nos acomodamos en una butaca, porque va a comenzar el segundo acto. Nuestros ojos, ya sin sombras, descubren los semblantes. Cerca de nosotros la señorita Crehuet, bella y mustia como una margarita de jardín, se aburre en su butaca escuchando a Saíd Armesto y a Rafael Santana, sesudo y apoplético. El formidable «Padre Benito», general de *alabarderos*, atiende al ensayo preparando las ovaciones del estreno. En un grupito, murmuran Tomás Barrera, Foglietti, Fiacro Irayzos...

Ataca la orquesta, bajo la batuta magistral y enérgica del maestro Luna, que se cubre con su chambergo digno de Aramis. A los pocos compases la voz catalana de Vives resuena como un apóstrofe.

—¡Esos contrabajos!...

Y el maestro, rápidamente, se alza de su butaca y derrengado, con el sombrero mal caído sobre un perfil de su cara, corre hacia los músicos.

Se discute... Se comenta... Se protesta... Se ríe... Súbitamente, el escenario oscurece y surgen nubarrones en el cielo, relampaguea, llueve... Y Vives, indignado, grita:

—Pero, hombre, ¿qué hacen?...

—Lo que nos han mandado, maestro.

—¡No, señor!... La tormenta no ha de empezar hasta que oigan las castañuelas del coro.

Una tempestad, a toque de castañuelas, nos parece algo paradójico... El teatro es teatro.

Al fin sale el coro... Canta, baila al son de la gaita concertada con la orquesta. Concluye el número y todos aplaudimos con entusiasmo. Vives sonríe pícaramente. La sonrisa de Vives es un guiño enigmático y burlón... Guillermo Perrín abraza al maestro y le lanza esta salutación de sabor románico-revolucionario:

—¡Salve, Amadeo!...

Estalla la tormenta, prodigiosamente imitada. Lluve, truena, se ve la cortina de agua hábilmente simulada con el disco de una linterna. La orquesta nos atemoriza con la verdadera sensación tempestuosa. Silba el viento... Huele a tierra húmeda y sentimos el azote fresco de la tempestad... Solemnemente renace la calma. Vuelve la luz... Pero Vives grita:

—¿Cuándo va a dejar de llover?... Nos está resultando esta tempestad el diluvio universal.

Una carcajada general corea al maestro... Serrano, nervioso y malhumorado, promete arreglarlo para la noche del estreno.

Cuando termina el ensayo, hay abrazos y felicitaciones para Vives, el gran músico español, el técnico insuperable, el autor de *La balada de la luz*, de *Bohemios*, de *Don Lucas del Cigarral*, de *Colomba*.

Nosotros compartimos el entusiasmo sinceramente. Estrechamos la mano del maestro y nos acordamos del deber.

—¿Puede usted concedernos un rato de plática?—le preguntamos.

—Cuando usted quiera, «Caballero Audaz».

—¿Esta noche?...—proponemos, temerosos de que la ocasión no sea oportuna.

—Bien. Lo espero a usted en mi casa después de las diez.

Y así fué. La calle de Alfonso XII era un trunfo de la Siberia, a pesar de que pasábamos por los últimos días de Mayo.

Una doncellita risueña y pizpireta, como todas las doncellas, nos franquea la entrada al despacho del músico. La mesa es un campo de Agramante. En revuelto montón hay libretos por docenas, papel pautado, fotografías, periódicos. En un estante multitud de libros diversos: literatura, filosofía, ciencia, física...

Apenas nos da tiempo de estudiar el medio la presencia del visitado insigne.

—A su disposición—nos dice. Y a continuación: ¡Hombre! ¿Por qué se firma usted «Audaz»?

Nosotros, un poco confusos, vemos que la entrevista va a ser al revés. Pero añade Vives:

—Es usted demasiado amable; vamos, nunca se es demasiado amable; pero usted lo es mucho en sus artículos. Yo leo todos, ¡todos!...

Agradecemos con una sonrisa la cortesía. No empezaba mal el prelude. Y...

—Maestro: ¿quiere usted decirnos algo de su carrera, de su vida?... ¿Dónde estudió usted?...

—En Barcelona.

—¿Es usted de allí?

—No. Nací en Collbató. Mis padres tuvieron diez y seis hijos y yo soy el menor. Uno de mis hermanos quería ser músico. Iba diariamente a un pueblo que distaba del nuestro diez kilómetros, para recibir las lecciones de un maestro



que allí vivía. Luego organizaban funciones religiosas, con una capilla que improvisaron todos los discípulos. Yo iba con ellos, cantaba y me fui aficionando á la música. Mi hermano me dió las primeras lecciones. Cuando tenía ocho ó nueve años pasé á Barcelona.

—Y ¿quién fué allí su profesor?...

—Esto es curioso. En casa estaban suscritos á una revista titulada *Ilustración Musical*. En ella constaban los nombres de todos los maestros de Barcelona. Allí ví el nombre de D. José Ribera, maestro de la capilla de la Iglesia de Santa Ana. Fué á verle, sin decir nada á mi familia. Me abrió la puerta la señora de D. José, y al verme tan chico, me preguntó:—«¿Qué quieres, niño?»—«Verá D. José»—repuse;—«quiero aprender música con él.»—Viendo mi resolución, la señora avisó á Ribera. Ya en su presencia, repetí mi discurso.—«Pero ¿tú no tienes padres ó hermanos?»—me dijo.—«Sí, señor, pero yo no les he dicho nada de esto.»—«Ven»—repuso el maestro; y entregándome un papel de música y sentándose al piano, añadió:—«Canta.»—Yo tenía entonces una voz muy bonita... Y ocho años. Canté, y, al terminar la prueba, me dijo:—«Estás admitido en la capilla. Te daré lección y tres duros al mes.»—Con él estuve unos cuatro años...

—Es interesante, maestro.

—Cosas de chicos.

A los catorce ó quince años terminé mis estudios. No tenía que hacer más que vivir... muy mal. Iba á la Universidad, como oyente de varias cátedras. La física me gustaba y me sigue gustando mucho. En las clases hice amistad con varios chicos, que hoy son hombres eminentes: Cambó, Prat de la Riba, Cerminas... Mi hermano el músico se había hecho fraile, todavía no sé por qué. Estaba en un convento en Málaga, organizó una banda y me llamó para dirigirla; no sé cómo adquirí unas pesetas y emprendí el viaje en el mixto: un viaje de ocho días!... En Málaga, sin saber yo, enseñé á tocar á los músicos. Aquello me sirvió para conocer la orquesta, á fuerza de constancia y estudio.

—¿Estrenó usted por primera vez?...

—En Barcelona. De vuelta de Málaga me casé, tampoco sé cómo, pero... ¡me casé! no quiero decirle á usted las que pasamos. Rodaba por los cafés y por los teatros de los pueblos. Por entonces un señor me entregó un libro de ópera titulado *Artús*. Me pareció interesante para hacer música y escribí la partitura. El dueño del café de Novedades organizó una temporada de ópera. Yo lo supe y todos los días iba al Café y me sentaba á su lado. Trabajamos amistad y tal confianza llegué á inspirarle, que sin saber él quien yo era, ni si valía ó no, conseguí que me nombrara maestro de coros. Luego, le leí *Artús* y se decidió á estrenarla. Aquello fué horrible. Constantemente cambiaban de opinión. Tan pronto estrenaba como no estrenaba. Tuve que ensayármela yo en todos sus detalles. Por el revés de diversos trastos pintó las decoraciones un artista de última fila. Pero al fin estrené y *Artús* logró un éxito magnífico. Ya lo quisiera ahora, ya...—añade el maestro, recordando que está en capilla.—Una Peña de amigos entusiastas le auguraron un gran beneficio futuro á mi obra. Creían ellos que recorrería el mundo. Yo desconfiaba. «¿Quieren ustedes explotarla?»—les dije.—«Yo la vendo en cinco mil pesetas.» Así fué. Se reunieron unos cuantos y la compraron.

—Y ¿lograron hacer negocio?...—inquirimos.

—No se ha vuelto á representar.—Nos respondió Vives con su característica sonrisa de genio burlón.—Cogí aquellos mil duros, y como yo no había visto nunca tanto dinero, empecé por gas-

tarme la mitad en viajes de recreo con mi mujer; con el resto vine á Madrid.

—¿Pasó aquí algún calvario?

—No, aquí no, porque ya conocía á Fernández Shaw y le propuse hacer la música para *Entre bobos anda el juego* si él me arreglaba el libro. Aceptó. Luego hizo con Luceño el *Don Lucas*, yo escribí la música y se estrenó en Price.

Calló. Le observamos. Vives habla reposadamente, mirando, estudiando al que le escucha. Sus ojos menudos y traviosos tienen una mirada vivaz y penetrante... genial. Es grueso, de regular estatura. Sus facciones son bastas, angulosas y abotargadas. Su pierna izquierda y su brazo derecho apenas tienen juego y movimiento.

—¿Cómo fué esto?—le interrogamos.

—De una caída—dijo, algo entristecido.

—¿Hace muchos años?

—Veintitantos. Fué un caso raro. Yo siempre les he tenido miedo á los perros. En aquella ocasión bueno y sano, me encontraba en Toledo, en una casa muy rara... No le quiero decir por qué.

—¿Cuándo trabaja usted?...

—Siempre de día, por la mañana y en este despacho. Verá usted.

Se levantó de su silla, abrió el balcón y, llevándonos á él, nos señaló el Retiro. La arboleda del parque de Madrid parecía un ejército de gigantes duendes. Una luz brillaba entre sus negruras. Era la media noche.

—Este balcón—continuó el maestro—es una delicia. Es la barquilla de un globo. Y en esta habitación por la mañana da gusto trabajar.

—¿Tiene usted muchos hijos?...

—Uno sólo, de diez y ocho años.

—Y ¿qué edad tiene usted?...

—Cuarenta y dos años.

Hubo un silencio. Volvimos á sentarnos.

—También le gusta á usted la literatura, y en sus escarceos en la república de las letras ha conquistado usted justa fama de ironista. ¿Por qué no escribe usted con más frecuencia?...

—Porque no tengo tiempo; pero más me gusta hacer literatura que hacer música.

—Y ¿qué me dice usted de música y de músicos?... Hablemos algo sobre Usandizaga, por ejemplo.

El autor de *Maruxa* se sonríe, escudriñando con sus ojos, guiñones, nuestra intención. Irónico, nos dice, lentamente:

—Y ¿por qué quiere usted hacerme hablar de Usandizaga?...

—Maestro, su opinión...—disculpamos, maliciosos.

—Usandizaga me parece un muchacho muy listo, advirtiéndole que doy el mismo valor á la palabra *muchacho* y á la palabra *listo*. Respecto de la música española, opino que nuestra situación es más difícil que la de los músicos de todo el mundo. En arquitectura, por ejemplo, dentro de cada estilo los artistas no tienen que cuidar más que el detalle para destacar su personalidad. En música, ocurre lo mismo. Francia, Italia y Alemania tienen una tradición musical que continuar. Por eso hay menos diferencia de lo que parece entre Debussy y Massenet ó Gounod, entre Strauss y Wagner ó Beethoven... Cada escuela conserva su tradición distinta. Así, Strauss tacha á Debussy de incoloro y los franceses desprecian á Ricardo Strauss por loco. Nosotros no tenemos tradición. Hemos de crear la escuela. Yo, para esto, procuro seguir una regla que me parece la mejor: no apartarme del canto popular. De músicos me parece muy notable, el más notable, Enrique Granados. Son muy interesantes Morera, del Campo, Pahissa, Falla... Falla es insuperable. Tiene un clarísimo juicio del ambiente.

Después hablamos de *Maruxa*:  
—¿Cuánto tiempo hace que la tenía usted para escribirla?  
—Año y medio... Pero todavía á pesar de que se ha de estrenar mañana, no la he terminado del todo. Me falta hacer el preludio del segundo acto. Lo haré mañana por la mañana. Figúrese cómo va á salir con estas prisas.

Era la una. Hablando con el maestro hubieramos estado hasta por la mañana. Su charla aménisima é interesante, de hombre culto, espontáneo, estudioso, llegó á todos los puntos y en todos tenía un afinado juicio.  
.....  
A la noche siguiente, cuando el aplauso y el clamor del público, que asistió al estreno de *Maruxa*, hizo repetir el preludio del segundo acto, pensaba yo en mi butaca:  
—¿Qué haríais, si supiérais, como sé yo, que anoche á estas horas no habíais hecho Vives ni una frase melódica de esta hermosa página!...

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Vives durante uno de los ensayos de su obra "Maruxa", acariciando á las ovejitas que aparecen en escena

FOTS. SALAZAR

Estaba yo durmiendo y soñaba que me perseguía un perro rabioso. Me desperté transido de horror y, al abrir los ojos, me encontré con que, frente á mí, subido en una silla cercana al lecho, había un perro mirándome fijamente. ¡Horror! Medio dormido, alucinado... salté de la cama y me tiré por el balcón... Acabé de despertarme sobre las baldosas de la calle, medio deshecho, con el brazo y la pierna rotos por varios sitios.

Esta aventura parece imaginada por Edgard Poe. Nos interesa. Nos hace enmudecer. Al cabo de un instante, continuamos:

—¿Qué obra de las suyas le gusta más?...

—Ninguna.

—Pero ¿cómo?...—exclamamos, estupefactos.

—Porque hacemos muchas obras..., tenemos que hacer muchas obras y no nos entregamos en ninguna. La obra mía que más me gusta es una que no he hecho ni sé cuándo haré. Es una nueva concepción de drama lírico... Veremos cómo resulta... También quiero hacer el *Don Juan Tenorio*.

—¿Cuál es la obra lírica española que usted prefiere?...

—A mi juicio, la mejor obra musical es *La venta de Don Quijote*, de Ruperto Chapí...

—¿Cuánto le han producido sus obras, maestro?...

—No sé..., no sé... Creo que se aproximan al millón de pesetas... ¡Claro que no tengo un cuarto como quien dice!

Si no tuviéramos á este prodigioso Vives por un gran artista, este rasgo le denunciaría. Continuamos preguntándole:

LA ESFERA

# TIPOS ESPAÑOLES



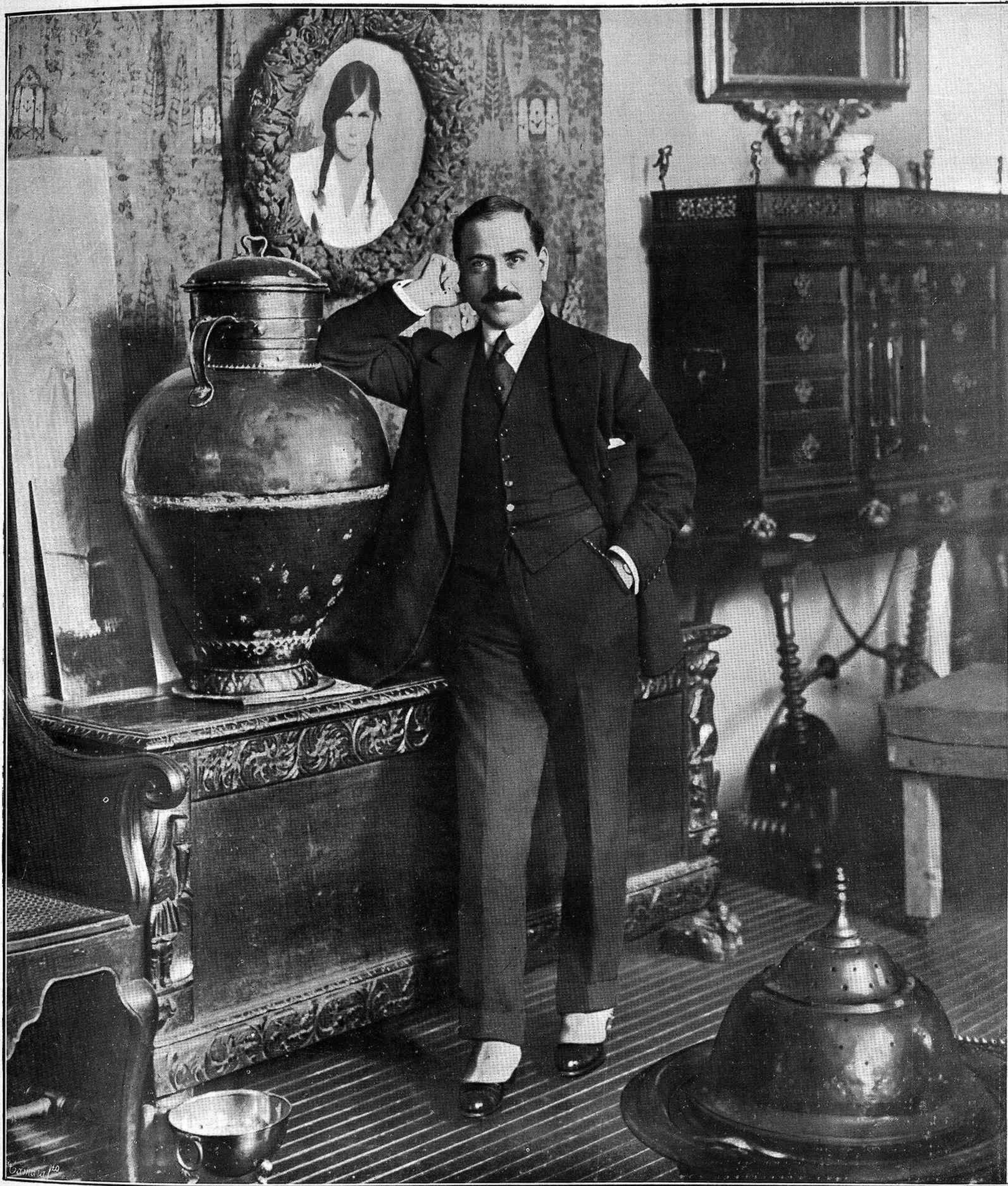
**MORENA Y SEVILLANA**

Cuadro de Manuel Benedito





ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS  
**MANUEL BENEDITO**

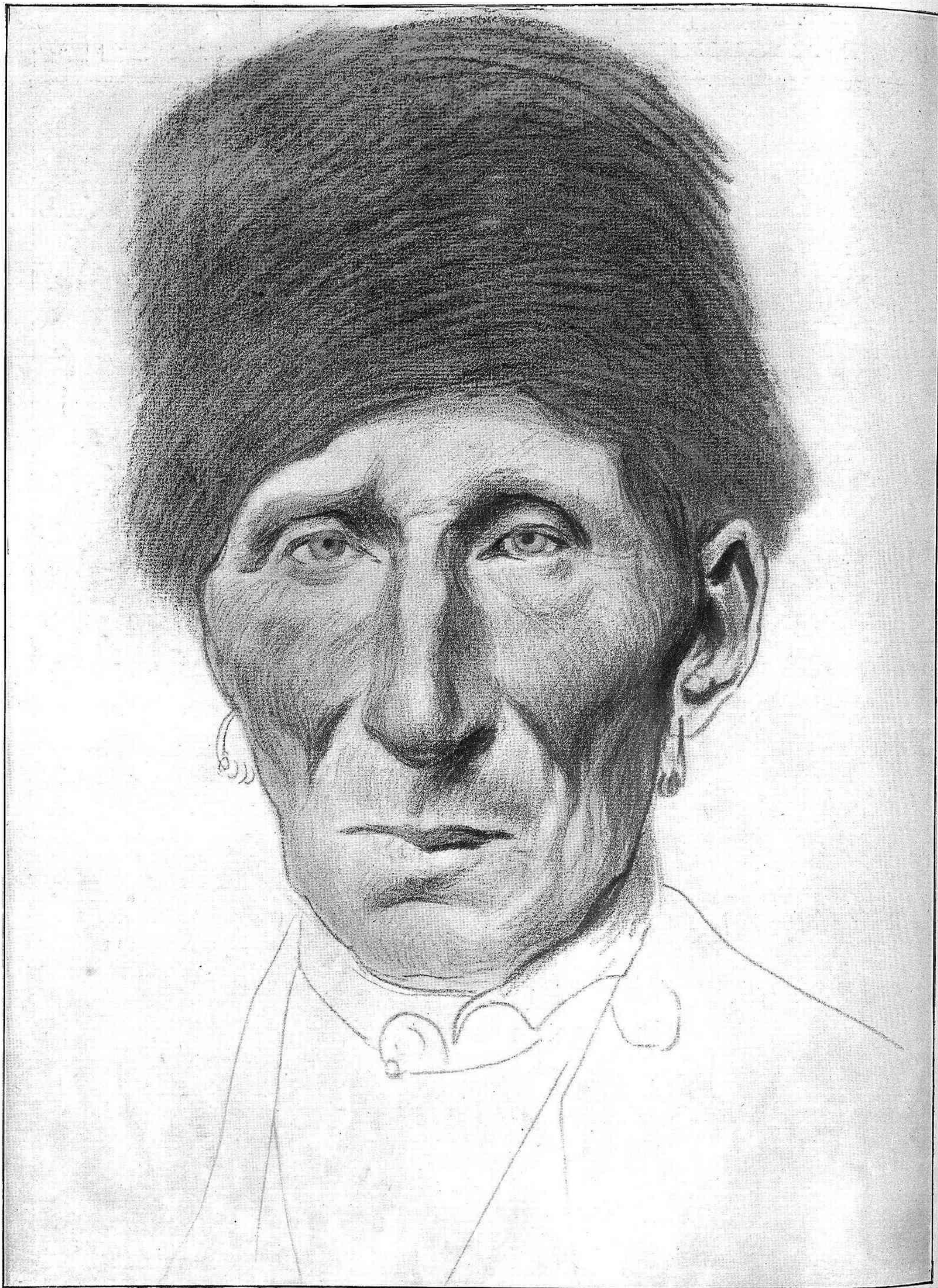


Manuel Benedito Vives se encuentra ahora en plena juventud y ya posee una de las más sólidas y envidiables consagraciones. En la pintura mundial el nombre de este levantino, discípulo de Sorolla y que ha prolongado el arte luminoso del maestro como un reto á los intelectualismos y refinamientos estéticos de otros artistas, se cotiza muy alto. En la Exposición Nacional de 1897 obtuvo su cuadro *El aseo después del trabajo*, tercera medalla. Dos años más tarde, en 1899, marchó á Roma pensionado por el Estado.

En las Exposiciones de 1904 y 1906, consiguió dos primeras medallas de oro. Posee, además, los siguientes premios: primera y segunda medallas en las Internacionales de Barcelona de 1911 y 1909; primera y segunda en las de Munich de 1909 y 1907; primera en la Internacional de Buenos Aires de 1910; tercera en el Salón de París de 1907; diploma de honor y medallas de oro en la nacional de Valencia de 1910, y gran medalla de oro en la internacional de Bruselas de 1909.

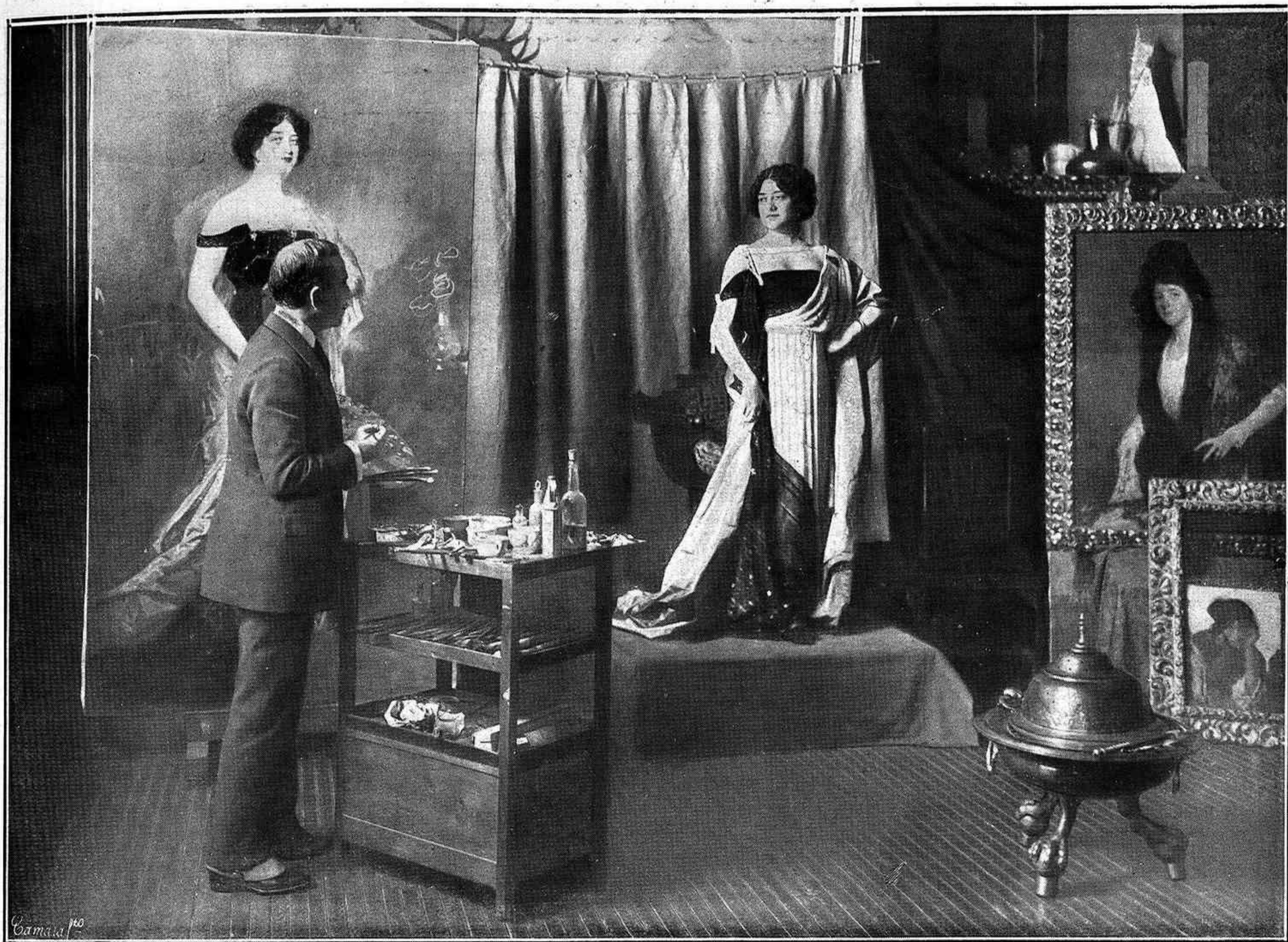
FOT. CAMPÚA

LA ESFERA  
NOTAS ARTÍSTICAS



VIEJO HOLANDES, dibujo de Manuel Benedito

## UN MAESTRO DE LA TÉCNICA



El ilustre artista Manuel Benedito pintando el retrato de la notable actriz Mercedes Pérez de Vargas

FOT. CAMPDA

EN aquella, por tantos motivos notable, Exposición Nacional de 1904, quedaron consagrados tres artistas jóvenes: Eduardo Chicharro, Fernando Alvarez de Sotomayor y Manuel Benedito.

El pintor madrileño, el pintor gallego y el pintor valenciano, terminaban su pensionado de un modo admirable. Acaso no vuelva á repetirse un episodio de tanta transcendencia en la historia de nuestra pintura contemporánea, como aquel retorno de tres personalidades perfectamente definidas y distintas dentro de la aparente unión de motivos inspiradores y poéticos.

Chicharro presentó *El poema de Armida y Reinaldo*; Alvarez Sotomayor, *Orfeo perseguido por las bacantes*; Benedito, el *Canto VII del infierno del Dante*.

Chicharro era el pintor poeta, la inteligencia cultivada por la cultura: la exquisitez y el refinamiento estéticos de su espíritu sutilísimo. Alvarez de Sotomayor daba la nota elegante, aristocrática, plena de serenidad, que había de ser luego la característica de su arte reposado y armónico. Benedito, era el vigor, el brío, la pujanza colorista, ese cegador deslumbramiento del luminismo instintivo heredado de Joaquín Sorolla.

Evoquemos aquel cuadro admirable que señala el primer triunfo sólido de Benedito.

Representaba el instante en que Virgilio, después de insultar á Plutón—que demanda ayuda al príncipe Satán—explica á Dante el suplicio de los avaros y de los pródigos.

Los condenados arrastran bolas de oro virgen y se golpean con ellas. Los avaros gritan: «Perché burli?»; y los pródigos: «Perché tieni?».

Ambos vivirán en eterna y doble pugna.

«Questi risurgeranno del sepolcro col pugno chiuso é questi co'criu mozzi...»

Así luchan en el cuadro. Los avaros cerrando sus puños; los pródigos mostrando sus cabezas mondas. Causa el lienzo, en toda su amplitud, la sensación trágica, del momento simbólico.

Hay manos que se engarflan, ojos que miran hacia arriba en una muda blasfemia retadora, rechinar de dientes, bocas que se desquijarran en una imprecación inacabable, violentas convulsiones de los torsos y vibrante torsión de los músculos que no se resignan á ser vencidos.

Incluso en las dos mujeres del cuadro hizo presa la rabia, mas no la humillación. La joven—desnuda de una gran valentía y de una gran belleza—se alza altiva, arrogante, desafiadora, al viento su rubia cabellera, contraído el rostro, avizorando el peligro con sus ojos claros de animalejo; la vieja, de pelo estoposo, ya caída, escupe insultos y alarga su brazo en una temblorosa ansia de hincar las uñas...

Acusan la desnudez de las carnes y los mortecinos cadmios y amarillos la decorativa y sombría fusión de rojos y morados del cielo.

Sin embargo, este lienzo en el que de tan feliz manera se armonizan el aspecto intelectual y el aspecto técnico, no era, no podía ser representativo del arte de Manuel Benedito. Más lo era aquella *Vela veneciana*, expuesta en el Certamen Internacional de Venecia el año anterior. El sorollismo agresivo de este lienzo tenía tal luminosidad que, los organizadores de la Exposición, hubieron de colocarle en una sala aparte para evitar que perjudicase á otros cuadros.

Esto es lo que caracteriza á Manuel Benedito. Un pasmoso, estupendo, temperamento de pintor. Representa en la generación de maestros jóvenes la escuela de Sorolla en toda la pasional integridad levantina.

Quizás si algún reproche pudiéramos hacer á este prodigioso técnico, á este intérprete de la pintura honrada, sincera, es el de su falta de intelectualismo, la carencia de imaginación. Buscad líneas, acordes, audacias coloristas, la palpación misma de la vida sorprendida por unos pinceles mágicos; pero no encontraréis como en los de Chicharro, por ejemplo, ideas, reminiscencias culturales. Son sus cuadros fiesta para

los ojos; no para la inteligencia cultivada por estudios estéticos.

Durante el año de 1905, Benedito se consagra á pintar los pescadores y pescadoras de Concarneau. De su estancia en el pueblo bretón datan aquellos cuadros admirabilísimos: *Madre, Pescadoras bretonas*, que habían de causar una gran sensación y de conseguir para su autor otra primera medalla.

Libre de intelectuales prejuicios, de preferencias de motivos inspiradores, colocándose siempre ante el natural con el mismo entusiasta instinto de su antiguo maestro Sorolla, Manuel Benedito obtiene siempre el resultado veracísimo de interpretar con toda fidelidad el natural: lo mismo soles que brumas; el aire libre que los interiores; una mujer bretona, un viejo holandés ó una frágil muchachita aristocrática. Le bastan su mano y su retina.

Cuatro años después, en 1909, Benedito quiso pintar Holanda. Su exposición de 1910 en el palacio de *Blanco y Negro* nos reveló hasta qué punto había sido fructífera su estancia de seis ó siete meses en Volendam, pueblecillo de pescadores á orillas del Zuiderzée.

De esta época de su arte—acaso la más característica, la más admirable y representativa—son los lienzos, que no vacilo en calificar de perfectos, *Interior holandés*, *Los abuelos Pik*, *Tipos holandeses* y, sobre todo, el *Sábado en Volendam*, que me parece una de las obras maestras de la pintura contemporánea.

Actualmente se cumple en Benedito el retorno á las bellezas patrias. Como Chicharro, como López Mezquita, como los Zubiaurre, Benedito comprende los motivos de inspiración pictórica, las riquezas coloristas, la fuerza plástica con que se manifiesta la raza en figuras, ciudades y paisajes de las viejas provincias españolas.

Es una orientación que debemos á Ignacio Zuloaga, este retorno á los antiguos maestros españoles y á las españolas ciudades viejas.

SILVIO LAGO

# El arte de Manuel Benedito



"El sermón", cuadro al óleo por Benedito

DECIMOS anteriormente que Manuel Benedito, después de reflejar una luz, unas costumbres y una raza tan opuestas á su temperamento, más que latino levantino, como Bretaña y Holanda, sintió la necesidad de representar tipos y ambientes españoles, y al mismo tiempo de buscar, dentro de los recursos extraordinarios de su técnica, nuevas orientaciones elegantes y frívolas.

Ya en el año 1907 Benedito busca nuevos ambientes y modelos para su pintura sobria, concisa y luminosa. No marcha á Andalucía, ni á Vasconia, ni á Toledo, Avila ó Segovia, sino á Salamanca. De los pueblos de Candelario y Salvatierra de Tormes son *La alegría de la casa*, *El bautizo*, *Una devota*, *El sermón* y *El organista de Salvatierra*, alguno de los cuales vimos en la Exposición Nacional de 1908.

Pero su verdadero españolismo es más reciente, de los años 1911 y 1912, después de una larga estancia en París donde pintara, entre otros retratos, el de la danzarina Cleo de Merode.

Benedito se recluyó en pueblos andaluces, buscando en las muchachas morenas, en los trajes chillones, en los abalorios brillantes y en los cacharros de los interiores, en las orgías de luz de los mantones chinoscos y en la exuberancia de huertos y jardines, nuevas orientaciones sensuales á su arte.



"Carmen", cuadro al óleo por Benedito

Y, finalmente, ya de vuelta á Madrid, alternó los cuadros de mujeres andaluzas con retratos de mujeres elegantes y de niñas aristocráticas y gentiles.

De esta última época del joven maestro son claras y admirables muestras un cuadro de gran tamaño que representa el regreso de una cacería y el lienzo titulado *Mis sobrinas* que está siendo uno de los éxitos de la pintura española contemporánea en la Exposición Internacional de Venecia.

De todos estos aspectos del arte actual del joven maestro, hemos querido reproducir obras características que ayuden gráficamente nuestros comentarios. Lo mismo *El sermón* que *El organista* ó la *Moza talaverana*, dan la nota castiza y pintoresca de los viejos pueblos castellanos.

*El sermón* recoge un momento curioso é interesante en la vieja iglesia de Salvatierra de Tormes. Aparte de la riqueza colorista obtenida de ese modo fácil, sin esfuerzos, que acusa la pincelada sobria y segura de Benedito, hay en este cuadro un gran acierto de composición. Pudiéramos llamar esta composición «decorativa» por la armónica disposición de las figuras de mujer arrodilladas y las de los hombres sentados en el banco del fondo. Benedito ha querido, además, expresar el sentimiento místico, de un misticis-

mo ingenuo y primitivo, y la atención humilde en distintos rostros de mujeres viejas, de hombres ancianos, de hombres en la madurez de la vida, y de mocitas, incluso de una niña que, seriecita, fija la mirada de sus ojos claros, escucha al predicador invisible.

Estos aciertos en descubrir la psicología de un individuo, los rasgos característicos de una raza, son hijos del maravilloso dominio de la técnica que posee Benedito. Sabe desentrañarles ante el natural, ante los modelos elegidos, no por su espíritu, sino por su aspecto pintoresco ó por los problemas de color que ofrecían á su paleta riquísima.

También la figura del organista, vestido con el traje típico de los charros, medio cubierto por la recia capa de paño salmantino, tiene mucho carácter. Recostado en el respaldo de una silla, de pie junto al modesto y viejo órgano, causa en quien lo contempla una extraña inquietud, esa inquietud penetrante de los buenos retratos que parecen inmobilizados momentáneamente, pero que van á abandonar el lienzo y avanzar hasta nosotros y hablarnos...

Bièn distintas son las otras obras más recientes de Benedito que representan mujeres andaluzas.

Así como en Bretaña, Benedito pintó con preferencia á las mujeres porque la mujer bretona, recia, hombruna, de estatuaria energía, está más cerca de su temperamento enemigo de poéticos refinamientos; así como en Holanda eligió siempre modelos masculinos, al pintar Andalucía, el autor de *Los abuelos Pik*, sólo representa la región luminosa y sensual con figuras de mujer.

No es la suya la Andalucía exportada en panderetas, abanicos, cromos y cajas de botellas llenas de un vino oloroso y áureo; Andalucía para turistas que adivinan repiqueteos de «castañetas», taconeo de *sevillanas* y olés taurinos en los Baedekers; Andalucía de la «grasia» y de las bromas; Andalucía de las comedias que escriben los hermanos Quintero. No es tampoco la otra Andalucía, triste y melancólica, envuelta, como una viuda en sus velos de luto, en la fata-



“El organista”, cuadro de Benedito



“Mis sobrinas”, cuadro al óleo por Benedito

lidad mora. Andalucía espiritualizada, ennoblecida en los lienzos de Romero de Torres; Andalucía de los braceros y campesinos que se mueren de hambre y de tuberculosis en medio de la lujuriosa exuberancia de las campiñas ubérrimas.

Pero participa esta Andalucía de Benedito de ambos aspectos. Su musa es la de los caballistas, la de las casetas de feria, las coplas alegres y las saetas tristes; las risas de mujeres y las blasfemias de los hombres, las danzas sensuales y los terciopelos y luminarias de los Pasos de Semana Santa; de la reja florida de jazmines donde dos novios musitan amores, y de las tardes de toros y las facas que relucen antes de hundirse en un corazón buscando el moaré rojo...

Es, en suma, una Andalucía que se abre como un clavel, cuyas hojas no se sabe si arden ó sangran.

En el estudio de Benedito véis actualmente esta Andalucía reproducida en muchos cuadros. Mocitas sevillanas, granadinas, malagueñas, gitanas morenas de ojos zahoríes, mantillas blancas, negras, de madroños, pañolones filipinos, pañolillos de talle, abalorios, corales, filigranas de oro, percales rameados, claveles, biznagas, lejanías de campos agostados de sol ó plateados de luna, callejuelas moras con rejas trepadas por

flores, guitarras, «palillos» con moñas de la bandera española... Y siempre mujeres, sólo mujeres, porque el hombre andaluz no le interesa á este pintor, levantino y apasionado de la belleza.

Por último, en el otro aspecto de retratista de elegancias femeninas también tiene lienzos muy notables Manuel Benedito. Recordemos el de la duquesa de Durcal, reproducido en otro lugar de este número y que tiene el empaque gracioso y señorial á un tiempo mismo de los maestros ingleses del siglo XVIII; el de la señora del ilustre político D. Amalio Gimeno, en que resalta toda la serena y estatuaria belleza del modelo; el de la actriz Mercedes Pérez de Vargas, sin terminar aún...

Y, sobre todo, este lindísimo grupo titulado *Mis sobrinas* que es un asombro de técnica, de una admirable riqueza decorativa; á pesar de la vibración audaz imperante que tiene el abrigo rojo de una de las niñas, nada pierde su valoración exacta, ni se borra ninguna otra tonalidad por tenue y suave que sea.

Acaso en este lienzo sea donde mejor pueda apreciarse hasta qué punto Manuel Benedito alcanza la más alta perfección de su arte, en el que mejor se evidencia que su arte ha llegado á completa madurez.

S. L.

# BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



LA DUQUESA DE DURCAL

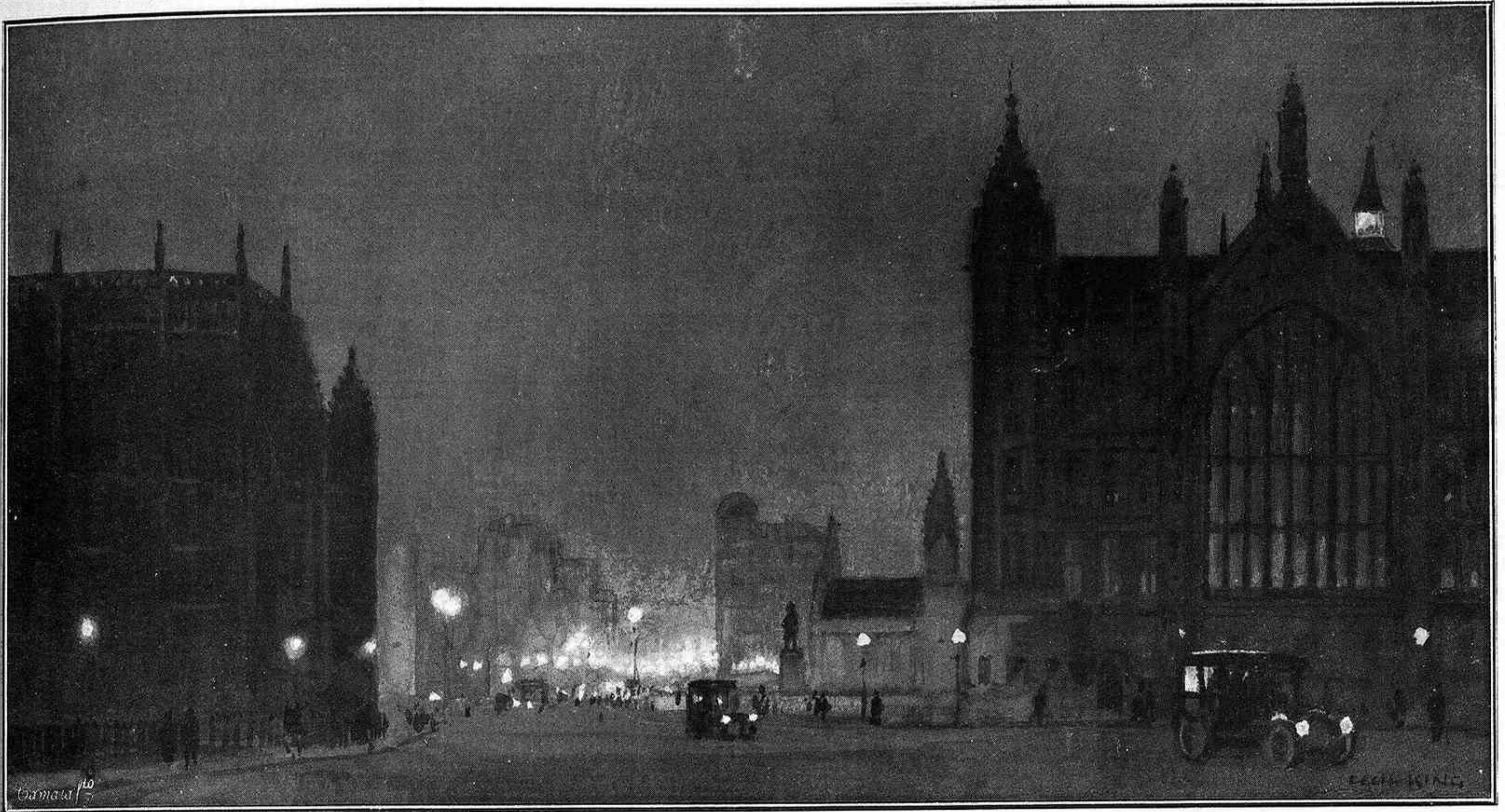
RETRATO AL ÓLEO, POR BENEDITO

Belleza fina, delgada, de un aristocracismo de líneas que recuerda las hermosuras británicas immortalizadas por el pincel de Gainsborough, es esta noble dama cuyo retrato orna la presente página de LA ESFERA. Pertenece doña Leticia Bosch, duquesa de Durcal, á una distinguida familia catalana. Su padre, el Sr. Bosch y Labrés, figuró

en política en la época de Cánovas. Está casada con D. Fernando Sebastián de Borbón y Madan, duque de Durcal y nieto de los infantes D. Sebastián y doña Cristina, hermanos del rey D. Francisco de Asís, padre de Alfonso XII. El ducado de Durcal fue creado en 1885. Su actual poseedor lleva el título desde 1910.



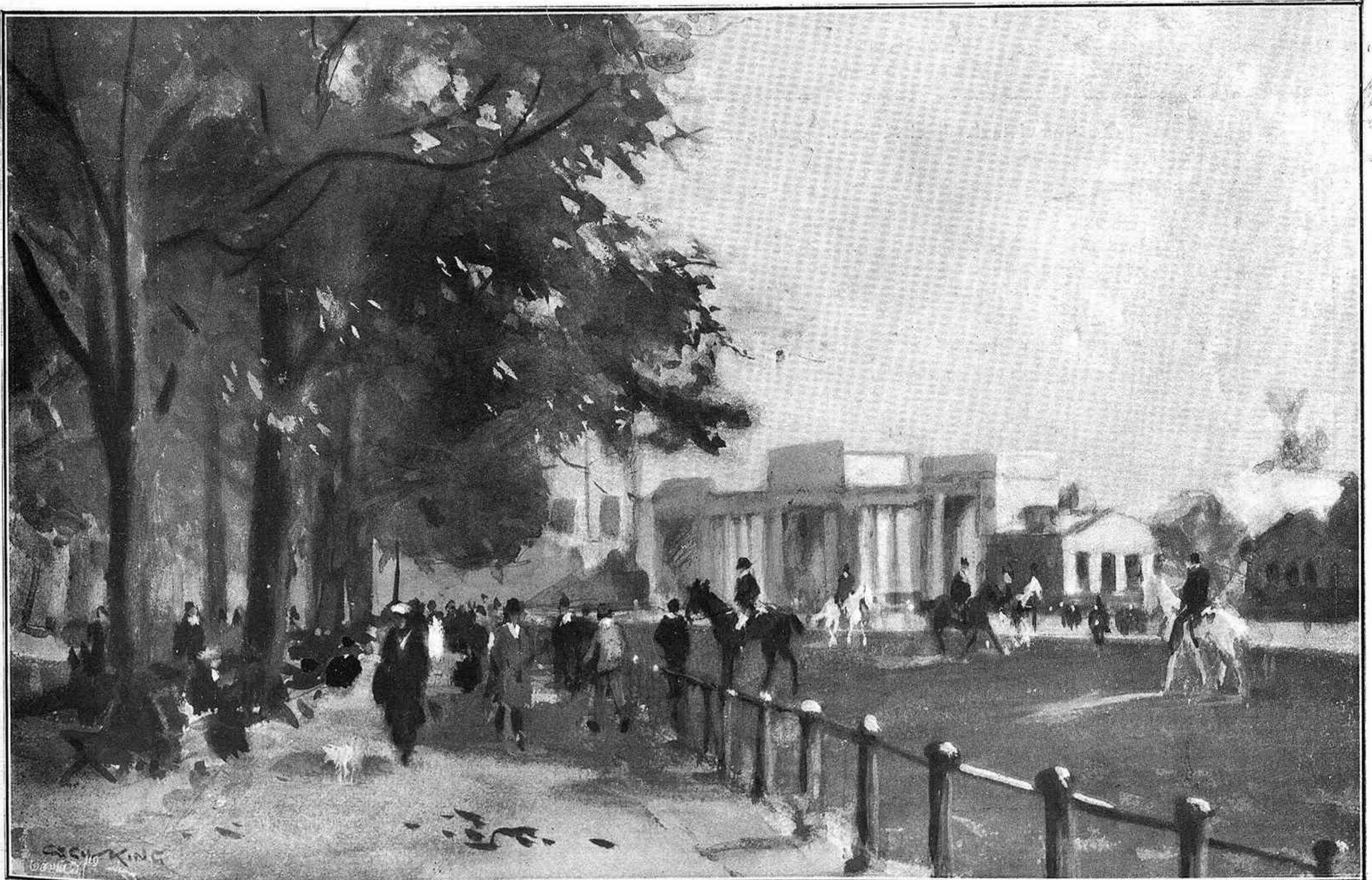
# LA ESTACIÓN DE PRIMAVERA EN LONDRES



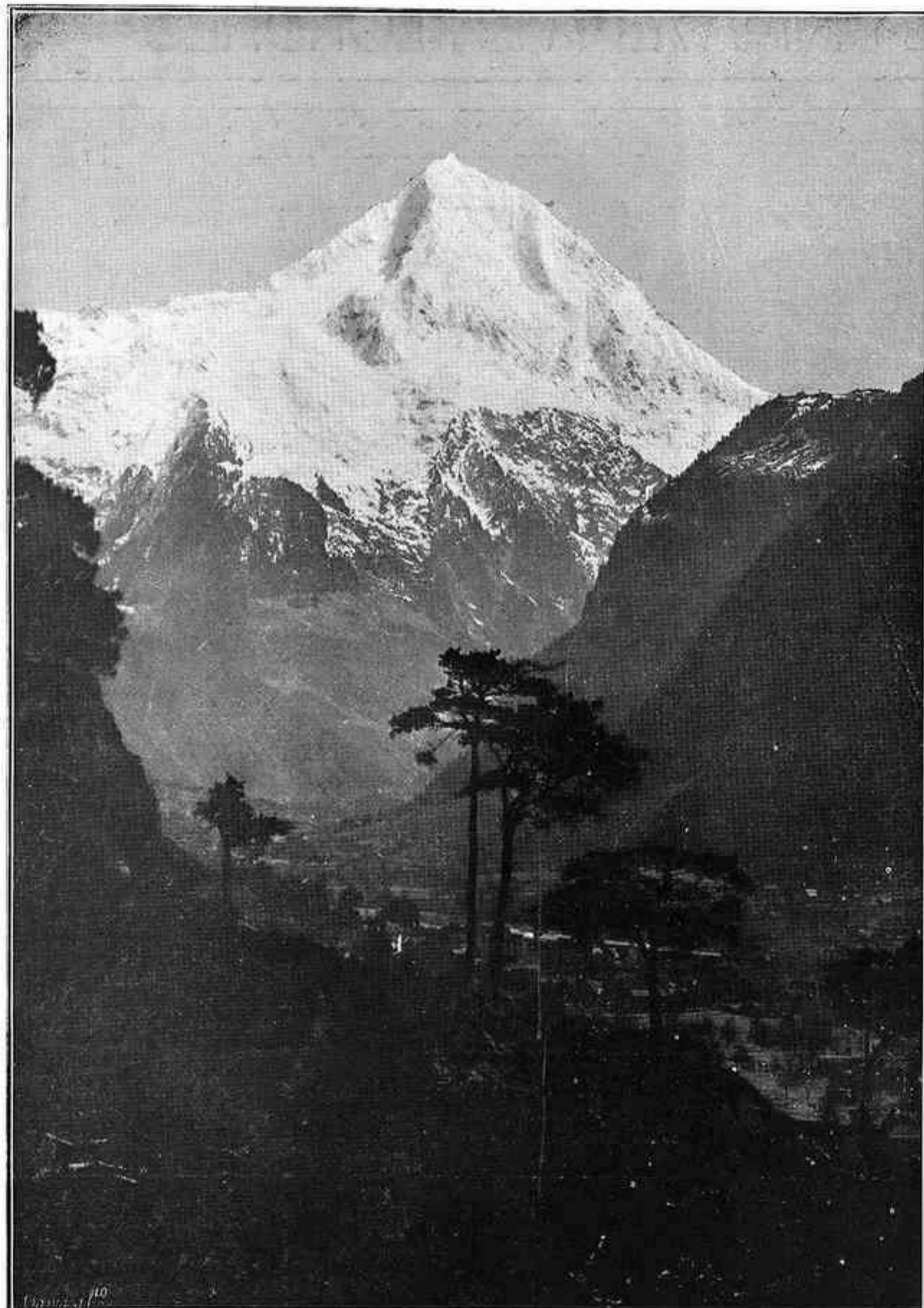
Los alrededores del palacio de Westminster, al anochecer. Vista tomada desde la Cámara de los Lores

En afortunado contraste de luz y de ambiente, he aquí dos de los más típicos cuadros de la vida londinense, en esta *season* brillante y mundana que ahora comienza: los alrededores de Westminster, al oscurecer, cuando

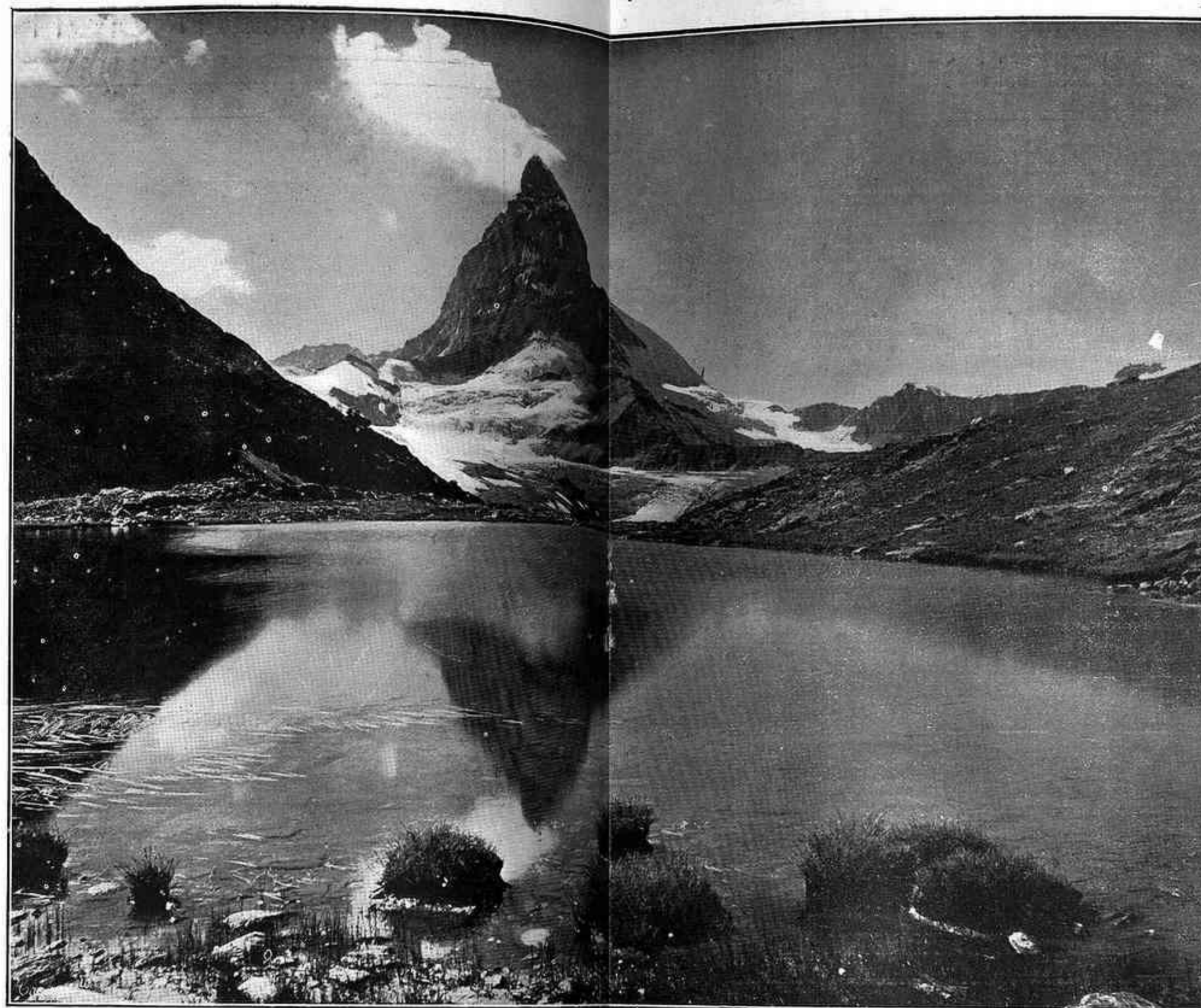
las Cámaras terminan sus tareas, y el aristocrático «Rotten Row» en «Hyde Park», *rendez-vous* obligado del Londres deportivo y prócer, en estas plácidas tardes primaverales que embalsama el perfume de las acacias en flor.



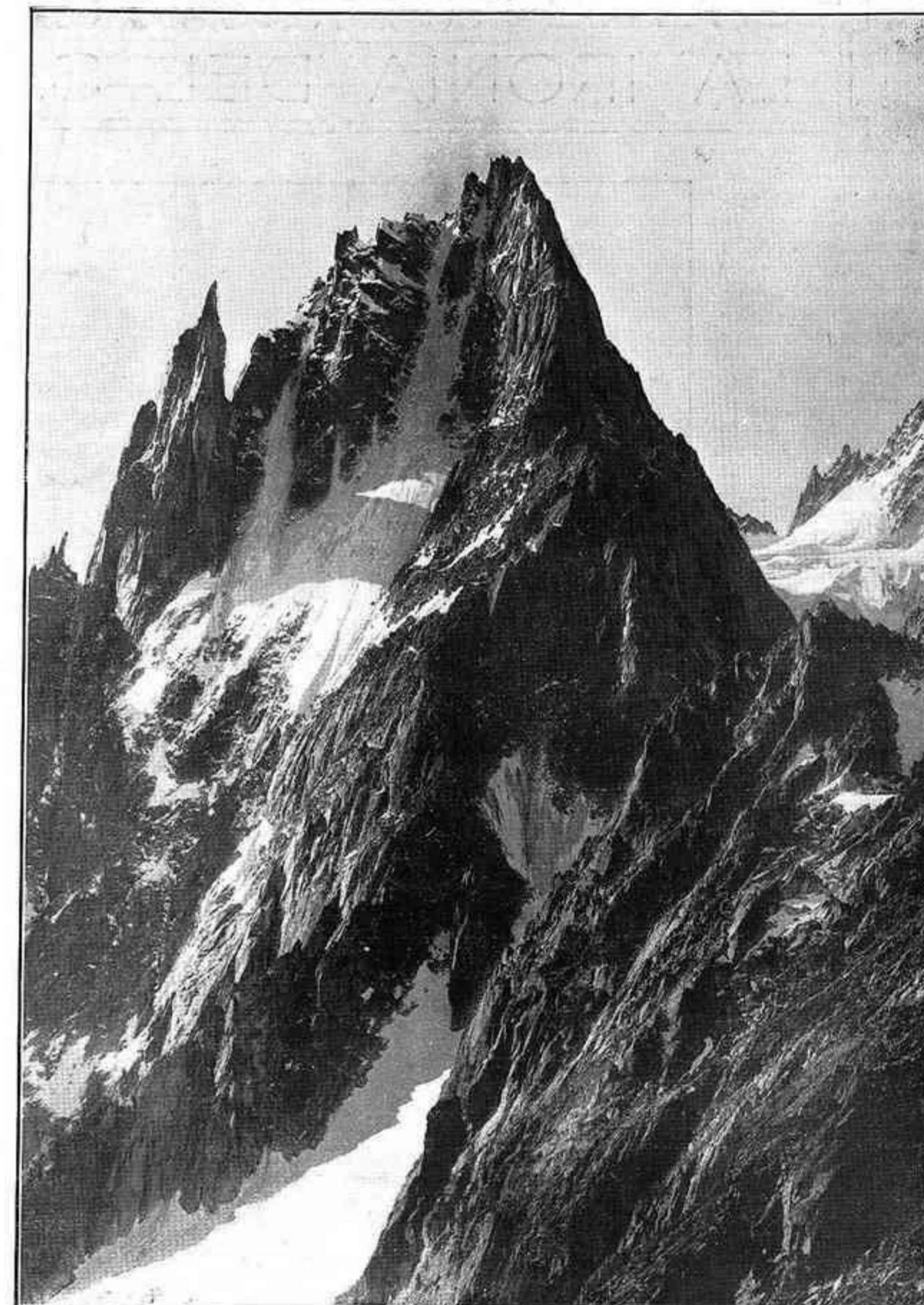
Uno de los lugares más concurridos de Hyde Park en una tarde de primavera



Una vista desde el valle del San Gotardo



El lago de Riffel, con el monte Cervino al fondo

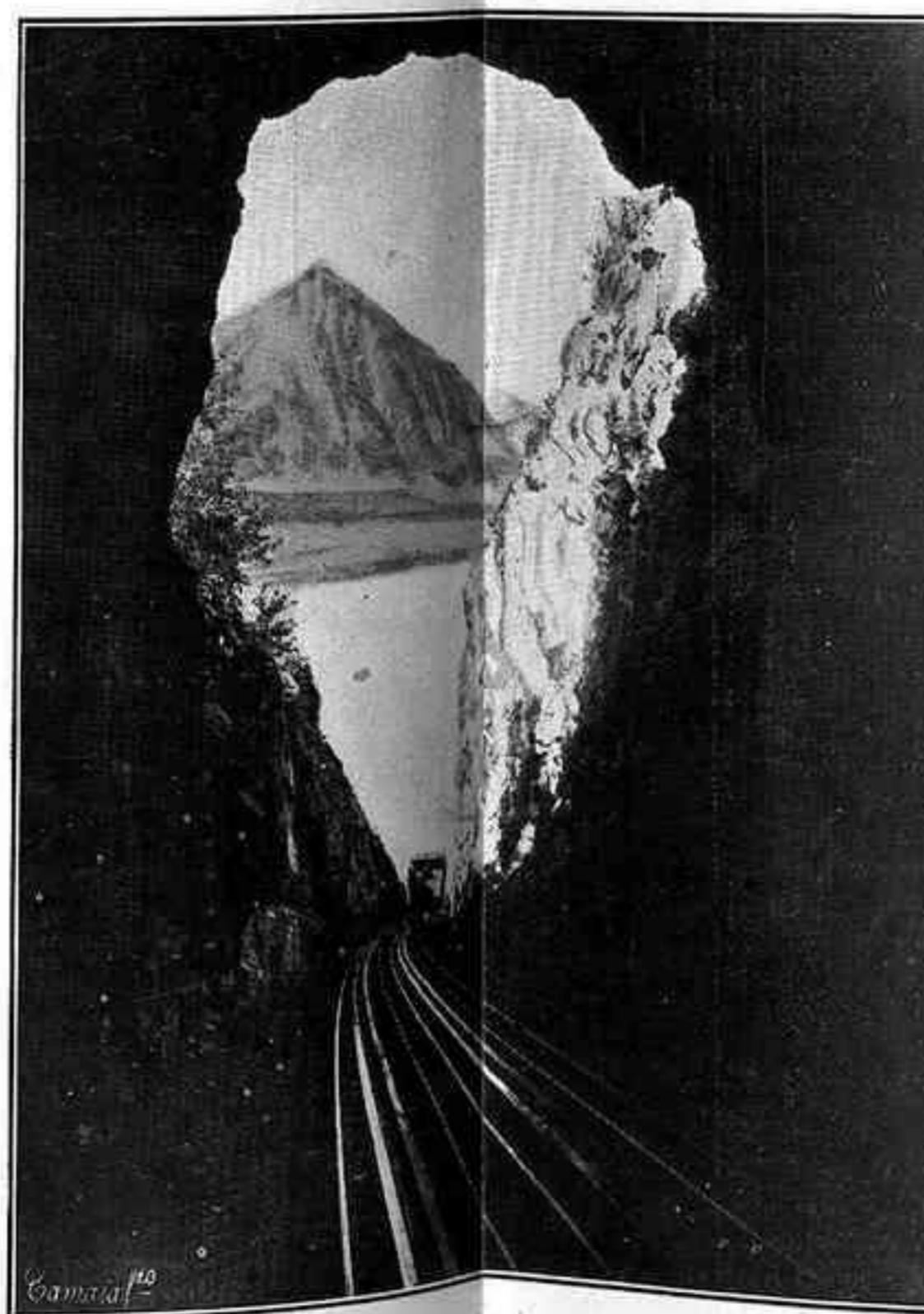


La aguja de Charmoz, en Chamonix



Vista del lago de Brienz

La poética Suiza, plena de románticas leyendas, encantado escenario de idilios amorosos y forzada Meca de turistas adinerados, prepárase ya a recibir la visita anual de sus devotos. Sus montañas ingentes, cubiertas de eternas nieves, reflejándose sobre las espejantes linfas de sus lagos de ensueño; sus ventisqueros fantásticos que semejan encrespados océanos, que paralizase en desencadenada tormenta el glacial soplo de un cataclismo geológico; los maravillosos panoramas de sus valles esmeraldinos á través de los que serpentean caudalosos ríos, entre ellos el Rhin de las viejas tradiciones nibelúngicas; sus torrentes impetuosos y sus cataratas ensordecedoras; sus aldeas pintorescas, suspendidas como nidos de águilas en los picachos que hieden las nubes, ó escalonadas sobre la verde alcatifa de las montañas; todas las bellezas de ese país privilegiado que la industria de sus habitantes ha sabido poner en valor, facilitando su acceso á la benéfica y fecunda corriente del gran turismo, no son ya secretos encantos que sólo pudieran gozar sus naturales poseedores: las múltiples vías de comunicación, los innumerables sistemas de transporte, sus funiculares de atrevidísimo trazado, su insuperable servicio de hoteles y las



El ferrocarril funicular del Jungfran

mil facilidades que allí se dispensan al viajero, abren la histórica Helvecia, todos los años por esta época, á la admiración universal. Entre esas bellezas naturales descuella el monte Cervino. Constituye éste una pirámide montañosa de 4.482 metros de altura en el límite de Piamonte (Italia), con el cantón de Valais (Suiza). Durante mucho tiempo tívose al Monte Cervino por inaccesible, apoyándose esta creencia en la configuración en extremo escarpada que presenta y que puede advertirse bien en la fotografía inserta en esta plana. En 1865 los alpinistas Eduardo Whymper, Lord J. Douglas, Carlos Hudson y Hadow, acompañados de tres guías, lograron escalar la cima. La expedición tuvo un desenlace trágico, pues al regreso cayeron á un precipicio Douglas, Hadow y Hudson, juntamente con el guía Croz. No impidió esta catástrofe que se realizaran nuevas ascensiones, desde Zermatt y desde Breil en Val Tournanche. Hoy, perfeccionados el material de ascensiones por la industria alpinista, el aficionado á emociones puede realizar la ascensión al Monte Cervino, con relativa comodidad, en cuanto al pie oriental de la montaña, se han levantado casas de refugio y provisión de aparatos alpinistas de seguridad y salvamento.



Una de las cataratas del Rhin, en Känzeli

## LA IRONÍA DEL SACRIFICIO

Cuando Irene vió desplomarse á sus pies á Rosarito con aquel gesto un poco teatral, y sin embargo, en la chiquilla, tan sincero, tan espontáneo, que no era sino un renunciamento, una entrega absoluta en brazos del dolor, tuvo el presentimiento de que la hora del sacrificio sonaba en el reloj de su vida; de que la ambigua situación prolongada días y días no podía continuarse ya; de que, como en los dramas, la catástrofe había llegado. Casi se alegró. Experimentaba como un descanso, como si le quitasen un peso de encima y respirase mejor. Prefería la certeza, cruel y todo, á la atroz incertidumbre de los últimos tiempos, á las horas fatales de zozobra en que, mientras para conservar su aplomo aparentaba leer ó bordar, sentía las pupilas verdes, claras, acuosas, antes serenas como un lago en calma, fijas en ella con una inquieta interrogación que les daba ese misterioso cambiante de las aguas en cuyo fondo duerme un peligroso remolino. ¿Rosarito, sabía? ¿A pesar de la inocencia de sus diez y ocho abriles de virgen aristocrática, para quien la vida debe de estar velada por un cendal color de rosa, habría adivinado?

Al mismo tiempo, su pobre corazón de mundana condenada perpetuamente á ocultar sus pasiones bajo falsos oropeles, temblaba como un misero pajarillo en las proximidades del invierno. ¡La vejez! ¡Qué atrozmente cruel era la idea de envejecer! Inútil que se mirase al espejo y al contemplar la arrogancia insuperable de su figura envuelta en las creaciones de los magos de la moda sonriese triunfalmente; inútil que, por un momento, entre las nubes de incienso que en saraos y mundanos festejos quemaban á su paso, ante las frases hiperbólicas con que la lisonja halagaba su oído—¡Mejor que nunca! ¡Guapísima! ¡Parecen hermanas!—quisiese creer, engañarse á sí misma; ¡no podía! Allí en el fondo, muy en el fondo de su espíritu, sentía frío, mucho frío, el frío inexorable de los años. ¡Envejecía! Y la idea contenida en esa frase tan sencilla, que es ley de la vida, poseía no sé qué honor trágico para su carácter de criatura de lujo, de belleza y de amor que no tenía otra misión en el mundo que triunfar.

¿Por qué la fatalidad (pues fatalidad y no otra cosa fué su amor por Clemente) había puesto aquel incendio en el sereno ocaso de su vida? ¿Por qué cuando iba ya á deslizarse por la pendiente cada vez más rápida de los años, si no indiferente á lo menos resignada, entre el respeto de las gentes, la consideración de su marido y el cariño de su hija, había surgido el hombre que le hacía aferrarse desesperadamente á la juventud?

Algunas veces, en las horas de lucidez, sentía toda la ironía de la ficticia primavera, lejana de la serenidad matronil que debía presidir la madurez de una noble señora, madre de una hija adorable, y representante de la ilustre casa de Monsanto. En su existencia nada hablaba de ve-



E. Vareja de Seljas

jez ni renunciamento. Quanto la rodeaba, cuanto componía su figura, decía de juventud, de lozanía, de primavera inextinguible. Blanco, rosa y plata era la alcoba, florecida de nardos y enaguinaldada de encajes como un camarín de amor; vaporosas las galas; leves las joyas. En medio de aquella perenne frescura que se mentía á sí misma, tenía de tarde en tarde el sobresaldo de una adivinación del atroz sarcasmo del envejecer, cuando en una hora de pena ó de cansancio contemplaba aterrada las devastaciones que los años hacían en su grácil hermosura de pagana, la arruga prematura, la cana indiscreta, el azulear de las ojeras.

Ahora mismo, sin quererlo, veíase en el espejo y aunque en el claro-oscuro del cuarto, el contraste de las dos bellezas—rubia, opulenta, muy Ticiano, la de ella; pulida, ardiente, en un feroz contraste de blancura marmórea en el rostro, y negro de ébano en los cabellos, la de Rosarito—era muy bello; no dejaba, sin embargo, de percibir, mejor por la inevitable comparación, la cruel labor de los años y sentía una amargura inmensa.

Rosarito gemía siempre desesperadamente. De vez en cuando entre el hipo del llanto percibíase como un leitmotiv pasional la confesión desesperada:

—¡Le quiero! ¡Le quiero!

El nombre de Clemente no sonaba para nada y, sin embargo, su sombra flotaba entre ellas é Irene adivinaba.

Hacía mucho tiempo que su corazón, siempre alerta, le había avisado del peligro; hacía mucho tiempo que sentía la fatalidad que se acercaba á ella. Desde una tarde de invierno en que presa en la insulsez de una visita de cumplido había oído reír y charlar, tenía la adivinación de aquel amor. Había un timbre en la voz, una confianza en el gesto, que no podía escapar á su vigilancia inquieta. Al comprenderlo, sintió primero celos, unos celos extraños, absurdos, infames; luego ira. Pensó en encerrar en un convento á la chiquilla, en enviarla á Inglaterra ó Bélgica. No; no haría nada. Con sobresalto doloroso esperó la catástrofe. Y en aquella expectación fatalista sufrió tanto, que dió en desear que la catástrofe llegase. Y allí estaba. Y ahora, en el momento supremo, sorprendíale que el dolor era menor y que sobre el dolor flotaba una inquietud: la inquietud de envejecer.

La nena gemía siempre:

—¡Le quiero! ¡Le quiero!

Irene comprendió que debía interrogar, fingir asombro, mentir... ¡y no tuvo valor! Sus labios pálidos murmuraron:

—¡Te querrá!

Rosarito alzó el rostro. Al través de la alegría victoriosa que lo bañaba como un rayo de sol, lucía un vago asombro. Interrogó ella como si temiera que no la hubiesen comprendido bien:

—¿Clemente?

Irene hizo un esfuerzo para sonreír.

—¡Claro que Clemente!... ¡Como si yo no hubiese adivinado lo que piensa mi niña!

La chiquilla colgósele del cuello en un rato de loca alegría.

—¡Mamá! ¡Mamita de mi alma!

Por encima de la cabecita murillesca, los ojos de Irene buscaron á su fiel amigo, el espejo, con una interrogación dolorosa: ¿tendría que envejecer?

□□□

El señor obispo, que después de dar la bendición á los novios presidía el almuerzo nupcial, inclinóse sonriendo hacia Irene, sentada á su derecha, y musitó no sé qué consuelos, muy cristianos y muy mundanos á la vez. La dama hizo un esfuerzo para sonreír, y luego quedó silenciosa, incapaz de seguir fingiendo.

Había acabado el ágape y Rosarito, llevando en la mano un gran ramo de azahar, deslizábase entre las mesas repartiendo flores á las muchachas.

Estaba guapa. Entre las vaporosas gasas que, tras inundar el rostro, caían en nevada catarata hasta el suelo, envolviendo su figura como blanca nieve y resbalaban luego en ligeras ondas, formando larga cola enaguinaldada de azucenas, aparecía su belleza ardiente y glacial, desesperada, casi trágica. Más que la suave armonía de una novia cristiana, tenía la belleza fatal de una Hecate ó una Fatalidad; un símbolo, en fin, de lo

irreparable. Alta, muy delgada, el rostro de azulada blancura, apuñalado por los negros ojos que ardían con sombras llamaradas de fiebre, sus gestos eran nobles, serenos, pero definitivos, con algo de fatales.

Circulaba graciosa, vagamente danzante, con más de estatua clásica que de figura boticellesca, repartiendo flores y sonrisas.

Julito inclinóse al oído de su gran amiga la de la Campanada y, dejándose llevar de su perpetuo afán de decir cosas extrañas, murmuró:

—Fíjese usted, parece una heroína de Sófoles, una Antígona, por ejemplo.

La de la Campanada asintió burlona:

—Sí, sí; á mí Irene me recuerda más bien Yocasta.

Julito rió, cruel.

—¡Hasta por lo antigua!

Mientras tanto, el señor obispo se inclinaba lleno de cristiano espíritu de consolación hacia la cuitada, y dulcemente animó:

—Un poco de resignación. Comprendo que para usted es un sacrificio separarse de su hija, pero es por breve tiempo, y luego, ya verá qué alegría cuando vengan los nietecitos...

Sintió Irene un sobresalto casi doloroso. Otra vez todas las cosas se esfumaban para dejar paso á una sola: á la idea atroz de envejecer.

Había caído en la vejez como podría caer en un precipicio sin fondo, rápidamente, violentamente, sin lenta evolución, sin ese pausado descenso que hace las cosas más fáciles y discretas. Desde el día de la confesión de Rosarito, comprendió que era imposible luchar, que á cualquier intento de defensa destrozaría irremisiblemente la felicidad de su hija, sin conseguir salvar la suya. Y valiente, heroica, en una de esas misteriosas tragedias anímicas que pasan desapercibidas para los demás, decidióse á hacer el sacrificio. Era preciso envejecer, desaparecer, borrarse; era necesario dejar de ser mujer para ser tan sólo madre. Y día por día, hora por hora, empezó su labor. Cada vez que una nueva arruga mancillaba la belleza del rostro, cada vez que un hilo de plata surgía entre el oro de los cabellos—y el sufrimiento es su mejor cultivador—, sonreía con una alegría que no era sino un cruel sarcasmo, y con amargura infinita daba su adiós á la vida en plena vida aún, llena de ilusiones, de esperanzas y de ensueños. Ni aun le quedaría el consuelo de hacerse otra existencia calmada, obscura y silenciosa. Los que han vivido mucho, los que han gozado de sus horas de juventud, no tienen derecho á envejecer. ¡Hacerse un hogar, una vida muelle y regalada que fuese como suave guateado que la defendiese de los huracanes exteriores!... ¡Imposible! ¿Cómo había de hacerlo? Condenada para siempre á no poder aproximarse á su hija sin que aquel hombre se alzase entre ellas como una sombra fatídica, no osando alzar los ojos hacia él por temor á leer en ellos algo que no fuese la noble piedad filial que dábale su marido. ¡Su marido! La burlasca ironía de aquella idea hirióla como una injuria. ¡Su marido! Veíale prosopopéyico, afectado, ridículo. Ahora mismo oía su voz como desagradable moscone, dogmatizando con énfasis parlamentario, vaciedades y majaderías.

¿Qué sabía aquel pobre necio finchado y alisonante del dolor de ciertas vidas, de la amargura inmensa de algunas catástrofes pasionales? Y sola, condenada al silencio, atada de pies y manos para la lucha, era necesario callar. La voz de Rosalía Moncada, sacóle de su abstracción.

despedida. Ante la escalinata del jardín, el auto trepidaba. Un corro de amigos íntimos y de parientes rodeaban á los novios. Clemente habíase ido despidiendo de todos levemente burlón, con aquella perenne sonrisa de fanfarronería que no le abandonaba nunca. Al llegar á Irene hablábale abrazado y besado con filial afecto. Y ante la fría caricia, la desdichada había sentido como un carbón ardiente que le taladraba la mejilla. Rosarito, á su vez, fué despidiéndose de todos. Al llegar á su padre, el finchado empaque de este tuvo la ola de emoción, convirtiéndola en un abrazo teatral, pero sobre el pecho de su madre la emoción desbordóse.

—¿No tiene usted valor para ir á verla vestirse de viaje, verdad? ¡Lo comprendo, porque yo tampoco lo tuve cuando la boda de Petrita!

Sintió Irene que era preciso dominarse, disimular, é hizo un esfuerzo. Halló energía para murmurar:

—¡Voy! ¡No hay remedio! Es la ley de la vida...

Púsose en pie y, como una sonámbula, dirigióse hacia los cuartos de su hija.

Lentamente cruzó los salones llenos de gente. A pesar de la pena y de los estragos de aquellos meses estaba bella aún, con una belleza doliente de ocaso llena de un encanto de saudades. El traje malva, brochado de oro, moldeaba su cuerpo armonioso, y la negra mantilla, prendida con brillantes, envolvía el rostro en propicias sombras.

Las gentes precipitábanse á su paso, rodeábanla, felicitábanla con falsos transportes, á través de los que adivinaba curiosidad, indiferencia ó cruel ironía.

Al fin ganó el pasillo. Sentía un deseo atroz de llorar, de gemir, de gritar su dolor. ¡Un esfuerzo aún! Limpióse los ojos con el pañuelo. Una voz llena de afectuosa burla murmuró á su oído:

—¿Pena de que se vayan los chicos, mamá suegra?

¡Clemente! Eléctrica sacudida agitó á Irene. Con los ojos dilatados en absurdo espanto, contemplóle con el horror con que las Santas penitentes del yermo contemplarían las misteriosas transformaciones de Satanás, para tentarlas. Allí estaba él, con su apostura de Don Juan, frívolo, inconsciente, desdeñoso para todo lo que no fuese su egoísmo. Irene asíóse al amor de su hija como á una tabla de salvación. Con voz desgarrada gimió:

—¡Hazla feliz!

—¡Mamá! ¡mamita! ¡adiós, adiós!

Entre los brazos de Irene, Rosarito lloraba y reía á un tiempo en los nerviosos afanes de la

—¡Mamita! ¡mamita mía!

Cortaron la escena. Era tarde y había que arrancar. Salieron los novios y el automóvil partió.

—¡Adiós! ¡adiós!

Otra vez Irene hubo de cruzar entre las gentes que le felicitaban, le estrechaban las manos, decían vaciedades... Al fin llegó á su cuarto y, ya dentro, echó la llave.

Parecíale la estancia triste y desolada como una celda monacal.

Sobre el lecho, un Cristo de talla tendía las manos clavadas en la cruz.

Irene dió algunos pasos vacilante. Al fin sus ojos claváronse en la imagen y, cayendo de rodillas, le tendió los brazos.

—¡Jesús mío! ¡misericordia!

ooo

No supo si había dormido ó no. Tirada en la butaquita á los pies del lecho, la cabeza oculta entre los brazos, había pasado muchas horas de un estupor doloroso. Por las maderas filtrábase una claridad pálida y triste. Alzóse Irene trabajosamente y abrió el balcón de par en par. Debía de ser muy temprano por cuanto circulaba poca gente por la calle, y esa con el aspecto peculiar de las personas madrugadoras. Volvióse la desdichada á su asiento y tornó á ensimismarse en su estupor doloroso.

De pronto un ruido insólito de corridas, de idas y venidas, de abrir y cerrar de puertas, la sobresaltó.

Llamó al timbre y no acudió nadie. Tornó á llamar, con igual resultado. Decidióse entonces á ver qué sucedía, y alzándose con trabajo, abrió la puerta y salió.

Nadie. Cruzó su *boudoir* desierto, luego el salón de tapices y llegó al gran salón. Los muebles en desorden, las flores marchitas, caídas en el suelo, pisoteadas; ofrecía la estancia un aspecto de desolación infinita. Por la puerta que comunicaba con la galería de retratos vió pasar corriendo á su doncella y llamó:

—¡Carolina! ¡Carolina!

No debió oírlo por cuanto siguió precipitadamente su camino. Oyó entonces, Irene, el ruido de un automóvil en el jardín y precipitóse á la puerta vidriera. ¡Su marido que se iba! Tuvo el presentimiento de una catástrofe, de algo terrible, espeluznante, y desalentada, loca, corrió de habitación en habitación sin encontrar á nadie. En la antecámara se detuvo jadeante, bañada en helado sudor y con voz de agonizante, mientras con las dos manos intentaba detener los latidos de su pobre corazón, que le azotaba furiosamente el pecho, llamó á los criados:

—¡Carolina! ¡José! ¡Gregorio!

Nada. Sus ojos fijáronse en un periódico que habían dejado sobre la mesa, y, enloquecida

de espanto, leyó en grandes titulares: «Catástrofe automovilista».

Arrojóse sobre el papel y enteróse ansiosamente.

¡Se habían estrellado contra un árbol! ¡Rosarito, muerta! ¡Clemente, ileso!

Petrificada, estúpida, incapaz de un movimiento, permaneció estática ante la atroz ironía que le dejaba vieja, triste y vencida, frente á frente con aquel hombre, para siempre.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE VARELA SEIJAS



EL FEMINISMO EN INGLATERRA  
PSICOLOGIA DE LAS SUFRAGISTAS



Las sufragistas inglesas realizaron una manifestación días pasados ante el Palacio Real de Buckingham, en Londres. La policía, para disolverla, tuvo que apelar á la violencia, apaleando á las mujeres más rebeldes. Nuestra fotografía representa la detención de una de las manifestantes que resultó lesionada en la refriega

FOT. HUGELMANN

CÓMO son espiritualmente estas inglesas, conquistadoras del sufragio femenino? Las mujeres españolas contestarían unánimemente que, por dentro y por fuera, las sufragistas son unas solemnísimas marimachos. El hecho sólo de que unas hembras dediquen su vida á trabajar por el triunfo de un ideal político, ya parece locura y desafuero á nuestras aristócratas, á nuestras burguesas y á nuestras manolas, que tienen de su misión sobre la tierra un concepto totalmente distinto, pero si además, para la propaganda de aquel ideal no basta asociarse, ni perorar, ni escribir, y es preciso hacer manifestaciones, amotinarse, aporrear á un ministro, destroz ar cuadros en los museos, interrumpir con escándalo las fiestas públicas, hacer estallar petardos y bombas, trabar batallas con la policía, dejarse prender y encarcelar... ¿qué parecerán las sufragistas á nuestras marquesas ó á nuestras modistillas, á las mismas mujeres españolas, precursoras de feminismo que buscan la independencia de su personalidad en la mecanografía, el comercio ó los estudios?

Parezca lo que quiera á nuestras mujercitas es forzoso reconocer que un suceso tan continuado, tan tenaz, tan heroico—¿hay mayor heroísmo para una mujer que afrontar el ridículo?—no se origina arbitraria y casualmente, sino que ha sido engendrado en realidades vivas, que han producido en muchas almas ese estado de exaltación que aconseja las más atrevidas violencias, á las que responde la policía—como se ve en las fotografías que acompañan á este artículo,—con una rudeza, que en España, en la Puer-

ta del Sol soliviantaría á las muchedumbres y las haría blasfemar de la *barbarie española*.

Ante todo, tengamos en cuenta que las sufragistas inglesas al pedir que se conceda á la mujer el derecho á votar, piden lo que en Inglaterra representa la ciudadanía. Pedir en España la concesión del sufragio sería una cosa ridícula y candorosa, porque á los hombres, que ya lo tenemos, no nos sirve absolutamente para nada. El voto en España se adultera, se finge, se falsea, se roba. Los Gobiernos han convertido el sufragio en una indigna comedia de la que el ciudadano es un pobre comparsa. En Inglaterra el voto es sagrado. Las mujeres saben que si ellas pudieran votar influirían en la vida nacional, el pensamiento femenino modificaría la legislación, y la lucha por la vida entablada entre los dos sexos, y para la que cada día es menor solución el amor, se desenvolvería en condiciones de igualdad que hoy no existen.

Así, mientras la mujer francesa—y un poco la española, ¿no es verdad?—se preocupa de por qué durante el invierno la moda impuso las faldas abiertas y durante el verano, que se acerca, se llevarán las faldas cerradas, la mujer inglesa exige su derecho á ser ciudadana, á ser electora, á imponer á su país soluciones feministas. Las mujercitas francesas, tan inteligentes, tan pizpiteras, tan sexuales y las mujercitas españolas tan delicadas, tan sentimentales no comprenderán nunca este hondo problema moral y económico de la mujer inglesa. En lugar de desdeñarla ó burlarse de ella, la mujer latina debería sentir una honda lástima de la mujer sajona. Ve-

reis cómo. La juventud de la mujer inglesa es breve; se agota como una flor. Sus años de amor, de sugestión del hombre, de dominio del hombre pasan rápidamente. Ninguna raza produce, como la inglesa, capullos tan lindos de hembra. En ella el tránsito de la niña á la mujer es de una belleza suprema, pero en seguida la escultura viva comienza á convertirse en maniquí articulado. Las graciosas líneas se tornan rígidas; la carne sonrosada se apergamina, y toda la razón de la existencia femenina—agradar, ser admirada, deseada y amada,—desaparece mientras el corazón joven permanece; como un nido de palomas, lleno de amor y de cariño, de deseos y de alegría. Agregad á esta razón fisiológica, puramente orgánica, el temperamento de la raza. En ellas hay un exagerado concepto de la propia dignidad, que la amargura del vivir sin objeto, va trocando en altivez, en soberbia, en pesimismo negro que no aciertan á templar todos los consuelos de las Sagradas Escrituras. La cuarentona más feliz en el hogar inglés se cree siempre Sara envejecida al lado de Abraham, capaz de tomar á Agar de la mano y hacerla entrar en su casa. ¡Y ellos, con su sentido práctico, con su frialdad de alma, alejando del hogar toda pasión...!

¿Comprendéis este tremendo dolor, lectoras españolas?

Completad el cuadro con la influencia del ambiente y conoceréis cómo de esta mujer fisiológica, psicológica y social ha surgido la sufragista, que en realidad, no tiene nada de mujer, como se verá por el relato que hace de sus últimas an-

danzas un notable escritor español, Juan Pujol, que vive en Londres:

«Ayer intentaron asaltar el real palacio de Buckingham para tener una entrevista con el Soberano. Hoy, en el teatro de Su Majestad, cuando empezaba la representación de una obra especialmente solicitada por los Reyes, una anciana, poseída de furor, saltó al escenario y comenzó a dirigir al Monarca una arenga llena de reproches; entretanto, caían sobre la sala millares de hojas de propaganda feminista; cuando la espontánea oradora hubo sido arrastrada fuera de la escena, se inició un espantoso tumulto de alaridos y otras manifestaciones zoológicas ruidosas, producido por las correligionarias repartidas en el teatro; en vano la Policía quiso arrancarla de sus butacas: algunas se habían sujetado el cuerpo á los bancos con una cadena. Fue preciso suspender la representación. Aparentando no darse cuenta, pero profundamente contrariado, el Rey tuvo que retirarse. Y al mismo tiempo, en la galería nacional y en los salones de la Real Academia, las mujeres exaltadas destrozaban nuevamente valiosas y curiosas pinturas; en el Tribunal de policía, donde habían de ser juzgadas 71 de las capturadas ayer, las espectadoras arrojaban huevos y papeles con harina á los magistrados y á los *policemen*; una de las detenidas, careciendo de armas arrojadas, se quitó rápidamente una bota y la tiró á la cabeza del juez, quien, viendo venir el proyectil, cogiólo al vuelo gentilmente y lo depositó en la mesa, con absoluta impasibilidad.»

Y el ambiente á que antes me refiero está reflejado en la impasibilidad de ese juez. Toda Inglaterra presencia igualmente impasible ese espectáculo de dolor y de violencias. La educación, los ejercicios físicos, la lectura de aventuras y de viajes, la obsesión individualista que caracteriza el temple sajón, las costumbres libres, contribuyen á masculinizar á la mujer inglesa. Y los Poderes públicos, viendo á las mujeres reclamar sus derechos como hombres, dejan á la policía que las traten como á hombres.

El feminismo empezó en Inglaterra, como en todos los países, siendo puramente doctrinal y

teórico. Como en Francia, como en España, como en Rusia, los graves problemas de la vida femenina y los anhelos de su liberación tomaron dos orientaciones: una, puramente romántica y literaria, de escritoras, mediocres por lo general, que gastaron sus horas estériles en escribir artículos, folletos y libros; otra, de acción, que llevó á las más osadas é inteligentes á rezojar los programas manidos de las sectas antireligiosas ó de los bandos anarquistas. En Francia, en España y en Rusia el sufragio femenino era uno de tantos problemas de la vida de la mujer, el menos sentimental, el más ridículo ante los partidarios de la supremacía masculina; pero las feministas inglesas cayeron en la cuenta de que para ellas ese era el único problema.

Si conquistaban el voto, dispondrían de la mayoría en los comicios, porque en Inglaterra hay muchas más mujeres que hombres. Disponiendo de la mayoría impondrían á los partidos políticos la legislación femenina. Serían ellas las que gobernarían y, todos los problemas de su vivir, quedarían resueltos.

Condensada la batalla femenil en ese único punto, en esa única aspiración, era lógico que la desesperación de no conseguirla surgiera en seguida, cuando los partidos políticos contestaron con un gesto de desdén á la petición de que incluyeran en sus programas el sufragio femenino. Las idealistas, las románticas, las literatas, tuvieron que aceptar la propaganda por el hecho, por la fuerza, por la violencia que comenzaron á imponer las feministas de acción, las que en Rusia, ó en Francia, ó en España hubieran gastado sus energías, declarándose anarquistas ó librepensadoras. Y ya lanzadas en ese camino, capaces de afrontar todas las burlas, de luchar cuerpo á cuerpo con la policía, de bordear todos los delitos, de dejarse morir de hambre en las cárceles, de padecer persecuciones y martirios, ¿pueden dudar aún los que las crean unas marimachos que esas mujeres harán la revolución que se proponen y conquistarán el voto é impondrán á Inglaterra su pensamiento?

Por ridículas que parezcan á la superficialidad latina, es preciso confesar que esas mujeres

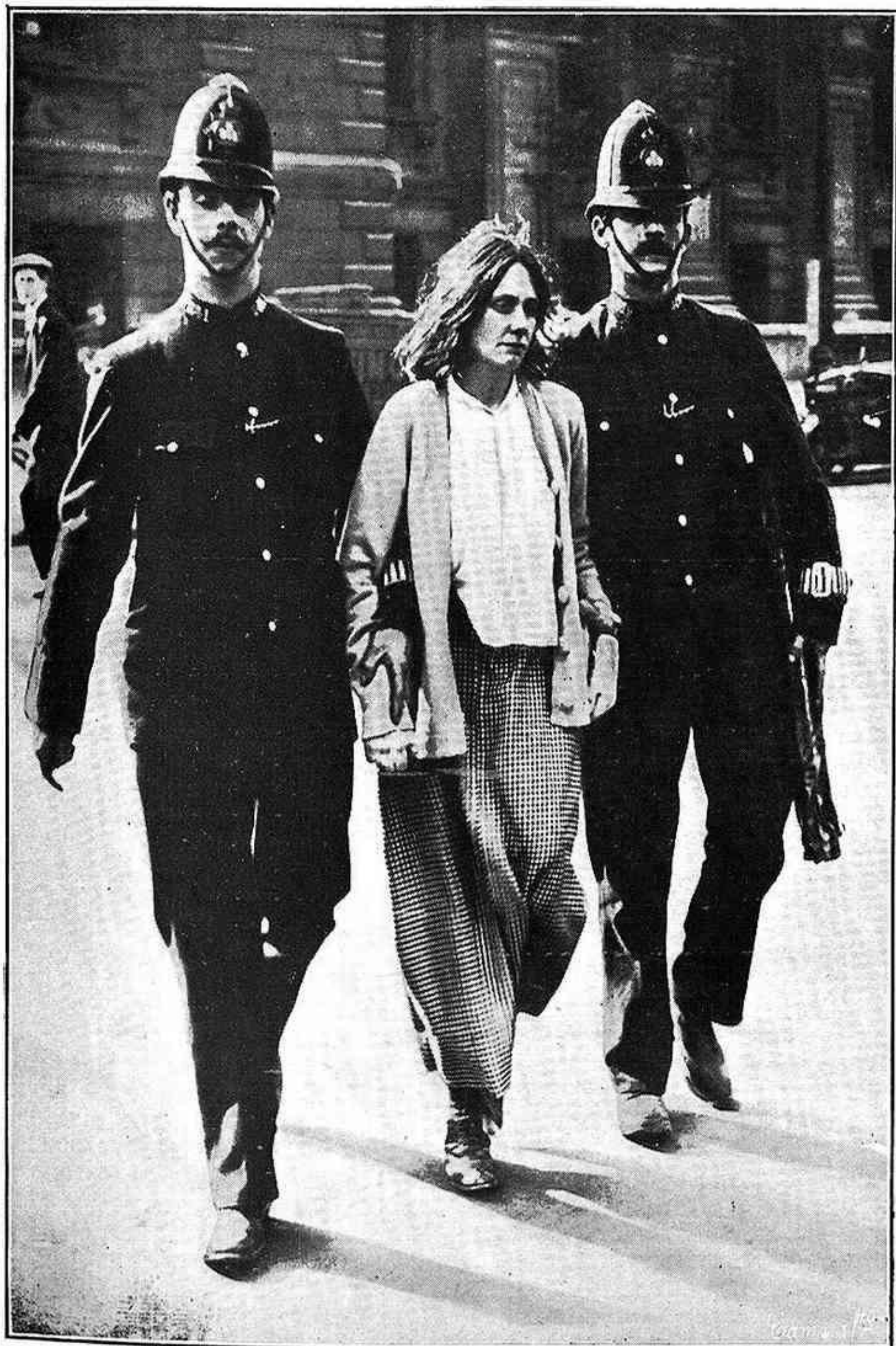
están dando á nuestros pueblos abúlicos una lección de fe, una lección de constancia y una lección de energía. Inglaterra, que hoy permanece impasible, que las contempla indiferente en sus propagandas revoltosas, limitándose á ponerles enfrente los puños bien adiestrados de la policía, acabará por oirlas. El egoísmo masculino será vencido en Inglaterra, allí donde es más fuerte, y ya que no sabe amar cordialmente, febrilmente, á la mujer, tendrá que temerla y servirla con leyes que amparen su indefensión económica.

Mujeres que de tal modo tienen fe, energías y tenacidad conquistarán toda una legislación femenina sobre el trabajo, sobre la constitución de la familia, sobre la prostitución, sobre la maternidad. El hombre, padre ó esposo, amparador y mantenedor, será sustituido por la ley.

Hay algo, sin embargo, que toda esa revolución, todas esas luchas heroicas no podrán dar á la mujer inglesa. Según una estadística oficial muy reciente, sólo en un barrio de Londres, en el de Westminster, hay 17.000 mujeres más que hombres, y la mayor parte de ellas son solteras y viudas menores de cincuenta años. Y esto, á pesar de la enorme emigración femenina á las dilatadas colonias inglesas y á Europa. Y recordando cuán fácilmente pudieron los mormones yanquis hacer en Inglaterra una leva de mujercitas, con sólo pronunciar unas palabras de amor y prometer unas esperanzas de cariño pasional, digamos á estas conquistadoras del derecho nuevo:

—¡Pobre sufragista, que ves el egoísmo masculino en la brutalidad del policía que te golpea y te prende, tú conquistarás el sufragio, serás ciudadana, llevarás al Parlamento diputados que defenderán tus derechos y te ampararán para que puedas ganar el pan amargo de cada día, pero tú no amarás ni serás amada, y no sentirás, como la esclava de Petronio, que, al contacto de unos labios en tus labios, un rayo de la divinidad inundará tu alma de alegría, diciéndote que no hay libertad para la mujer como la esclavitud del amor!

DIONISIO PEREZ



Detención de dos sufragistas que durante la última manifestación realizada por éstas en Londres, intentaron asaltar el Palacio Real de Buckingham, sosteniendo una ruda batalla con la policía

FOTS. CENTRAL NEWS

## LA MODA FEMENINA



Dos trajes y un abrigo, últimas creaciones de la moda parisién

POTS. HUGELMANN

Os prometí en mi crónica anterior hablaros de sombreros, peinados, sombrillas y otras menudencias de este estilo, con menos importancia aparente de la que tienen en realidad. Cumpliré mi ofrecimiento sin titubeos, porque si enredamos la conversación tendremos charla para más tiempo del que nos permite las dimensiones de esta croniquilla.

El sombrero de última aparición no obedece á una transformación esencial comparado con el reciente de Primavera. Más bien se reduce á los adornos, el cambio sufrido. Contra el esprit enhiesto, ó la alta pluma que alzaba en el aire su elegante silueta, vaporosa y sutil, viene el adorno pequeño de rosas, que se esconden debajo de las alas en algunos estilos, ó corren modestamente sobre bieses de terciopelo, sin romper la línea que señala la forma del casco.

Afortunadamente no es uniforme el criterio de los sombrereros, y de que continúe esta tendencia debemos felicitarnos. No hace mucho tiempo, el tipo ó modelo para la estación era uno solo con escasísima variante. Grande ó chico, con el ala vuelta, avanzada por delante, apuntada á un lado, bien ocultando totalmente el rostro, ó bien, por el contrario, recogido, descarado, ofreciéndolo sin ninguna defensa contra la codiciosa mirada masculina. Y esto era una crueldad. No es

posible que á todas las caras sienta bien una misma forma de sombrero.

Dentro de la amplitud que hoy permite la moda cabe lo mismo la gorrita coquetona que recoge con avaricia el oro de los cabellos ofreciendo en toda su esplendidez radiante una cara bonita, ó el sombrero airoso que extiende su ala protectora sobre los rizados bandós de endrina bañando las facciones en una dulce penumbra confidencial y amable.

A la sombrilla ha alcanzado también principalmente la atención de la Moda. La «eterna sombrilla» no desaparece porque es inmortal y siempre joven como alguna de nuestras amigas. Seguramente todas tenéis, como yo, una amiga para quien sonrío perpétuamente la eterna primavera del vivir. Pero de la forma primitiva, llamémosla de algún modo, se destaca la sombrilla recogidita, chic, muy redondeada, brindando á la cabeza que endosela, la luz tamizada por la transparencia de su brillante tejido. Con muy buena voluntad pueden recordar estas sombrillas el remate de las pagodas indias y por ello han adoptado esa denominación. La sombrilla «directorio» sigue sosteniendo su uso sin esfuerzo porque la impone su traza señorial y su elegancia.

La novedad está más bien que en la forma en la combinación de telas, bieses y cenefas. Por

regla general los colores son lisos y abiertamente opuestos en tonalidad á las gasas ó cintas de los bordes. También es muy importante advertir que tanto el color como el género deben ser análogos á los de la confección del vestido.

En peinados hay mucho ofrecido á la sanción de las elegantes. Se ha intentado, ante el ruidoso fracaso de la peluca de color, el empolvado del cabello, que ofrece el simpático contraste de la blancura nívea, con las rosas encendidas de un terso cutis juvenil. Peca de no ser práctico y no tendrá seguramente gran aceptación. Se ha hecho de manera sobria, elegante, adornándolo únicamente con la encantadora sencillez de unas ondas anchas, desvanecidas como en un dibujo; vuelven los rodetes de bucles gráciles y tembladores, injustamente condenados á un olvido que no merecieron y siguen los grandes bandós triunfando con la inquietante perfidia de sus ondulaciones suaves.

Uno de los nuevos adornos, de muy feliz ocurrencia, es el de animar el peinado para baile ó teatro con flores pequeñas, que se entrelazan con las finas hebras del cabello, y forman alrededor del peinado, como una linda corona de rosas, que cierra sobre los bandós de la frente con otra mayor, á manera de broche.

ROSALINDA



IMPRESIONES DE BARCELONA  
**LAS RAMBLAS**

Como la sangre al corazón hirviendo  
corre á las Ramblas la ciudad entera,  
que ocio y trabajo arrastra vocinglera  
en el ir y venir de su corriente.

Las besa el sol con beso permanente,  
flores les dan constante primavera,  
y hay para cada flor por donde quiera  
un pájaro cantando eternamente.

Palpitación vital, fusión dichosa  
de cantos, de perfumes, de rumores,  
nos conquistan con fuerza misteriosa.

Y el alma alegran trinos y colores,  
y pasa una mujer... y es tan hermosa  
que ante ella olvida pájaros y flores.

J. y S. ALVAREZ QUINTERO

FOT. BALLEL



# DE NORTE A SUR

## Eleonora Duse desaparece

Eleonora Duse, la trágica italiana de las miradas dolorosas, de las manos inquietantes, angustiadoras de tan blancas, finas, que parecen tallos huérfanos de una flor amada, se retira del teatro.

¿Qué nueva amargura aulla dentro del corazón de esta mujer y tira, más aún, hacia abajo de sus comisuras labiales, que sólo saben del gesto del dolor?

¿Es cansancio? ¿Es vejez? ¿Es desencanto del último refugio de su alma, del arte inmortal y consolador?

No lo sabemos. Eleonora Duse no placea los espirituales secretos como D'Annunzio. No comercia con su corazón en miles de ejemplares impresos, como hiciera el autor de *Il Fuocco*.

Y, sin embargo, decidme si hay algún retrato de Eleonora Duse en que no la halléis propicia á encarnar torturas de desgraciadas heroínas.

Yo no recuerdo otra actriz contemporánea que sugiera con más penetrante verdad la idea del sacrificio, de la resignación, de las humildes abnegaciones femeninas. Pálida, flaca, sin otra belleza que la de sus ojos negrísimo y profundos, y de sus manos, que parecen deshuesadas, sostenidas únicamente por las venas...

Por eso, al retirarse esta mujer admirable, no piensa olvidar el dolor de su vida truncada en la paz del dinero justamente conseguido. Este dinero será para sus compañeros de farándula. Servirá para fundar un asilo de comediantes, un hotel para comediantes también, donde no les pedirá más que un poco de alegría, de la alegría contagiosa de los faranduleros enamoradizos, mentirosos y fanfarrones, que ella no pudo conocer porque era buena, sencilla, humilde y apasionada... Eleonora Duse no prolongaba hasta su vida las convencionales mentiras. Al contrario: llevaba todo el dolor de su vida, truncada, hasta las tablas del teatro.

¿Por qué no hemos de terminar con un presentimiento literario esta alegría de la trágica, que busca el olvido y quiere asordar su corazón con la alegría ajena?

Supongamos que, á lo largo de los años, una actriz cualquiera, la Ida Rubinstein, por ejemplo, que ahora estrena las obras de D'Annunzio, perdiera sus millones, perdiera sus amigos, perdiera todo y fuera á refugiarse en este asilo que fundará Eleonora Duse.

Eleonora Duse le abriría sus puertas y, pasados los primeros días de violento y mutuo alejamiento, en una tarde plácida, serena, de otoño, las dos mujeres hablarían del poeta, amado de ambas.

## Elegía venatoria

Los bellos espectáculos, como los dioses, se van...

Al menos, estos bellos espectáculos que los hombres del siglo xx vemos desaparecer poco á poco, mientras hay vibraciones sordas de motores en los caminos terrestres y en las rutas siderales, mientras las ondas aéreas llevan el pensamiento á largo de los pueblos y por encima de los mares en una invisible unión de puntiagudas alturas de mástiles inmóviles ó ca-beceantes...

Una de estas bellezas son las cacerías, esas cacerías tan decorativas que los pinceles de Cecil Aldin han popularizado, sin robarles su aristocrático romanticismo, y recogiendo en cambio toda la riqueza colorista que tienen.

Me refiero á la *Fox hunting* que los anglo-sajones han impuesto. ¿Qué importa que el animal perseguido sea el zorro que luego se arroja á los perros, ó el ciervo que llenará de trofeos los amplios salones de paredes cubiertas de roble en los viejos castillos seño-



Una de las últimas fotografías de la insigne actriz Eleonora Duse

riales, ó las liebres ágiles, infatigables, ó el jabalí que, enfurecido, acorralado, despanzurra á los perros con sus colmillos cubiertos de espuma sanguinolenta?

Lo que importa es la alegría ruidosa de los colores, de los sonidos y de los espíritus. En estas cacerías á caballo, vestidos los cazadores con levitas rojas, rodeados de las jaurías inquietas, todo tiene aspecto de cuadro.

En la paz de amanecido suenan las trompas, desde el patio del castillo, ó desde el parque de perennes verdoros, al cual descienden las escalinatas de mármol. Es un alegre aire el que las trompas lanzan.

Los *piqueurs*, sobre sus caballos ágiles, finos, nerviosos, agitando los largos látigos, agrupan á la jauría.

No es la misma fanfarria, esta que despierta los ecos medio adormecidos aún de los valles ó de los bosques, húmedos por el rocío, que la otra del *hallalí* cuando se arroja á los perros,

sudorosos y ladradores, el premio de su carrera.

Pero entre ambas, están todos los momentos emocionales de la fiesta. Las cabalgadas locas, la fiebre de la persecución, en que se atraviesan ríos, se saltan setos, se cruzan bosques; los altos al pie de una encina para contemplar el cielo ensangrentado por los primeros cobres encendidos del crepúsculo, ó para orientarse escuchando el sonido lejano de las tropas...

Y también, los flirteos, por las avenidas que nunca cruzará la jauría, al lado de una muchacha ceñida en su levita roja, asomándole por debajo de la falda negra las charoladas botas de montar y entre el rosa de sus mejillas y el negro terciopelo de la gorrita, graciosamente ladeara, sus cabellos de oro, que el viento desriza.

Sueltos de bridas los dos caballos, van lentamente; sus pisadas suenan sobre el suelo con un ritmo grato y áspero. Lejos, muy lejos, las trompas se llaman y se contestan. Se acercan, se alejan los ladridos de los perros. Y á ratos hay tanto silencio que se oye cantar á un mirlo burlón, en lo alto de un árbol, ó suena demasiado el beso que se dieron la muchacha gentil y el cazador feliz...

ooo

En los Alpes italianos se ha celebrado la primera cacería, «á la carrera», en automóvil. A las trompas de caza sucede la bocina; á los *piqueurs*, los *chauffeurs*; á los *habits-rouges*, los guardapolvos y las anteojeras. Los perros no corren, acaso ni ladren siquiera; harto harán con

guardar el equilibrio dentro del automóvil, lanzado á vertiginosas velocidades.

## El Oriente vengativo

A Marsella ha llegado un *steamer* alemán, procedente de Calcuta, la ciudad misteriosa, erizada de templos.

El *steamer* atravesó los mares como un barco maldito. A bordo de él iba el terror como un pasajero inevitable. La marinería trepaba á los más altos palos interrogando al horizonte, con más impaciencia que nunca, pidiéndole la obscura línea de tierra.

Entre los equipajes había una jaula llena de serpientes. Alguien, ó tal vez «nadie»—que es el nombre del destino—abrió la jaula y las *cobras* venenosas se escaparon.

La muerte de un marinero aumentó el pánico y los reptiles fueron dueños del *steamer*.

¡Oh, las noches claras, serenas, en alta mar, cuando sobre la cubierta se deslizaran, silenciosas, las serpientes de pupilas encendidas! Lejos de los brahmanes y de sus flautas mágicas, los reptiles eran los emisarios de la Gran Segadora.

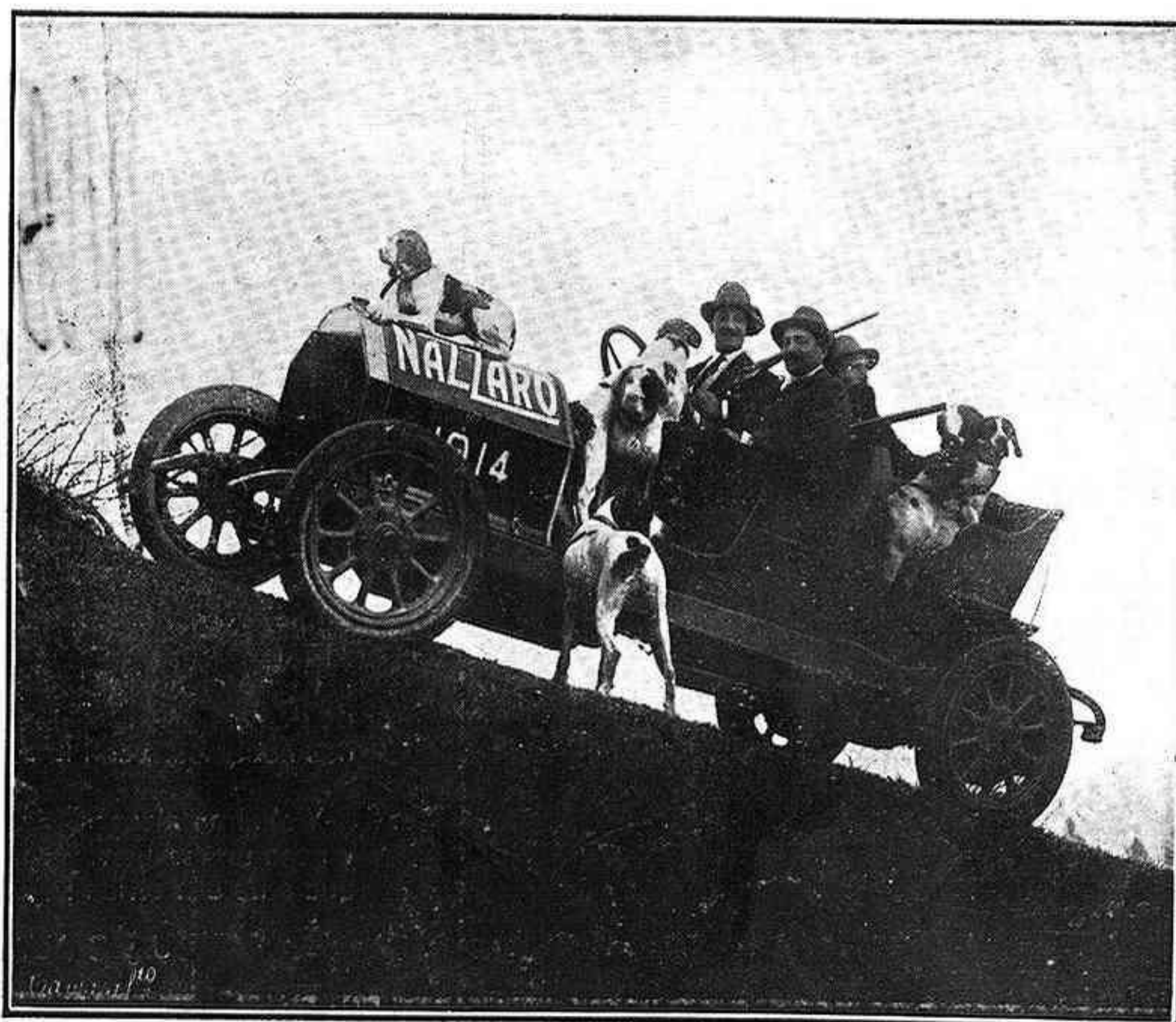
Se acostarían en los bancos donde, durante otras travesías plácidas, los pasajeros contemplarían tranquilos el mar extenso; se retorcerían, como en una alegoría de Félicien Rops, sobre las barandillas de hierro pintadas de blanco; prepararían por las vergas, sintiendo la nostalgia de los troncos añosos de sus selvas; fingirían en los rincones oscuros cuerdas enrolladas...

Y, tal vez, á las altas horas de la noche, quedarían inmóviles, fascinadas por el encanto sobrenatural de las sirenas que atrajeron hace muchos siglos los navíos de los héroes y de los dioses.

¿No se manifiesta con este episodio el alma indomable del Oriente?

Es el Oriente misterioso y trágico que no se resigna á ser vencido y que sobre un barco, símbolo de la civilización, impone la silenciosa venganza con la ondulación siniestra y muda de sus serpientes.

José FRANCÉS



Una cacería en automóvil.—Los cazadores, con sus perros, subiendo una pendiente en los Alpes italianos

FOTS. TRAMPUS

LA ESFERA  
DE LA ESPAÑA PINTOYESCA



MOZA TALAVERANA, cuadro de Manuel Benedito

NUESTROS ARTISTAS EN ROMA  
LA EXPOSICIÓN DE LOS PENSIONADOS



El director de la Academia Española en Roma, D. Eduardo Chicharro, rodeado de los alumnos Sres. Pascual, Hevia, Bueno, Huerta, Campo, Murillo, Moya, Navarro, Abelenda, Jiménez y Serra

INAUGURADA con toda solemnidad esta Exposición de los jóvenes artistas dirigidos por Eduardo Chicharro, ha sido un gran éxito de Prensa y de público.

Todos los periódicos romanos han consagrado largos y encomiásticos artículos, firmados por ilustres críticos de arte, á este Certamen tan simpático y tan enorgullecido para España, que ve añadirse nuevos nombres al indiscutible renacimiento artístico contemporáneo.

Gracias al ilustre Chicharro—que por algo es joven y pronto á las innovaciones beneficiosas—figuran, por primera vez en estas Exposiciones de la Academia española, los pensionados de las Diputaciones provinciales. Los ante-

riores directores no consideraban á los jóvenes artistas provincianos dignos de tal honor.

El total de obras presentadas por los quince pensionados asciende á cincuenta y siete, expuestas en dos amplios salones.

Los expositores son: De Huerta, Bueno (escultores); Oroz, Labrada, Tuset y Murillo (pintores), de la Academia; Moya, pensionado por la Diputación de Valencia; Medina Díaz, por la de Oviedo; Pascual, por la de Bilbao; Abelenda, por la de la Coruña; García, por la de Zaragoza; Serra, por la de Barcelona (pintores), y Navarro, por la de Valencia; Hevia, por la de Oviedo, y Campos, por la de Pontevedra (escultores).

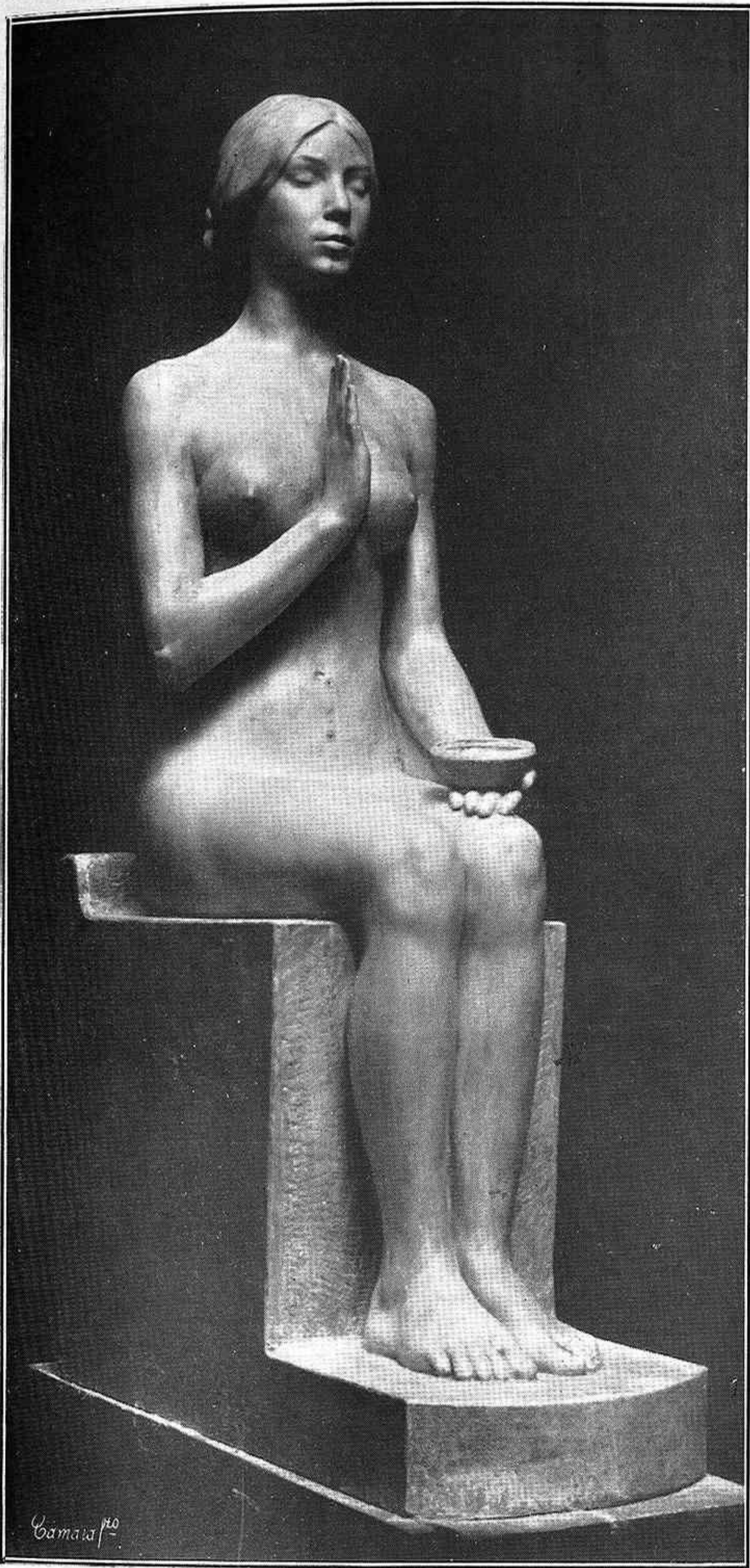
En pintura, los envíos más notables son los de Labrada, Tuset, Murillo y Medina Díaz.

Labrada, que antes de marcharse á Roma iba camino de ser uno de nuestros primeros paisajistas, y que ya desde Roma nos sorprendió como retratista y, sobre todo, como admirabilísimo acuafortista, termina ahora su cuarto año de pensión. Presenta dos lienzos un poco efectistas y arbitrarios, con grave daño de las excelentes condiciones de dibujo y colorido que caracterizan al joven artista. Se titulan *La bruja*—de un vigor y un dominio técnico muy dignos de alabanza—y *Exorcismo*, en donde hay una extraña confusión de luces.

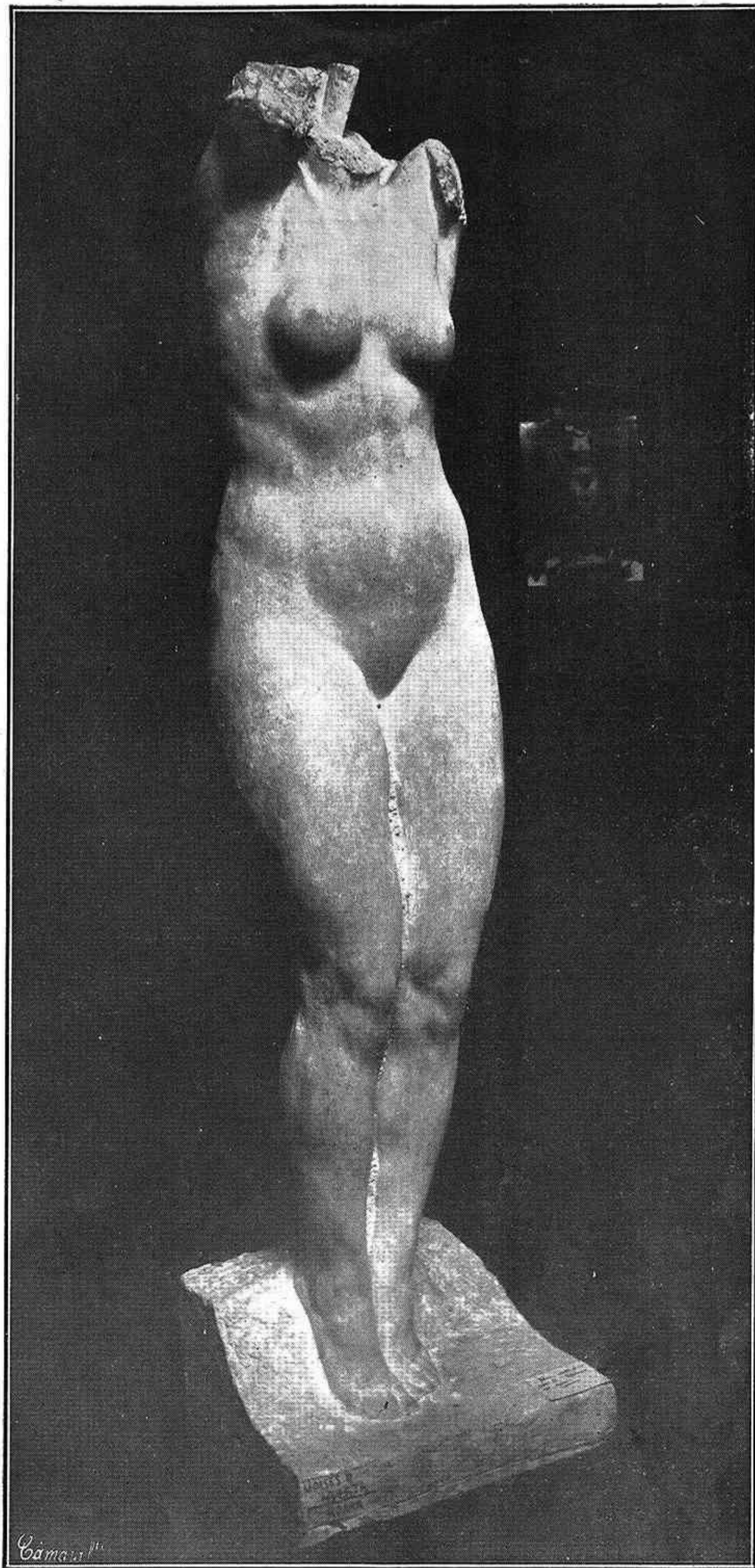
Tomás Murillo, valenciano, pensionado de



Vista general de una de las salas de pintura y de la instalación Huerta



"Culto", obra escultórica de Bueno



"La Venus del beso", estudio por Huerta

primer año, expone varios paisajes é interiores de gran luminosidad, un poco sorollista. Pero lo más importante de este joven pintor, que lleva un nombre tan peligroso para su arte, son tres aspectos, á distintas horas del día, de *Roma vista dall' Accademia di Spagna*. De los tres aspectos la crítica italiana ha elogiado el primero, pintado á la suave luz de amanecido.

Salvador Tuset—de tercer año—presenta bastantes obras y desde luego puede afirmarse que es el más sólido de todos y el mejor orientado hacia un moderno y decorativo concepto de la pintura contemporánea. Unas *Visiones de Venecia*, admirables; un retrato de mujer, los estudios del cuadro futuro *Venus y Apolo*, unas *Bacantes*, los cuadros *Ceremonial y Orchestra viennese* y un maravilloso desnudo femenino «*sotto á cui Sargent potrebbe mettere la firma*», según dice el crítico Francesco Zacchi.

Medina Díaz, el pensionado de Oviedo, siente la nostalgia de Asturias, la de los mimosos prados verdes, y cuantos cuadros presenta reflejan paisajes y costumbres de su región, siendo el más notable *Tornaboda*, aunque demasiado influenciado por la pintura, un poco sombría, de su antiguo maestro Menéndez Pidal.

También deben citarse unas copias, al carbón, y un agua fuerte, del célebre *Herrero de Ribera*,

de la Galería Corsini, originales de Leandro Oroz, pensionado de cuarto año.

Claro es que hay sobre todas las esculturas presentadas las sombras de Rodin y Mestrovich, pero este mal endémico en los jóvenes escultores españoles es casi un bien cuando se manifiesta en artistas como Moisés de Huerta, por ejemplo.

Moisés de Huerta, figura con Capuz y Julio Antonio y Enrique Casanovas, á la cabeza de la escultura moderna en España. Recordemos la primera medalla que le concedieron en la pasada Exposición de 1912, por aquel torso de hombre y aquel desnudo de mujer, obras sencillamente insuperables.

En esta Exposición, Moisés de Huerta ha sido la figura principal. Su colosal grupo *Las Parcas*, concebido é interpretado con un vigor y una seguridad equilibrada y anatómica excepcionales, ha obtenido inmensos elogios. También se han celebrado mucho el desnudo femenino de la *Venus del beso*, que es una bellísima muestra de serenidad helénica, un *Torso*, la cabeza de *Herodiades* y el retrato del Rey Don Alfonso XIII.

Sigue en méritos á De Huerta, José Bueno, pensionado de primer año, que presenta: un busto de muchacha, un torso y las estatuas *Culto*—

de una serenidad egipcia—y *La Tarde*, bellísimo estudio de mujer de líneas amplias y armónicas.

Debemos citar también el *Joven esclavo*, de Hevia, que no tiene el menor parentesco con el miguelangelesco famoso; el grupo *Protección*, de Campos, y la *Flor del recuerdo*, de Navarro, que tiene una graciosa y sentida voluptuosidad.

Finalmente, un elogio para Eduardo Chicharro, que en el poco tiempo que lleva al frente de la Academia de España en Roma, no sólo no ha defraudado las esperanzas de quienes trabajamos porque se le hiciera justicia, otorgándole tan elevado puesto, sino que las ha superado.

Esa reforma ya mencionada de admitir en igualdad de derechos y de atenciones á los pensionados provinciales y á los del Estado, no será la última.

Eduardo Chicharro reúne á sus indispensables conocimientos técnicos, una cultura estética y literaria no muy frecuente por desgracia en los pintores españoles. Espíritu inquieto, modernísimo, acuciado por todas las inquietudes de belleza é ideal que deben agitar á un artista, está dotado además de ese necesario eclecticismo que debe caracterizar á un maestro que asume la alta misión que sobre él pesa.

J. F.

# DE ALLENDE EL PIRINEO



La circulación de coches en París.—Aspecto de la plaza de la Opera

FOT. DELIUS

## UN CASO DE AUTOS

**P**UES señor... Pedro de Flores, que por su nombre debe ser español, ó americano, ó simplemente portugués, tenía el gusto de hallarse en París allá por el mes de Julio de 1912.

El 7 de Julio de dicho año (precisemos), bajaba Flores de la Avenida de los Campos Elíseos por la acera de la izquierda.

Si Flores fuese madrileño, guardaría de la fecha del 7 de Julio más luctuosa memoria que los antiguos veteranos de la Milicia nacional.

En rigor, las leyes y los reglamentos, los bandos y las ordenanzas, la Constitución misma, toleran en todas partes, pero no autorizan expresamente, el que un ciudadano se permita andar á pie por las aceras.

Pero este empecatado de Flores, no satisfecho con usufructuar esa longanimidad urbana, y veleidoso que debe ser, tuvo una ocurrencia nefasta.

Venga usted acá, señor mío.

Puesto que voluntariamente había usted elegido la acera de la izquierda, ¿por qué, en vez de proseguir por ella su caminata, decidió, sin fundamento alguno racional apreciable, é incurriendo en una inconsecuencia absurda á todas luces, trasladarse de sopetón á la acera de enfrente?

Como, por lo visto, en París, eso de llevar la derecha no es obligatorio como aquí, ó no es usual, el arbitrario Flores no tenía necesidad ni obligación de variar el itinerario.

Su volubilidad locomotiva, su falta de espíritu de continuidad, su carencia de humanidades (*varius et mutabilis*) son evidentes.

Y en esas deplorables condiciones, tomó aquella desventurada decisión de golpe y porrazo, según suele decirse, y que fué, en efecto, de porrazo y golpe, según puede verse.

Yo afirmo, señor de Flores, en un sentido general:

1.º Que las calles no se han hecho únicamente, exclusivamente, ni mucho menos deliberadamente, para transitar por ellas porque sí.

2.º Que las calzadas urbanas se destinan á toda clase de vehículos y caballerías sin clasificar.

3.º Que los andenes y aceras son para personas que conduzcan bultos, bagajes y engorros, vendedores de periódicos, marchantes de chucherías y armas al hombro, tertulias de portería y vecindad, corros de vagos, peripatéticos, perros y sablistas y todos cuantos, en fin, persigan un objeto determinado, preciso y neto.

Y 4.º y último. Que la simple condición de transeunte, transversal ó directo, no da derecho alguno ocupante ni circulante, y es de su entera responsabilidad el riesgo.

Hechos probados.

Ahora continuemos, sin más divagaciones, la verídica historia del infeliz D. Pedro.

Resuelto el hombre á atravesar la calle, y no teniendo á mano traspasador aéreo para su avío, apenas puso el pie en el arroyo se le vino encima un automóvil.

Ya se sabe lo que suele pasar cuando sobreviene un automóvil.

Que generalmente sobrevienen dos, y á veces hasta tres.

Y eso pasó en el caso de autos de que se trata.

El auto primero se contentó modestamente con propinar (¡qué verbo!) á D. Pedro Flores un ligero tantarantán, siguiendo su viaje veloz.

Fué como el vermouth.

—Vaya, menos mal—se diría D. Pedro—; un par de chichones; me ha salido barato. Adelante.

Sin tiempo de acabar de decírselo, vióse enfilado por el auto número dos que, con inspiración providencial, tuvo un buen movimiento. Al ver que el otro *le corría* la víctima, renunciando al obsequio, se echó para atrás.

Pero no contaba con el auto número tres, propiedad de un señor Lefranc, que venía picándole la retaguardia, y el cual auto embistió en su retroceso, causándole desperfectos.

A todo esto, D. Pedro, el audaz, el impru-

dente, el temerario Flores, traído y llevado entre unos y otros como un pelele, sacaba hecho cisco el pie que metió.

Intervino la *poli*, se aglomeró la gente, armóse *la bronque*.

Flores no deseaba más que irse, cojeando, al taller de reparaciones, pero fué detenido, *conspuído* y empapelado.

Actuó la justicia, y el tribunal competente, sala de lo civil, acaba de fallar. Cerca de dos años ha durado el pleito.

Pero si el procedimiento no ha ido, que digamos, en automóvil, su resolución, en cambio, no puede menos de satisfacer al *gourmet* más exigente en materia de lapsus jurídicos bien pensados en la balanza de Themis y bien aliñados en la cacerola de Lutecia.

Don Pedro de Flores resulta culpable de haberse hecho aplastar un pie sobre la vía pública.

Por lo tanto, el tribunal le condena á pagar al señor Lefranc 900 francos, en concepto de indemnización.

Nada más justo ni más equitativo.

Es decir, que en vista de que le reventaron el pie á Flores, Lefranc cobra; son 900 francos, ó sea, novecientas veces el importe del propio Lefranc.

Lefranc por sí sólo es un *franc*, pero con su auto deteriorado por el pie de Flores, que fué quien atropelló al auto de Lefranc, Lefranc es 900 *francs*.

En cuestiones de automovilismo, las multiplicaciones se imponen.

Flores ha sido además condenado en las costas.

Justo castigo á su perversidad.

Por ese precio pudiera haber atravesado en un taxi, no ya la Avenida de los Campos, sino todo París, y le hubiera sobrado dinero, los *imprevistos* comprendidos.

Moraleja: para entrar con buen pie, hay que ir en coche.

JOSÉ DE LASERNA



Danton

Robespierre

# LA TRAGEDIA DEL 93

## PROCESO Y EJECUCIÓN de LUIS XVI



Marat

San Justo

Algunos trozos copiados literalmente de las páginas 442-447 del TOMO XIII de la

# HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA

VÉASE CÓMO SE DESCRIBE EN LA "HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA", EL PROCESO Y EJECUCIÓN DE LUIS XVI, Y SE COMPRENDERÁ QUE NO ES POSIBLE DECIR MÁS EN TAN POCAS LÍNEAS

### CAPITULO IX

#### La Convención nacional, hasta la caída de los girondinos

Por J. R. MORETÓN MACDONALD, Maestro en Artes.

*El proceso del tirano es la insurrección: su juicio la caída de su poder, su pena, la que exige la libertad del pueblo. Luis debe morir porque es necesario que la patria viva. ROBESPIERRE (pág. 437, tomo XIII de la Historia del Mundo en la Edad Moderna).*

En 28 de Diciembre, Robespierre, en un discurso que, según se ha dicho, olía á aceite y manaba sangre, volvió á la teoría de la «salud pública», condenando la proposición que pedía la apelación al pueblo como el «grito de convocación de los monárquicos» y confesando con toda la franqueza, que semejante acuerdo implicaría la caída de la República. Por otra parte, Vergniaud clamaba elocuentemente á favor de la necesidad de consultar la voluntad del pueblo, siendo apoyado por Brissot y Gensonné, el primero de los cuales ponderó los desastrosos efectos que para las relaciones exteriores habían de seguirse de una sentencia precipitada, mientras el segundo desenvolvió un acerbo y satírico ataque contra Robespierre.

Hasta entonces nada indicaba cual sería el resultado de la divergencia de opiniones sobre una cuestión tan importante como la de un referéndum ó consulta de la opinión pública. En conjunto parecía probable que, á pesar de la publicidad de la votación, de la violencia de los espectadores y del revuelo de la Asamblea, la humanidad y el sentimiento de justicia de la mayoría lograrían sobreponerse. En esta ocasión fué cuando se levantó Barère, en 3 de Enero, á exponer la opinión del Centro. Además de sus peculiares aptitudes, ya mencionadas, para ver los dos lados de cualquier cuestión, Barère estaba dotado de una intuición infalible para adivinar de qué lado soplaban el viento, y de una inclinación irresistible á dejarse llevar de la corriente. Su fácil y persuasiva elocuencia le permitió comentar las brutales violencias de la Montaña con argumentos sutiles y artificiosos enderezados á herir el ánimo descontentadizo de los diputados de la Llanura. Identificándose con los moderados en aludir respectivamente á Robespierre y Marat, procedió á justificar la política de los mismos á quienes estaba acusando para llegar, aunque por camino distinto, á la conclusión de que la sentencia de Luis, no era cuestión de justicia, sino una gran determinación de salud pública.

El discurso de Barère cerró el debate y dejó á la Convención que resolviera tres cuestiones: la primera, referente á la culpabilidad del rey; la segunda, acerca del castigo que debería imponerse al reo, suponiendo demostrada su culpabilidad, y la tercera, sobre si debería consultarse la voluntad del pueblo. Para los que no querían

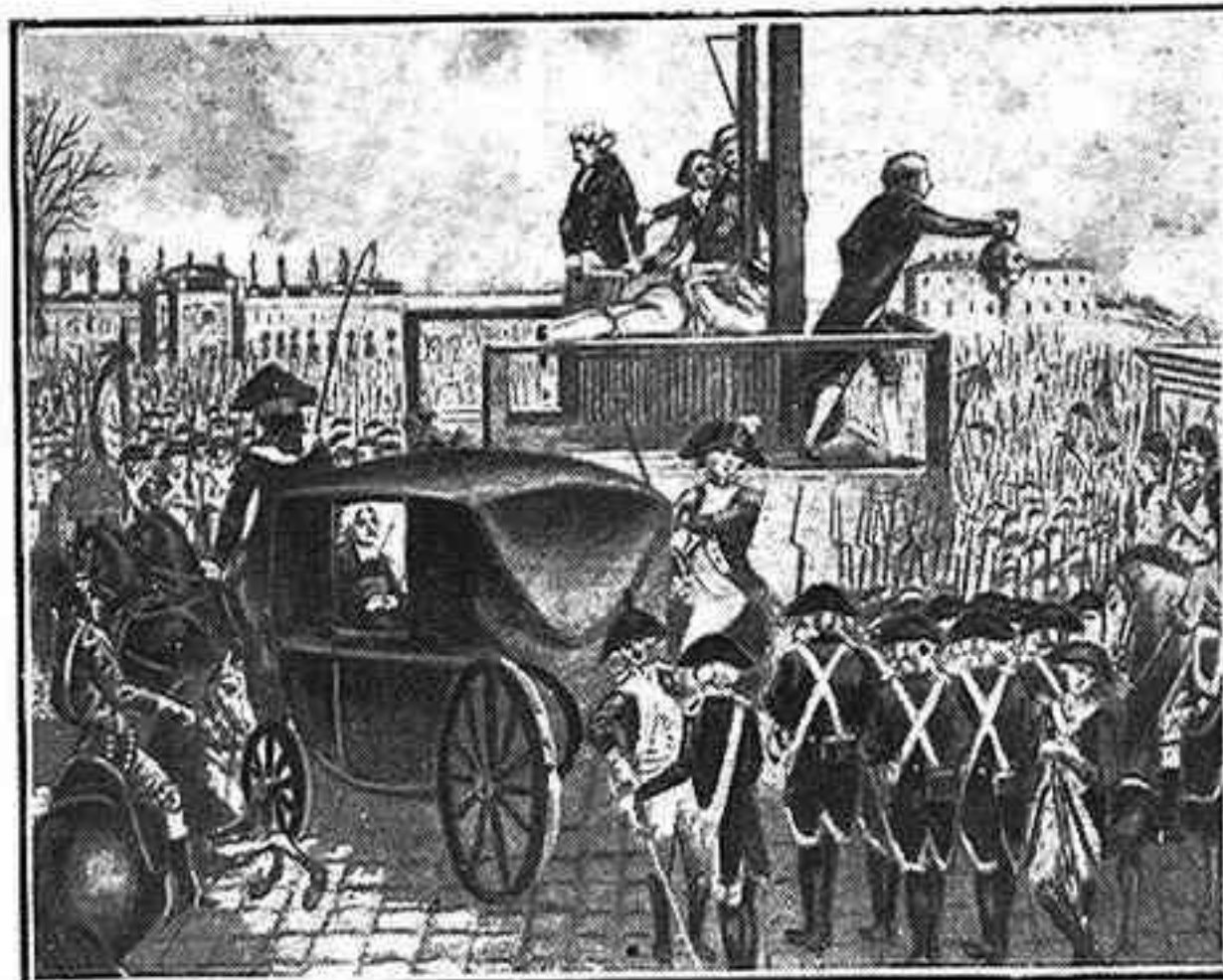
la muerte del rey era de la mayor importancia que se considerase en primer término la última de las cuestiones mencionadas; y cuando los girondinos, cediendo al clamor de las galerías y á los argumentos especiosos de Barère, se avinieron á examinar primero la cuestión de la culpabilidad, contribuyeron poderosamente á decidir el destino de Luis.

El resultado fué que de los setecientos treinta y nueve diputados, de los que la mayor parte creían con toda seguridad en la inocencia del rey, no hubo uno solo, ni siquiera Lanjuinais, que se atreviera á afirmarlo así en la tribuna. El colmo del valor consistió en abstenerse, y sólo cinco

Al fin se proclamó el resultado. De 749 miembros, 28 estuvieron ausentes; 321 votaron á favor de otras penas distintas de la de muerte, la mayoría por el encarcelamiento, y dos, uno de los cuales fué Condorcet, por la pena de galeras; 26 al votar por la pena de muerte, pidieron un debate sobre el aplazamiento de la sentencia; 13 señalaron este aplazamiento como condición para votar por la pena de muerte, y 361, es decir, una mayoría absoluta de 1, votaron por la pena capital.

En vista de la insignificancia de esta mayoría, los moderados se animaron á someter nuevamente á votación la cuestión de una tregua, y en 19 de Enero, á propuesta de Buzot, la Convención emprendió su cuarta y última votación nominal. Mas por entonces la Gironda estaba enteramente desmoralizada, y el jefe de la oposición contra la propuesta de Buzot fué el girondino Barbaroux. De este modo la tregua, á pesar de haber tenido en su favor á Buzot, Brissot, Louvet, Valazé y Biroteau, fué rechazada por 330 votos contra 310, no sin que Manuel, con notable resolución, presentara su renuncia, fundándose en que había sido atacado personalmente dentro de la Asamblea á consecuencia de su voto.

Habiéndose rechazado la proposición de tregua, se fijó la ejecución para el día siguiente. Concedióse al rey un confesor; la Asamblea votó que la nación francesa se encargaría de su familia, resolución que probablemente afligió al rey mucho más que la pena que le esperaba. Hacía mucho tiempo en efecto, que Luis tenía la persuasión de que estaba perdido, y recibió el anuncio de su sentencia con gran serenidad. Después de haberse despedido con toda suerte de demostraciones de dolor de los miembros de su familia pasó el tiempo que le quedaba con su confesor, el abate Edgeworth. En la mañana del día 21 fué conducido en compañía de Santerre y Garat á la plaza de la Revolución. Aunque corrieron rumores de complots preparados para salvarle, en particular de uno organizado por el barón de Batz, y aunque el estado de ánimo de la multitud fué en general simpático al reo, los jacobinos lo dispusieron todo para que no ocurriera incidente alguno. El comportamiento de Luis en el cadalso se distinguió por su compostura y piedad irrepochables. Cuando intentó hablar á la multitud, su voz fué ahogada por el redoble de los tambores. A las diez y veinte minutos de la mañana del día 21 de Enero de 1793, el verdugo Sansón mostró su cabeza á la multitud; con esto terminó otra de las épocas de la Revolución.



Ejecución de Luis XVI

diputados tuvieron alientos para ello. Debe notarse que la simple contestación de culpable ó no culpable dada á las treinta y cuatro acusaciones en conjunto era contraria á los principios del código penal de 16-29 de Septiembre de 1791, que había insistido en la necesidad de presentar al Jurado separadamente los cargos. Entre todos los abogados de la Convención no se halló uno siquiera que pidiera la observancia de las formalidades establecida por la Asamblea Constituyente para la administración de justicia.

Para los jacobinos el referéndum era cosa más odiosa que la libre absolución de Luis. La apelación al pueblo sería la señal de su caída, conforme sabían bien y hasta tuvieron la tranqueza de confesar. El resultado de la votación, proclamado á las diez de la noche del 15 de Enero por Vergniaud, que ocupaba la presidencia, fué desastrosos. De los 717 miembros presentes, sólo 284 votaron á favor del referéndum y 424 en contra, poniéndose una vez más de relieve la falta de unidad y dirección en la Gironda. Trece de los sesenta girondinos más conspicuos, incluyendo á Condorcet, Ducos y Boyer-Fonfrède, habían votado contra la proposición; y esta división interna del partido anuló la influencia que pudo ejercer en la Llanura.

LO QUE HA LEIDO USTED APENAS LLEGA Á 4 PÁGINAS. IMAGÍNESE USTED LOS CENTENARES DE DIVERSOS Y EMOCIONANTES ASUNTOS QUE CONTIENEN LAS 19.449 PÁGINAS DE QUE CONSTAN LOS 25 TOMOS DE LA "HISTORIA DEL MUNDO" :

PRECIO DE LA OBRA, INCLUYENDO EL MUEBLE BIBLIOTECA

Encuadernación tela inglesa: Á PLAZOS, 395 pesetas, ó sea una cuota inicial de 20 ptas. y 25 mensualidades de 15 ptas.--AL CONTADO: 350 ptas.  
Encuadernación 3/4 tafite: Á PLAZOS: 550 ptas., ó sea una cuota inicial de 30 ptas. y 26 mensualidades de 20 ptas.--AL CONTADO: 500 ptas.

El gran diario londinense THE TIMES, dice que nuestra HISTORIA, "es el mejor de los libros de vulgarización y el más á propósito para difundir la cultura", porque, además de haber sido escrita por los historiadores más prestigiosos de nuestros días, su lenguaje y estilo se acomodan á todos los grados de instrucción

Visite usted la exposición de la HISTORIA DEL MUNDO EN LA EDAD MODERNA en sus diferentes muebles y encuadernaciones, en las librerías siguientes:  
MADRID. Martínez Gayo, Arenal, 6. ZARAGOZA. Viuda de Ramón Ortega, Bajada de San Francisco, 11.  
BARCELONA. Domingo Ribó, Pelayo, 46. VALLECASTRO. Cecilio Gasca, Coso, 33.  
SEVILLA. Juan Antonio Fe, Sierpes, 89. BILBAO. Viuda y sobrino de E. Villar, Granvía, 16 y 18.  
**NO PIERDA USTED LA OPORTUNIDAD DE ADQUIRIR ESTE MONUMENTO BIBLIOGRÁFICO, QUE PUEDE USTED COMPRAR A PLAZOS** - Dirijase á Ramón Sopena, Cádiz, 7, MADRID, ó Provenza, 95, BARCELONA

*Flores del Campo*

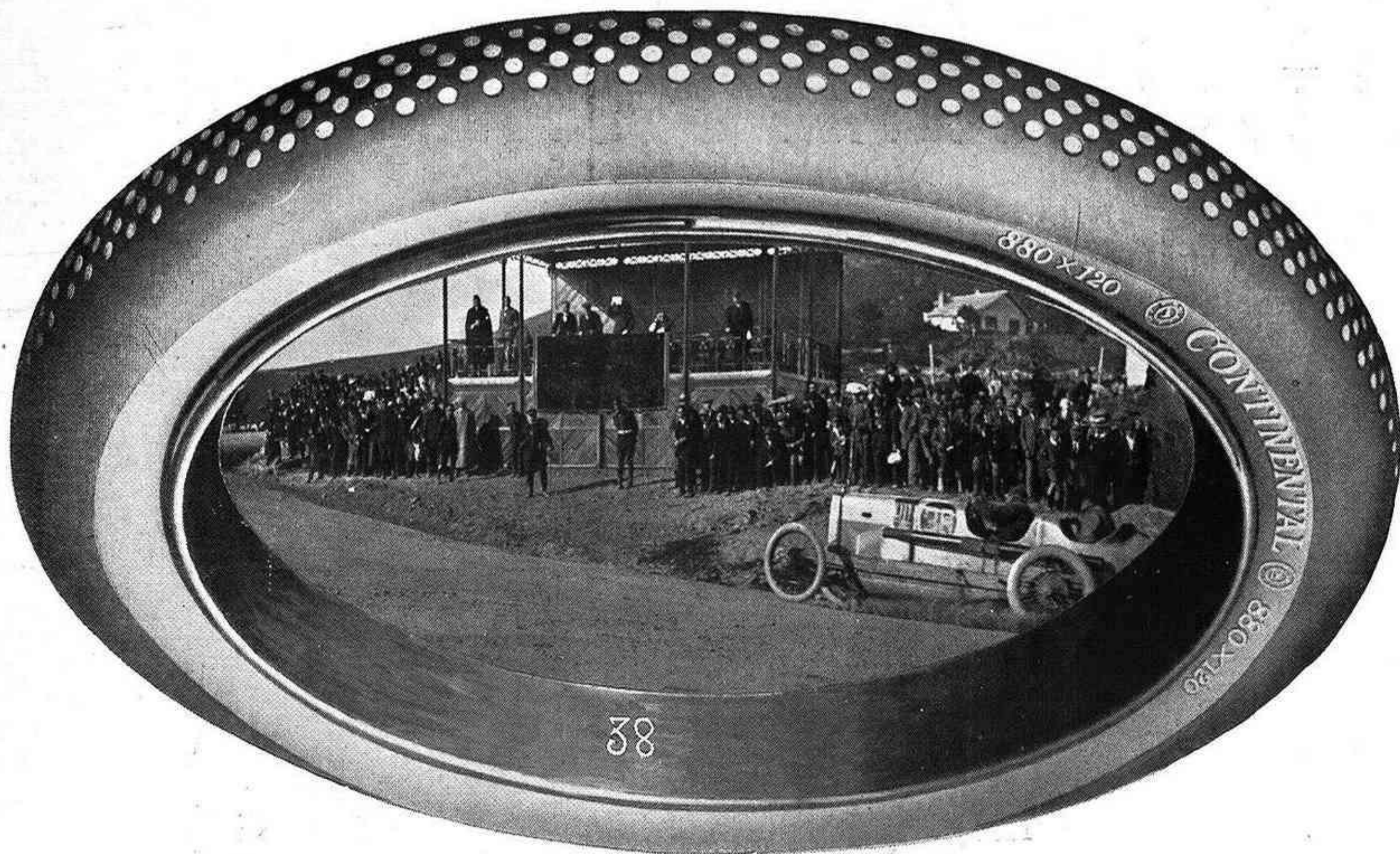


*Para convencerse  
de las condiciones  
admirables que reu-  
ne el jabon Flores del  
Campo, com-  
párelo con el que has-  
ta hoy considerára  
como el mejor.*

*Creacion de la*

*Perfumeria  
Floralia  
Madrid*

# LOS NEUMÁTICOS CONTINENTAL



## CARRERAS DE AUTOMOVILES EN NAVACERRADA

### COCHES DE CARRERA

1.º **Massuger** (coche Hispano-Suiza), gana la **Copa del R. A. C. E. y Medalla de Oro.**

### COCHES DE TURISMO ABIERTOS

1.º **Froehlich** (coche Metallurgique), gana la **Copa del R. A. C. E. y Medalla de Oro** (de la primera categoría).

1.º **Sawa** (coche Metallurgique), gana la **Medalla de Oro** (de la segunda categoría).

### COCHES DE TURISMO CERRADOS

1.º **Beneche** (coche Rolls-Royce), gana la **Copa del R. A. C. E. y Medalla de Oro** (de la primera categoría).

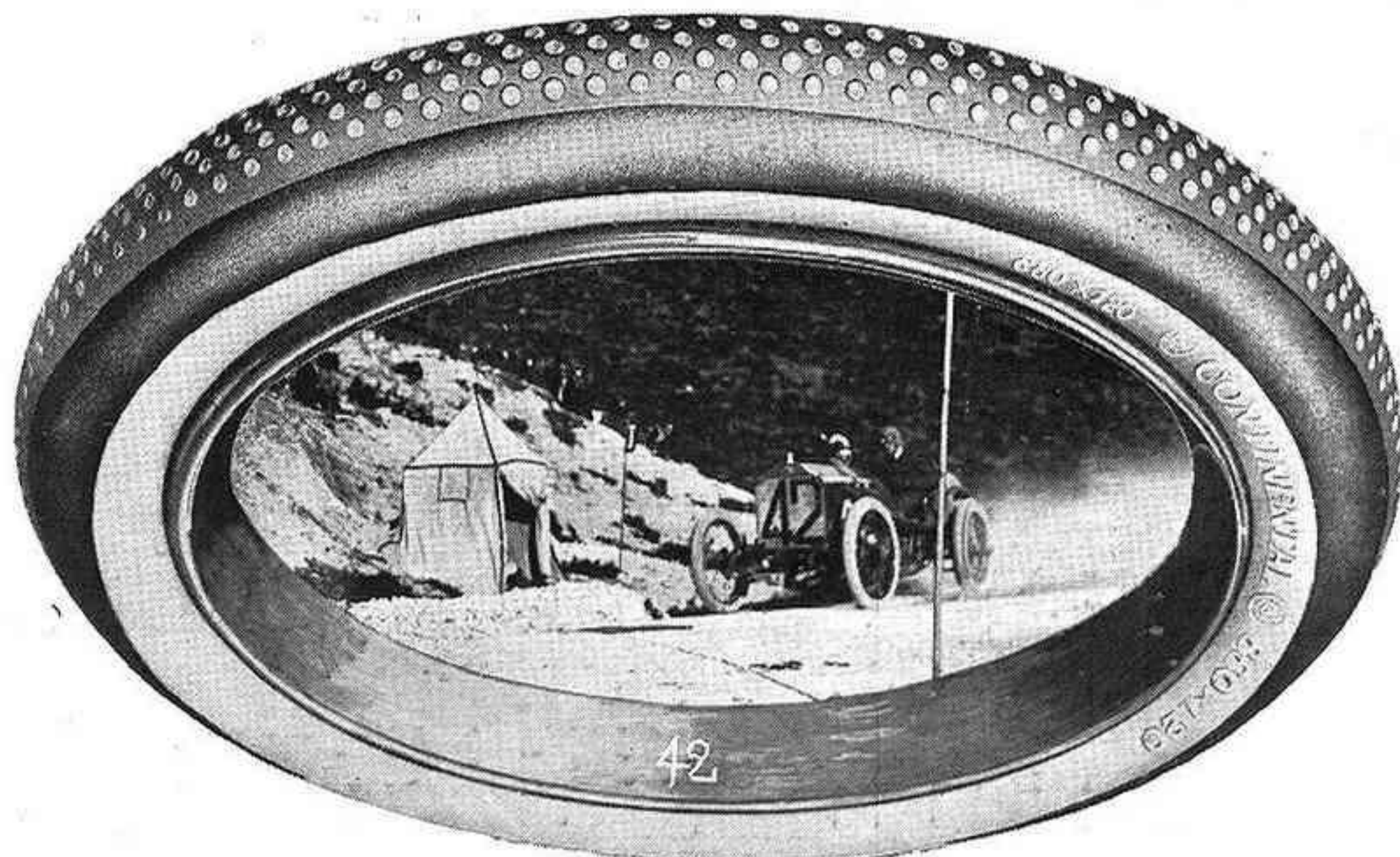
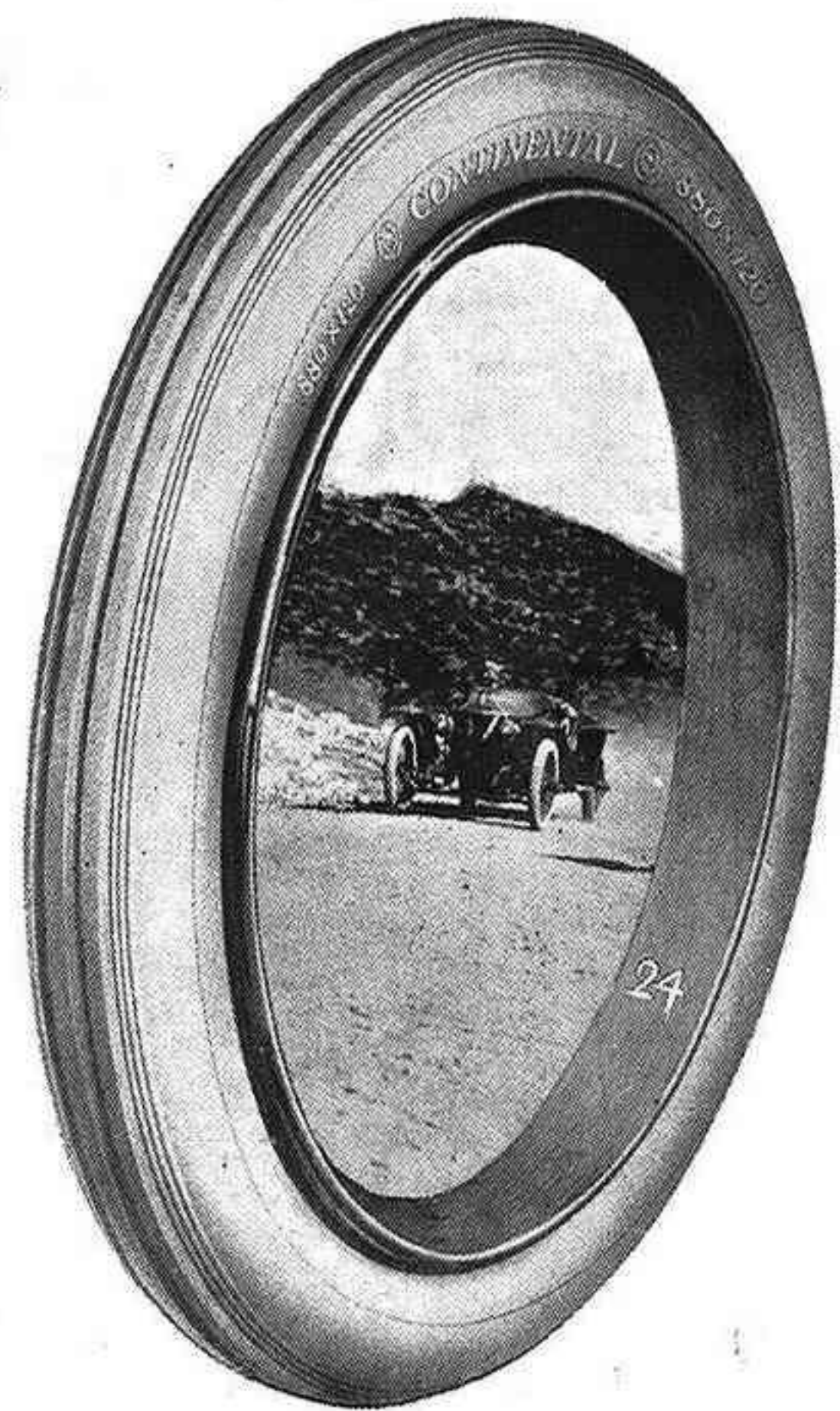
1.º **Toda** (coche Th. Schneider), gana la **Medalla de Oro** (de la tercera categoría).

### EL RECORD DE LA SUBIDA DE NAVACERRADA

**Sr. Marqués de Aulencia** (coche Lorraine-Dietrich), que subió en 12 m. 50 s.

TODOS SOBRE  
NEUMÁTICOS

# CONTINENTAL



Una vez más se consagra la **superioridad** y **resistencia** de los Neumáticos

## CONTINENTAL

MADRID: Sagasta, 6

BARCELONA: Paseo de Gracia, 61

De los 42 coches inscritos, 29 estaban montados con neumáticos

### CONTINENTAL

ó sea el **70 %**, lo que demuestra que la mayoría de los automovilistas prefiere la marca

### CONTINENTAL

por su excelente calidad.

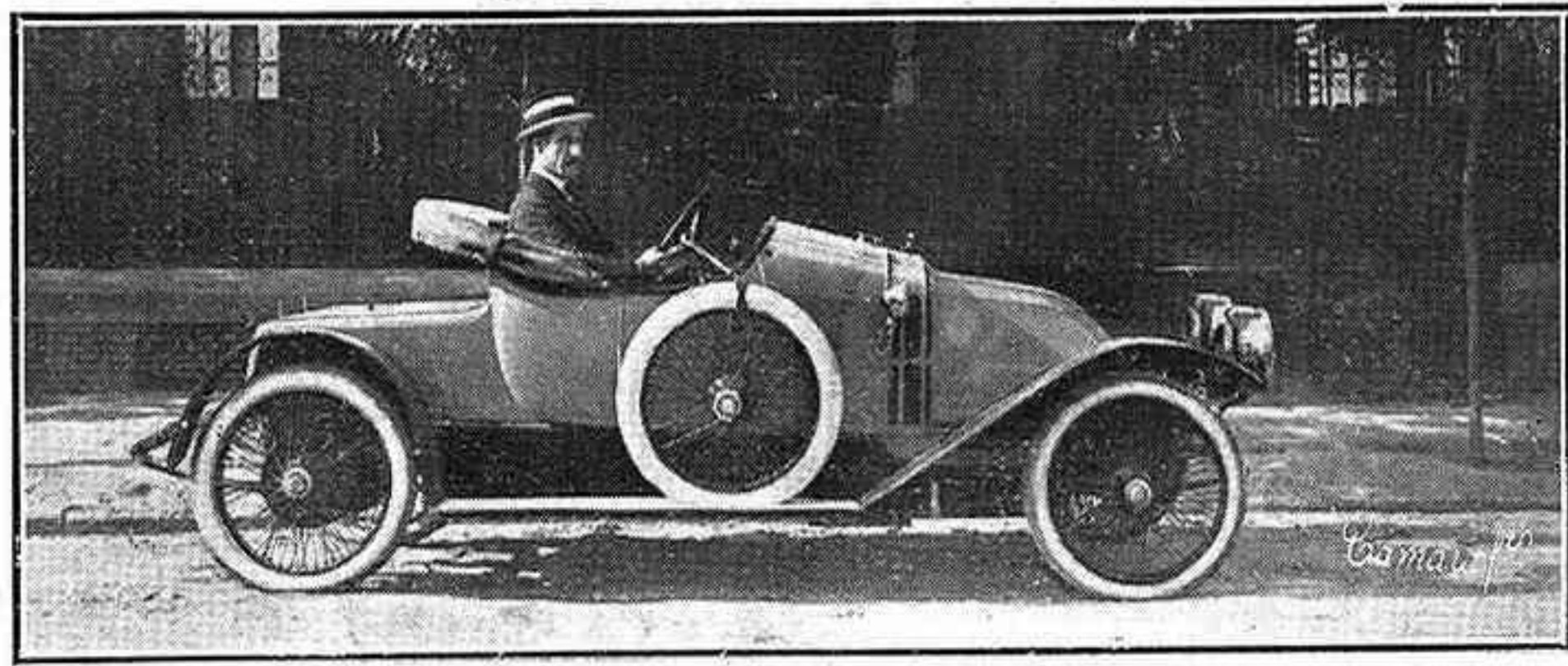
MADRID: Sagasta, 6

BARCELONA: Paseo de Gracia, 61



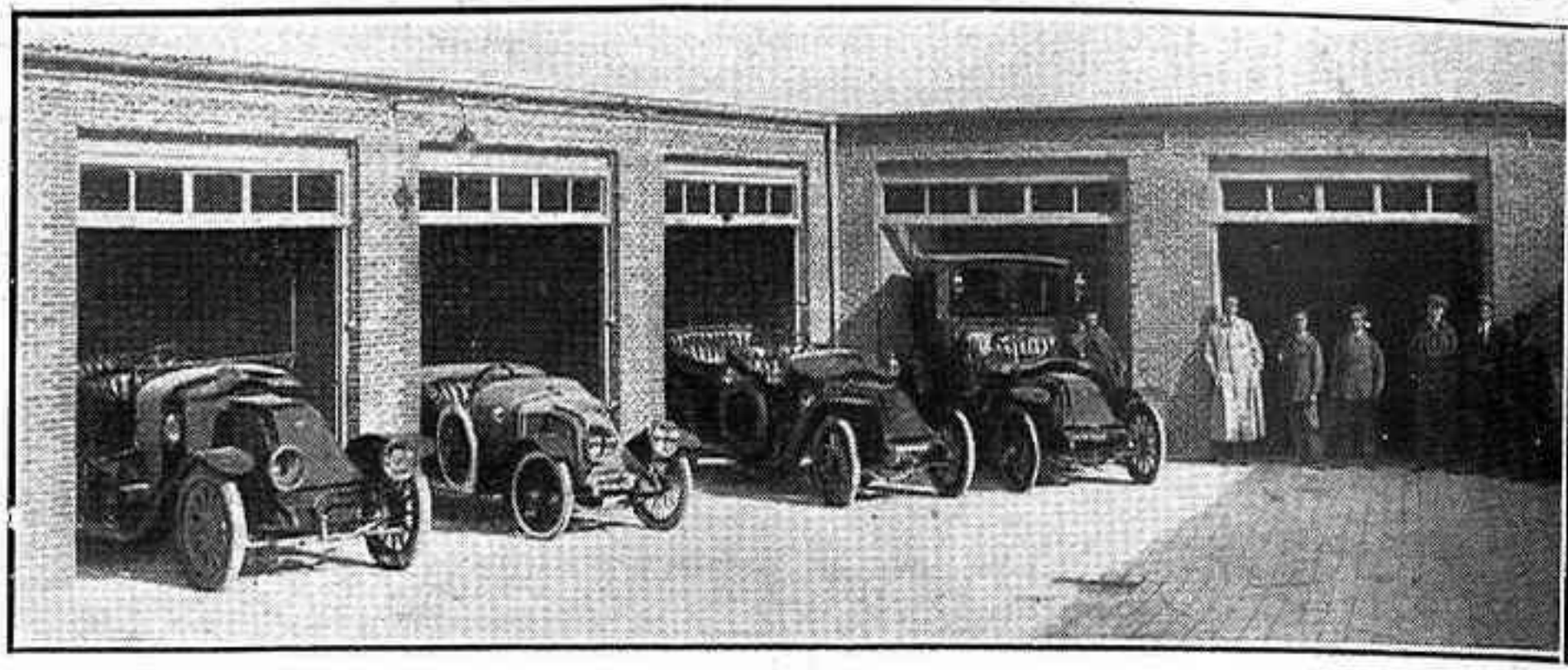


# LOS DEPORTES



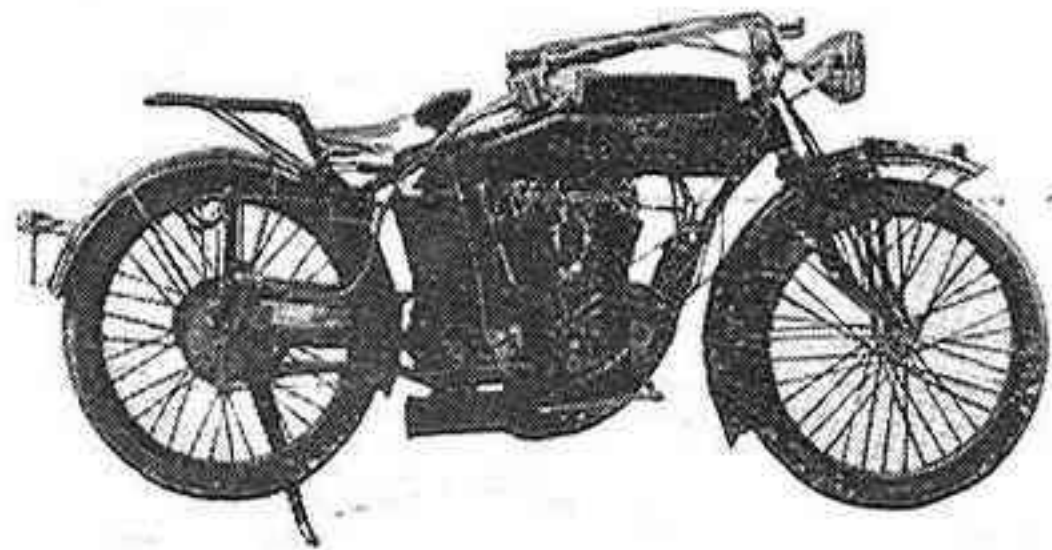
## AUTOMÓVILES CHARRON LIMITED

Salón de Exposición y Venta: ALCALA, 62



## ≡ AUTOCAR ≡

GARAGE Y REPARACIÓN DE AUTOMÓVILES  
HERMOSILLA, 86 (esquina á Alcalá)

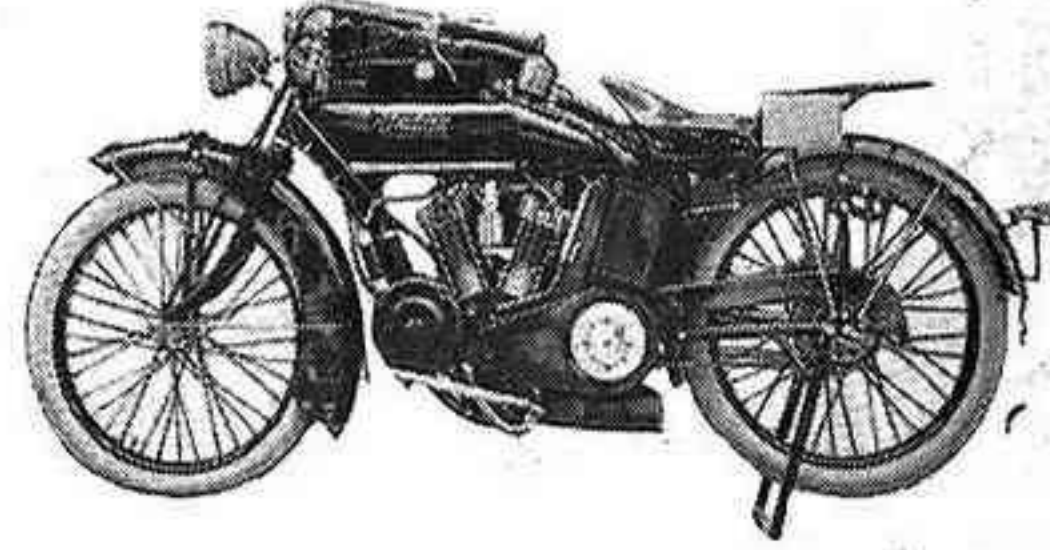
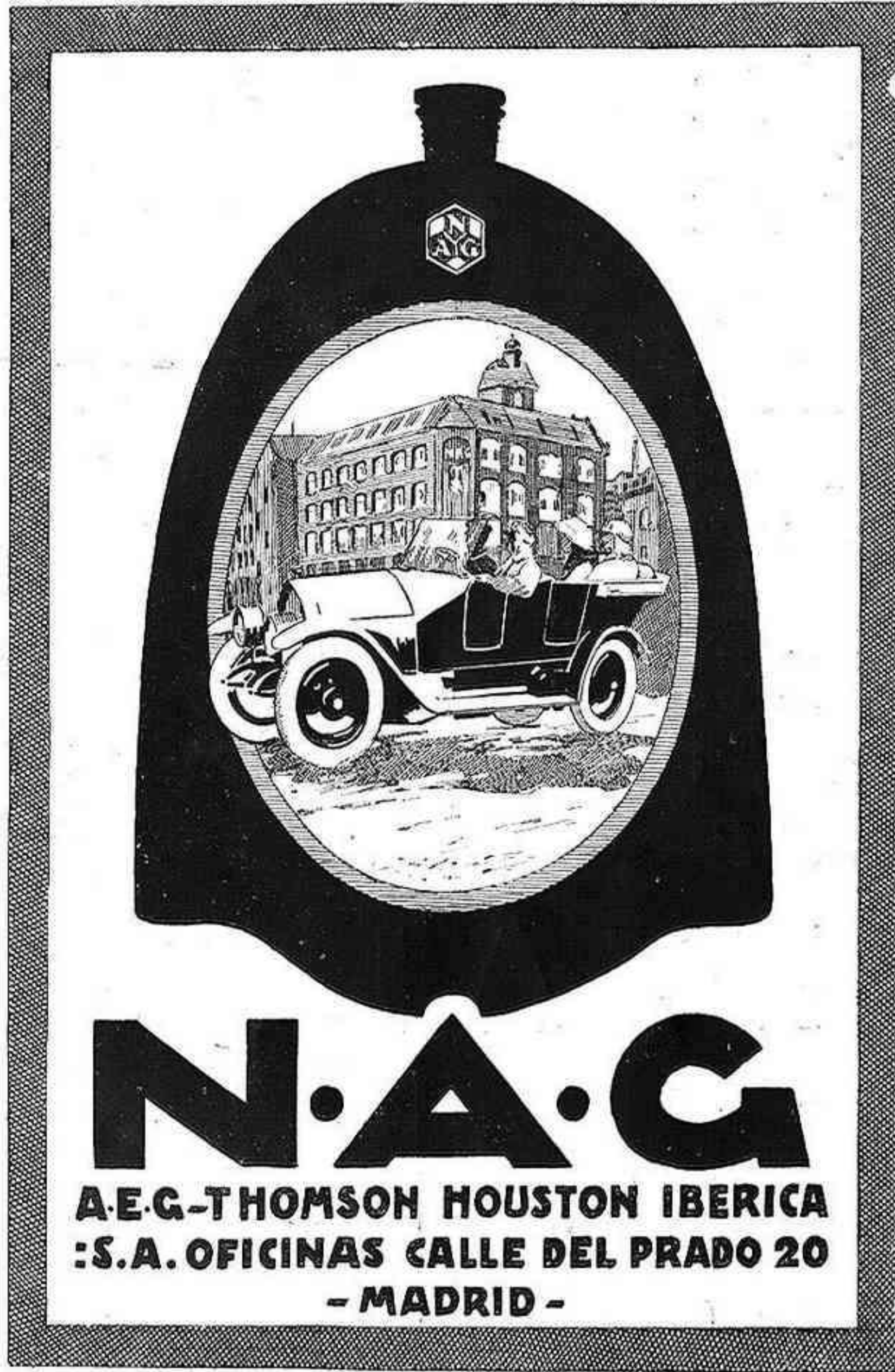


Motocicletas INDIAN

Automóviles CHENARD-WALCKER

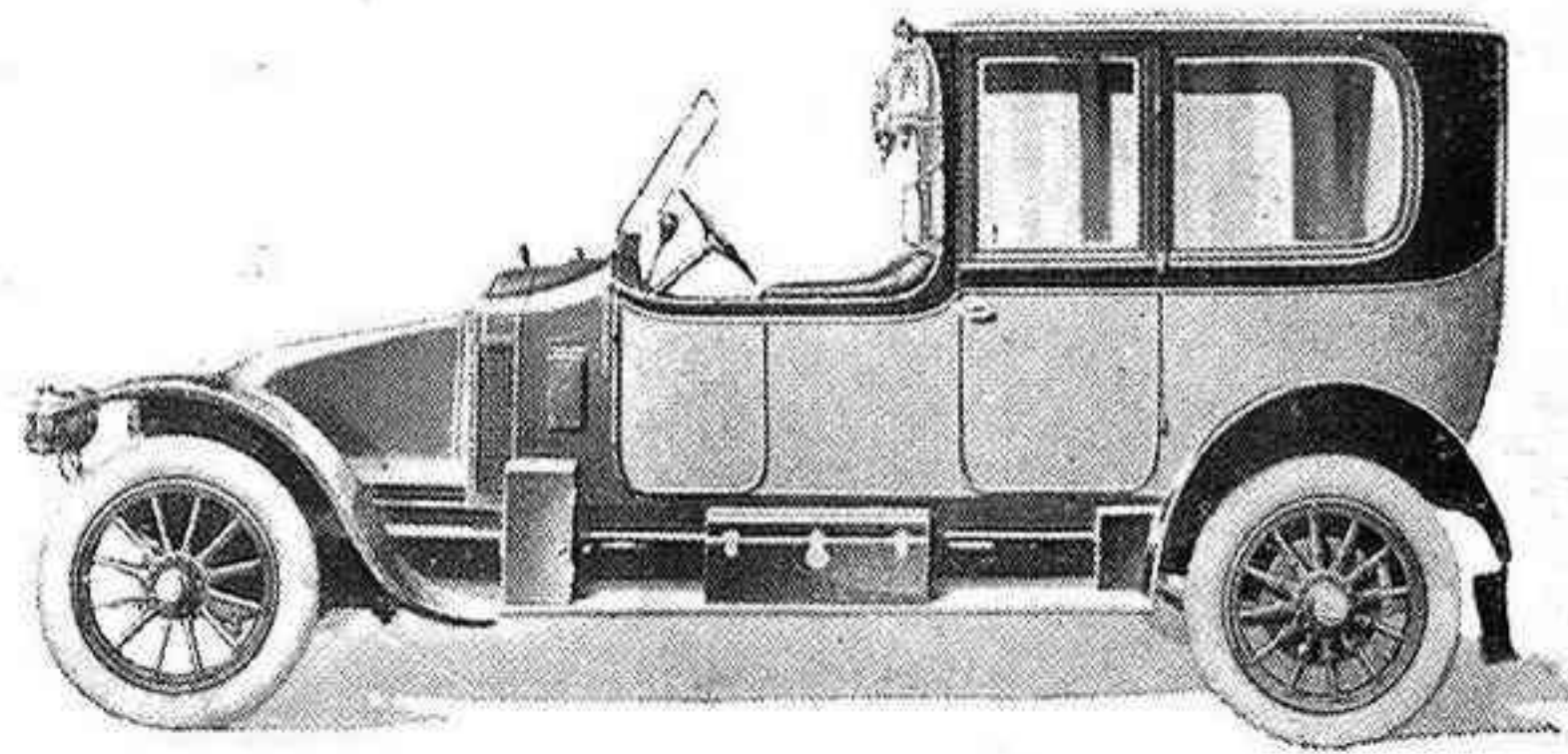
ALMIRANTE, 12

MADRID

# N.A.G.

A.E.G.-THOMSON HOUSTON IBERICA  
:S.A. OFICINAS CALLE DEL PRADO 20  
- MADRID -



## SANTOS HERMANOS ARENAL, 22

Automóviles y accesorios para los mismos

Bicicletas CLEMENT ◊ TALLER DE REPARACIONES

## R. CAMPOS

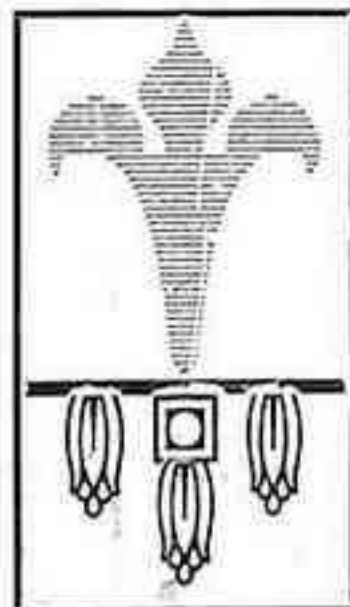
BARQUILLO, 3 DUPLICADO

Juegos de Tennis, Golf, Hockey,  
Badminton, Football, Pelotas tennis,  
::: Hard Court, Slazengers :::

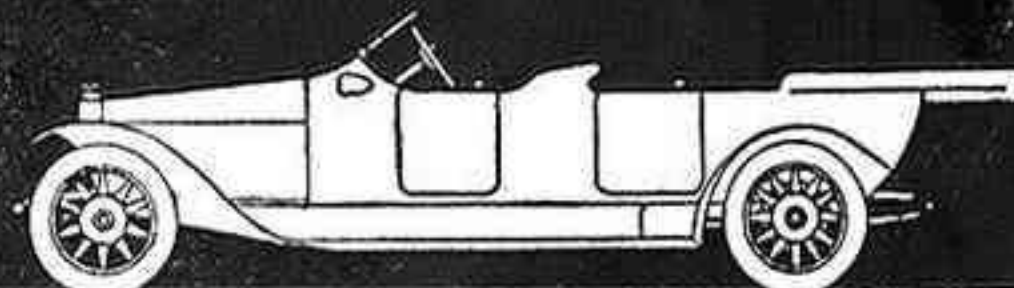
Raquetas Rand, Stadium,  
Doherty y Driva Champion

Agencia general para España  
de la raqueta BROQUEDIS

Redes para tennis, Balones, Tunmer  
Special T, Sticks de Hockey Spalding



# BENZ



MADRID  
**ENRIQUE TRAUMANN**  
BARQUILLO, 3 DDO.

